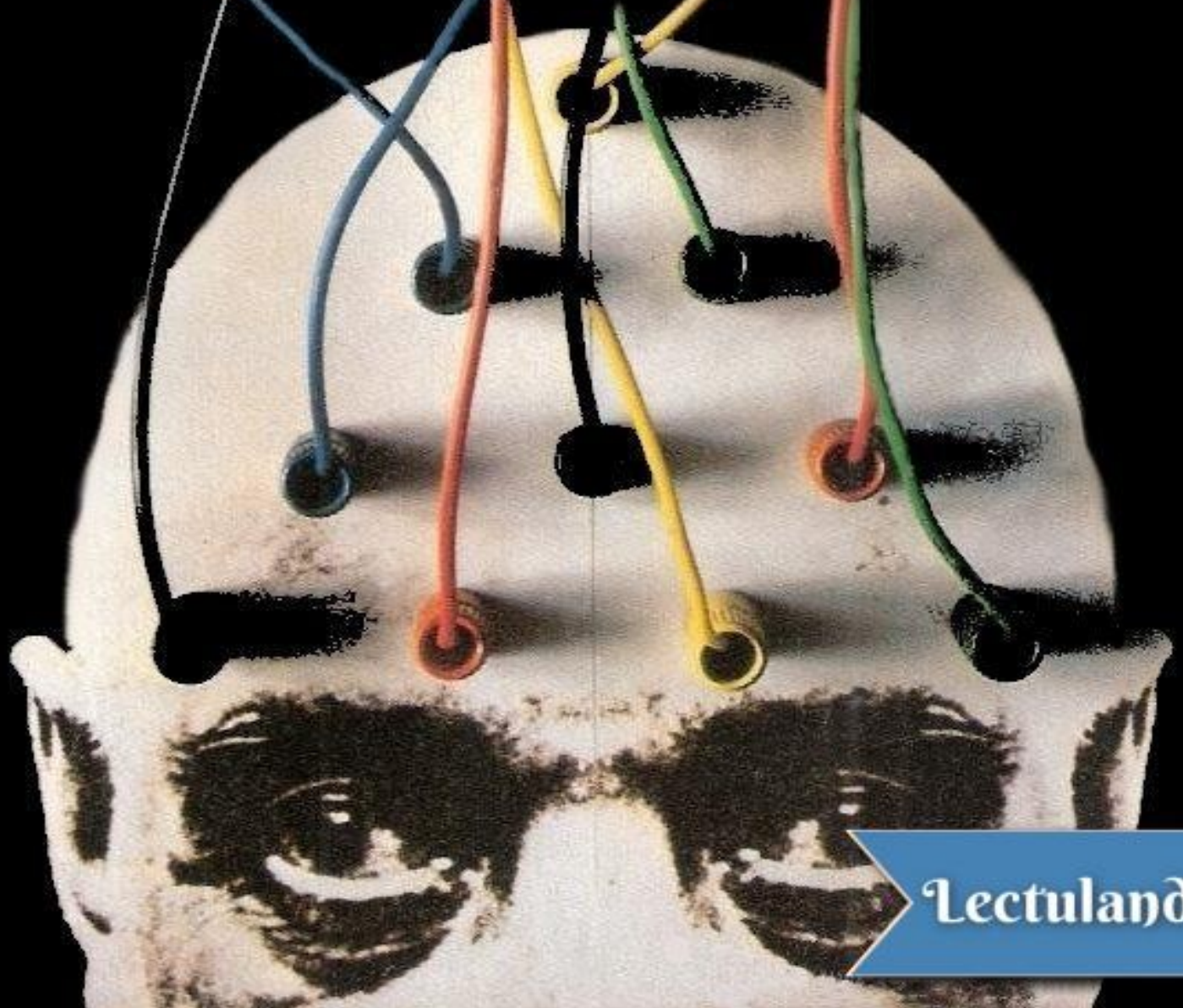


# ARTHUR C. CLARKE CUENTOS DE LA TABERNA DEL CIERVO BLANCO



Lectulandia

Este divertido volumen de ARTHUR C. CLARKE recoge quince improbables historias, narradas de viva voz en un pub londinense en el que se reúne, los miércoles de todas las semanas, un selecto grupo de escritores, científicos, periodistas y editores. El gran protagonista de esta tertulia es Harry Purvis, un jactancioso y ocurrente fabulador que aprovecha cualquier pretexto o alusión para abrumar a sus amigos con extraños sucesos de los que ha sido supuesto testigo o privilegiado conocedor.

Todos los relatos se hallan animados por una lógica disparatada que los hace convincentes precisamente por resultar inverosímiles. No se trata de narraciones de ciencia-ficción situadas en el futuro sino de aventuras basadas la mayoría de las veces en la extrapolación hasta el absurdo de las posibilidades tecnológicas que encierra el conocimiento científico contemporáneo. Inventos sorprendentes, situaciones impensadas y experimentos audaces -máquinas para producir silencio, reproducir el placer sexual o fabricar melodías perfectas, buques que aran los océanos, computadoras para uso militar que adoptan comportamientos pacifistas, colonias de termitas que incorporan conocimiento humano, etc.—constituyen la trama, ingeniosa e imaginativa, de estos CUENTOS DE LA TABERNA DEL CIERVO BLANCO.

Lectulandia

Arthur C. Clarke

# Cuentos de la taberna del ciervo blanco

ePUB v1.2

Lestrobe 24.06.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Titulo original: *Tales from the White Hart*  
Traducción de Flora Casas  
fue publicado originalmente en 1957.

Editor original: Lestrobe (v1.0)  
Segundo editor: faro47 (v1.1 - v1.2 )  
ePub base v2.0

A Lew  
Y a sus clientes de los jueves por la noche

## PRÓLOGO

Escribí estas narraciones entre 1953 y 1956, en lugares tan diversos como Nueva York, Miami, Colombo, Londres y Sidney. En algunos casos la influencia geográfica es evidente, pero lo curioso es que, cuando escribí «Un asunto de gravedad», aún no había estado en Australia. En la década transcurrida desde que aparecieron estos relatos, la ciencia me ha dado la razón al menos en dos ocasiones. El doctor José Delgado ha demostrado de forma dramática la técnica descrita en «Caza Mayor», controlando a un toro en plena embestida (contra el propio Delgado) en una plaza, como anticipo de la era del toreo electrónico. Para un mayor conocimiento de la técnica, aplicada a pulpos gigantes y ballenas asesinas, consulten mis novelas *The Deep range* (La fluctuación profunda) y *Dolphin Island* (La isla de los delfines). La idea inspiradora de «Patente en trámite» es sobradamente conocida; Hermann Kahn ha denominado a tales aparatos «máquinas de soñar», y si llegaran a inventarse, marcarían el fin del camino, en más de un sentido, para la raza humana. Las he descrito en mayor detalle en la novela corta *The lion of Comarre* (El león de Comarre).

«Carrera de armamentos» es el resultado de una visita a George Pal cuando se encontraba en Hollywood trabajando en los efectos especiales para *La guerra de los mundos*. Cuando lo escribí, el Rayo de la Muerte parecía muy improbable. Hoy ya no podemos estar tan seguros. Me han dicho —pero no puedo garantizar que sea cierto—, que se ha producido una situación similar a la descrita en «El pacifista»; existe una computadora en algún lugar de Estados Unidos que de vez en cuando interrumpe sus meditaciones para mecanografiar: LA COMPUTADORA LOCA ATACA DE NUEVO...

Algunos lectores me han preguntado si «El Ciervo Blanco» existía en la realidad. Así es. El escenario (y algunos personajes secundarios) están basados en «El Caballo Blanco», en Fletter Lane, al norte de la calle Fleet de Londres. En los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial, se daba cita allí la comunidad de ciencia-ficción londinense. Más tarde, el dueño, Lew Mordecai, se trasladó a «El Globo», en Hatton Garden —en el corazón del barrio de los diamantes—, y todos nos fuimos con él. Muchos escritores y editores jóvenes, así como visitantes del mundo entero, aún se reúnen allí todos los primeros martes de mes. Pero ahora no conozco ni a uno entre diez, y encuentro sus discusiones sobre William Burroughs y la Nueva Ola totalmente incomprensibles. A veces tengo que recordarles que no conocí a Jules Verne, y ni tan siquiera, desgraciadamente, a H. G. Wells. Arthur C. Clarke.

Nueva York, mayo de 1969

## SILENCIO, POR FAVOR

Se llega a «El Ciervo Blanco» de forma inesperada, a través de una de esas callejas anónimas que bajan desde la calle Fleet hasta Embankment. Sería inútil *explicarles* dónde se encuentra; muy pocas personas, aun proponiéndoselo, han conseguido llegar. Para las doce primeras visitas es imprescindible la ayuda de un guía; después todo consiste en cerrar los ojos y confiar en el propio instinto, y a lo mejor se tiene suerte. Además, para ser sincero, no queremos más clientes, al menos no en *nuestra* noche. Ya hay demasiados, y el espacio escasea. Por tanto, lo único que añadiré sobre su localización es que, de vez en cuando, el edificio tiembla con las vibraciones de una imprenta, y que puede verse el Támesis asomándose a la ventana del servicio de caballeros.

Desde el exterior parece un bar como cualquier otro, y, en realidad, así es durante cinco días a la semana.

En el piso bajo se encuentran la taberna y el salón, decorados según la tradición; paneles de madera de roble, cristales traslúcidos, las botellas tras la barra, las asas de los barriles de cerveza..., nada fuera de lo común. Se ha hecho una única concesión al siglo veinte: la máquina de discos de la taberna. La instalaron durante la guerra, en un intento estúpido de que los soldados americanos se sintieran como en casa, y una de las primeras medidas que *nosotros* tomamos fue asegurarnos de que no existiera peligro alguno de que volviera a funcionar.

Creo que ya va siendo hora de explicar quiénes somos «nosotros». No va a ser fácil, porque elaborar una lista completa de los clientes de «El Ciervo Blanco» sería casi imposible y, en cualquier caso, terriblemente aburrido. Sólo diré que «nosotros» podemos dividirnos en tres categorías principales. En primer lugar, los periodistas, escritores y editores. Los periodistas, como es lógico, llegaron aquí procedentes de la calle Fleet. Los que no tuvieron éxito, huyeron a alguna otra parte. En cuanto a los escritores, la mayoría había oído hablar a otros colegas sobre nosotros, vinieron en busca de material y quedaron atrapados.

Allí donde hay escritores, tarde o temprano aparecen los editores. Si Drew, el dueño, se llevara un porcentaje del negocio literario que se realiza en su establecimiento, a estas alturas sería un hombre rico. (Sospechamos que lo es, de todas maneras.) Uno de los miembros más ocurrentes de nuestro grupo señaló en una ocasión que es muy corriente ver a media docena de escritores discutiendo airadamente con un editor implacable en una esquina de «El Ciervo Blanco», mientras en otra media docena de editores indignados discuten con un autor implacable.

Por el momento, ya le hemos hablado bastante de los literatos, pero debo advertir que más adelante habrá ocasión para observarles de cerca. Ahora pasemos

brevemente a los científicos. ¿Cómo llegaron aquí?

Birkbeck College está al otro lado de la calle, y el King's solamente a unos cientos de yardas en dirección al Strand. Sin duda, la proximidad lo explica en gran parte, y, de nuevo, los comentarios favorables por parte de amigos y colegas desempeñaron un papel importante. Además, muchos de nuestros científicos son escritores, y no pocos escritores, científicos. Un tanto confuso, pero nos gusta que así sea.

La tercera parte de nuestro microcosmos está formada por lo que podríamos denominar, si bien de forma un tanto imprecisa, «profanos interesados». El barullo general les atrajo a «El Ciervo Blanco», y disfrutaron tanto de la conversación y del ambiente que ahora vienen puntualmente todos los miércoles, el día en que nos reunimos todos. A veces no resisten nuestro ritmo y abandonan, pero siempre llegan nuevas remesas.

Con semejantes ingredientes, no puede sorprender que los miércoles de «El Ciervo Blanco» nunca sean aburridos. No sólo se cuentan historias notables aquí, sino que también *han ocurrido* cosas notables. Por ejemplo, aquella vez en que el profesor... pasó por aquí camino de Harwell y olvidó un maletín que contenía... en fin, será mejor no hurgar en ello, aunque entonces sí lo hicimos. Y qué interesante resultó... Los agentes rusos me encontrarán en el rincón del tablero de dardos. Me vendo caro, pero puedo llegar a un acuerdo razonable.

Ahora que caigo en la cuenta, me sorprende el pensar que a ninguno de mis colegas se les haya ocurrido escribir estas historias. ¿Será que al estar tan cerca del bosque no pueden ver los árboles? ¿O será falta de incentivo? No, la última explicación es difícil de mantener: muchos de ellos están tan faltos de dinero como yo, y se quejan con igual amargura de la regla de oro que ha establecido Drew: «NO SE FIA». Mi único temor, mientras mecanografí estas líneas en la vieja máquina «Remington Silenciosa», es que John Christopher o George Whitley o John Beynon estén ya enfrascados en su trabajo, utilizando la mejor parte del material, por ejemplo, aquella historia sobre el Silenciador Fenton...

No sé cuándo empezó; los miércoles son todos muy parecidos, y es difícil asociarles datos concretos. Además, algunas personas pueden permanecer anónimas durante un par de meses, perdidas entre la multitud de «El Ciervo Blanco» antes de que nadie se percate de su existencia. Probablemente así le ocurrió a Harry Purvis, porque cuando por primera vez me di cuenta de que estaba allí, él ya se había aprendido los nombres de la mayoría de las personas de nuestro grupo. Algo que yo no hago muy a menudo en estos tiempos, ahora que lo pienso.

Pero aunque no sepa *cuándo*, sí que recuerdo con exactitud *cómo* empezó todo. Bert Huggins era el catalizador o, para ser más preciso, lo era su voz. La voz de Bert puede catalizar cualquier cosa. Cuando se permite un susurro confidencial, suena



como un sargento mayor dando órdenes a un regimiento completo. Y en cuanto se desmanda, la conversación languidece mientras todos esperamos a que esos huesecillos del oído interno recuperen su lugar habitual.

Se había peleado con John Christopher (todos lo hacemos tarde o temprano) y los gritos de la pelea habían interrumpido a los jugadores de ajedrez sentados en la parte de atrás del salón. Como de costumbre, los dos jugadores estaban rodeados de mirones, y todos nos levantamos sobresaltados cuando el bramido de Bert restalló sobre nuestras cabezas. Cuando desaparecieron los ecos, alguien exclamó: —¡Ojalá hubiera algún modo de hacerle callar!

Fue entonces cuando Harry Purvis replicó: —Lo hay, aunque no lo crea.

Miré a mi alrededor sin reconocer la voz y vi a un hombre bajo, trajeado impecablemente, como de unos treinta y tantos años. Fumaba en una de esas pipas talladas alemanas, que siempre me hacen pensar en los relojes de cuco y en la Selva Negra. Este detalle era lo único fuera de lo común en su aspecto: sin la pipa podía habersele confundido con un funcionario del Tesoro de segunda categoría, adecuadamente vestido para una reunión del Comité de Hacienda Pública.

—¿Cómo dice? —pregunté.

No hizo el menor caso, sino que se enfrascó en el minucioso arreglo de su pipa.

Entonces me di cuenta de que no era, como yo creí a primera vista, una elaborada pieza de madera tallada. Se trataba de algo mucho más sofisticado: un artilugio de metal y plástico parecido a una planta de ingeniería química en miniatura. Tenía incluso un par de válvulas diminutas. ¡Dios mío, sí era una planta de ingeniería química...!

No me sorprende fácilmente, pero no intenté ocultar mi curiosidad. Me dirigió una sonrisa de superioridad.

—Todo sea por la ciencia. Es una idea del Laboratorio de Biofísica. Quieren saber con exactitud qué elementos componen el humo del tabaco, y por éso han colocado estos filtros. Supongo que ya conoce el viejo argumento: ¿produce el fumar cáncer de lengua, y si así fuera, de qué forma? El problema consiste en que se necesitan muchísimas destilaciones para identificar algunos de los subproductos más oscuros. Así que tenemos que fumar en grandes cantidades.

—¿No le quita placer semejante sistema de tuberías?

—No sé. Soy simplemente un voluntario. Yo no fumo.

—¡Ah! —dije. De momento, ésa parecía ser la única respuesta. Entonces recordé cómo había empezado la conversación.

—Estaba usted diciendo —continué con cierto reparo, porque todavía sonaba un ligero tintineo en mi oído izquierdo— que existe una manera de hacer callar a Bert. A todos nos gustará oírlo... aunque parezca una extraña mezcla de metáforas.

—Pensaba —replicó tras unas cuantas chupadas— en el desafortunado

Silenciador Fenton. Una triste historia, y, sin embargo, creo que con una interesante lección para todos nosotros. Algún día —¿quién sabe?— alguien podría perfeccionarlo y ganarse las bendiciones de todo el mundo.

Chupada, pompa, pompa, *plop*.

—Bueno, cuéntenos la historia. ¿Cuándo ocurrió?

Suspiró.

—Casi siento el haberla mencionado. Pero si ustedes insisten —y, por supuesto, partiendo de la base de que no saldrá de esta habitación...

—Claro, claro.

—Bien, Rupert Fenton era uno de nuestros ayudantes de laboratorio. Un joven muy brillante, con una buena preparación técnica, pero, naturalmente, no muy ducho en teoría. Siempre estaba fabricando chismes durante su tiempo libre. Por lo general, la idea era buena, pero con fundamentos teóricos tan endeble, que los aparatos casi nunca funcionaban. Este hecho no parecía descorazonarle: creía ser un Edison redivivo, e imaginaba que podía hacer una fortuna con lámparas de radio y otros desechos del laboratorio. Como su pasatiempo no interfería con el trabajo, nadie se oponía; por el contrario, los ayudantes del laboratorio de física siempre le estaban animando, porque, al fin y al cabo, es reconfortante ver a alguien entusiasmado. Pero nadie pensaba que llegaría muy lejos, porque ni siquiera creo que fuera capaz de integrar  $e$  elevado a  $x$ .

—¿Es posible tal ignorancia? —preguntó alguien con asombro.

—Puede que esté exagerando. Digamos  $x$  por  $e$  elevado a  $x$ . De todas formas, sus conocimientos eran enteramente prácticos; rutina, en una palabra. Por muy complicado que fuera un esquema, podía construir el aparato, pero, a no ser que se tratara de algo realmente simple, como un televisor, no entendía el funcionamiento. El problema consistía en que no era consciente de sus limitaciones. Y eso, como verán, fue realmente una desgracia.

Creo que se le debió ocurrir la idea mientras observaba a los estudiantes de física hacer experimentos de acústica. Doy por sentado que todos ustedes conocen el fenómeno de la interferencia.

—¡Naturalmente!— contesté.

—¡Eh! — dijo uno de los jugadores de ajedrez, que había abandonado todo intento de concentrarse en el juego (probablemente porque iba perdiendo)—. Yo no.

Purvis le miró como si estuviera contemplando a un ser sin derecho a habitar en un mundo en el que se había inventado la penicilina.

—En ese caso —dijo fríamente— supongo que tendré que explicarlo —ignoró nuestras protestas—. No, insisto. Hay que explicar estas cosas a quien no las entienden. Si alguien se lo hubiera explicado al pobre Fenton antes de que fuera demasiado tarde...

Miró un tanto despectivamente al jugador de ajedrez, que estaba muerto de vergüenza.

—No sé —empezó a decir— si alguna vez se ha parado a pensar sobre la naturaleza del sonido. Es suficiente con decir que consiste en varias series de ondas que se mueven a través del aire. No son, por supuesto, ondas como las que se producen en la superficie del mar. Esas ondas son movimientos de subida y bajada, en tanto que las ondas sonoras consisten en una alternancia de compresiones y rarefacciones.

—¿Rarequé?

—Rarefacciones.

—¿No querrá decir «rarificaciones»?

—No. Dudo que exista semejante palabra, pero si así fuera, no debería existir —contestó secamente Purvis, con el aplomo de un Sir Alan Herbert vertiendo un neologismo singularmente repulsivo en su frasco mortal—. ¿Por dónde iba? ¡Ah, ya!, estaba explicando el sonido. Cuando producimos cualquier tipo de ruido, desde el susurro más delicado hasta esa conmoción que nos ha atronado hace un momento, una serie de cambios de presión se mueve a través del aire. ¿Han visto alguna vez una locomotora de maniobras en funcionamiento en una vía muerta? Sería un ejemplo perfecto. Tenemos una larga hilera de vagones de mercancías, unidos unos a otros. Un extremo se mueve, los dos primeros vagones comienzan a andar juntos y entonces se puede apreciar la onda de compresión moviéndose en toda la línea. Detrás ocurre justo lo contrario: la rarefacción, —insisto, rarefacción— a medida que los vagones se separan de nuevo.

Es muy sencillo cuando existe una sola fuente de sonido, es decir, un sólo conjunto de ondas. Pero supongamos que tuviésemos dos tipos de ondas, ambas moviéndose en la misma dirección. Es entonces cuando se produce la interferencia, y existen cientos de experimentos curiosos en física elemental que así lo demuestran. Sobre lo único que habría que preocuparse en este caso sería sobre el hecho —e imagino que todos estarán de acuerdo, ya que es evidente— de que si se pudieran obtener dos grupos de ondas en *perfecta* disonancia, el resultado total sería ni más ni menos que cero.

El pulso de compresión de una onda sonora estaría por encima de la rarefacción de otra; resultado neto: no habría posibilidad de cambio y, por tanto, no se produciría sonido alguno. Volviendo a la analogía con la hilera de vagones, sería como tirar del vagón y empujarlo simultáneamente. No pasaría absolutamente nada.

Sin duda, algunos de ustedes ya sabrán a dónde quiero llegar, y comprenderán el principio básico del Silenciador Fenton. Supongo que el joven Fenton utilizó el siguiente argumento: «Este mundo nuestro», se diría a sí mismo, «es demasiado ruidoso. Si alguien consiguiera inventar un silenciador realmente perfecto, podría

obtener una gran fortuna. ¿Pero, cómo tendría que ser...?»

No le llevó demasiado tiempo dar con la respuesta; ya les dije que era un muchacho brillante. El modelo piloto no tenía gran complicación. Consistía en un micrófono, un amplificador especial y un par de altavoces. Cualquier sonido podía ser recogido por el micrófono, amplificado e invertido, de tal modo que quedara totalmente desfasado con respecto al sonido original. Después, pasaba a través de los altavoces, la onda original y la nueva se destruían, y el resultado final era silencio absoluto.

Por supuesto, era algo más complejo. Necesitaba un ajuste para asegurarse de que la onda destructura poseía la intensidad adecuada —de otro modo, sería incluso peor que al principio. Pero éstos son detalles técnicos con los que no les aburriré por más tiempo. Como muchos de ustedes reconocerán, es una simple aplicación de un *feed back* negativo.

—¡Un momento!— interrumpió Eric Maine. Eric, debo decirlo, es un experto en electrónica y edita no sé qué revista sobre televisión. También ha escrito una obra de teatro sobre un viaje espacial, pero esa es otra cuestión.

—¡Un momento! Aquí hay algo falso. No se puede obtener silencio de esa manera. Es imposible ajustar la fase... Purvis se colocó de nuevo la pipa en la boca. Durante unos segundos se oyó un burbujeo siniestro que me hizo pensar en el primer acto de *Macbeth*. Clavó sus ojos en Eric.

—¿Sugiere usted —dijo fríamente— que esta historia es falsa?

—Bueno, no diría tanto, pero... —la voz de Eric se desvaneció como si le hubieran aplicado el silenciador. Sacó un sobre viejo del bolsillo, junto a una colección de resistores y condensadores que parecían enredados en el pañuelo, y comenzó a trazar números. Eso fue lo último que se le vio hacer durante algún tiempo.

—Como estaba diciendo —continuó Purvis pausadamente—, ésa es la forma en que el Silenciador Fenton funcionaba. El primer modelo no era muy potente, y no podía enfrentarse con notas muy bajas o muy altas. El resultado era extraño. Cuando estaba enchufado, y alguien intentaba hablar, podían escucharse los dos extremos del espectro —un débil chillido como de murciélago y una especie de rumor sordo—. Pero lo solucionó en seguida utilizando un circuito más lineal (¡maldición, no puedo evitar el usar algunos términos técnicos!), y en el modelo perfeccionado podía producir silencio absoluto sobre un área bastante considerable. No sólo en una habitación corriente, sino en una estancia de grandes dimensiones. Sí... Fenton no era uno de esos inventores reservados que no cuentan a nadie sus propósitos por temor a que les roben las ideas. Siempre estaba dispuesto a hablar, incluso en exceso. Discutía sus ideas con el personal y los estudiantes, en cuanto alguien quería escucharle. Así fue como una de las primeras personas a quienes hizo una demostración del

Silenciador perfeccionado, fue un estudiante de Arte llamado —creo—, Kendall, que estudiaba física como asignatura complementaria. Kendall quedó muy impresionado por el Silenciador, y con razón. Pero, como podrán suponer, no estaba interesado en sus posibilidades comerciales, o en el bombazo que podría suponer para los escandalizados oídos de la humanidad doliente. Ni hablar. Tenía algo muy distinto en su mente.

Permítanme una pequeña digresión. En la Escuela tenemos una Asociación Musical floreciente, y en los últimos años ha aumentado el número de sus miembros de tal forma que ya puede abordar las sinfonías menos complicadas. En el año en que ocurrieron los hechos de que estoy hablando, se hallaba embarcada en una empresa muy ambiciosa. Iba a poner en escena una nueva ópera, la obra de un joven compositor de gran talento, cuyo nombre no sería oportuno mencionar, dado que ahora es bien conocido de todos ustedes. Llamémosle, por tanto, Edward England. He olvidado el título de la obra, pero era uno de esos severos dramas de amor trágico que por alguna razón que soy incapaz de comprender, parecen menos ridículos con acompañamiento musical. Sin duda, una gran parte depende de la música.

Todavía recuerdo estar leyendo la sinopsis mientras esperaba a que se alzara el telón, y hasta la fecha no he sido capaz de saber si el libreto estaba escrito en serio o no. Vamos a ver... se desarrollaba al final de la época victoriana, y los principales personajes eran Sarah Stampe, la apasionada administradora de correos, Walter Partridge, el guardabosques saturnino, y el hijo del terrateniente, cuyo nombre no recuerdo. Es la historia del eterno triángulo, complicado por el temor de los campesinos al cambio —en este caso, el nuevo sistema telegráfico, que según las viejas del lugar afectaría a la leche de las vacas y traería problemas en la época de reproducirse las ovejas—.

Pasando por alto los adornos, era el típico drama de celos operísticos. El hijo del terrateniente no quiere emparentarse con la Oficina de Correos, y el guardabosques, enloquecido por la negativa, se dispone a vengarse.

La tragedia alcanza su terrible punto culminante cuando la pobre Sarah, estrangulada con cordón de empaquetar, es hallada en una saca de correo en el Departamento de Cartas Perdidas. Los habitantes del pueblo cuelgan a Partridge del poste de telégrafos más cercano, con el consiguiente disgusto de los celadores. Tenía que cantar un aria mientras le colgaban: éso es algo que me duele haber perdido.

El hijo del terrateniente se da a la bebida, o se marcha a las colonias, o ambas cosas a la vez, y eso es todo.

Seguro que estarán ustedes preguntándose a qué viene esta disquisición: les pido que me escuchen un momento. El hecho es que mientras ensayaban esta historia de celos sintéticos, tras los bastidores se desarrollaba una tragedia real. La joven que desempeñaba el papel de Sarah Stampe había rechazado a Kendall, el amigo de

Fenton. No creo que fuera una persona particularmente vengativa, pero lo cierto es que vio una oportunidad única para vengarse. Hay que reconocer que la vida de estudiante favorece cierta irresponsabilidad, y en idénticas circunstancias, ¿cuántos de nosotros habrían dejado escapar semejante oportunidad?

Veo que empiezan a entender. Pero el auditorio no tenía la menor sospecha de lo que ocurría cuando comenzó la obertura.

La concurrencia era de lo más distinguida: todo el mundo había acudido, incluso el Rector. Se veían decanos y profesores por todas partes; nunca llegué a descubrir cómo habían conseguido que acudiera tanta gente. Ahora que lo pienso, no recuerdo ni siquiera por qué estaba yo allí.

La obertura acabó entre aplausos y algún que otro silbido por parte de los más ruidosos. Quizá sea injusto; en realidad ellos eran los más melódicos. Entonces se alzó el telón. La escena se desarrollaba en la plaza del pueblo de Doddering Sloughleigh, alrededor de 1860. Aparece la heroína, leyendo el correo de la mañana. Encuentra una carta dirigida al joven terrateniente y rápidamente se lanza a cantar.

El primer aria de Sarah no era tan mala como la obertura, pero sí muy aburrida. Afortunadamente, sólo tendríamos ocasión de escuchar las primeras notas...

No es necesario preocuparse de detalles sin importancia, tales como la forma en que Kendall convenció al pobre Fenton, si es que el inventor siquiera llegó a sospechar cómo se iba a utilizar su descubrimiento. La demostración fue muy convincente. Un silencio absoluto cubrió la sala, y Sarah Stampe se apagó de forma similar a un programa de televisión cuando se quita el sonido. El público quedó helado en sus asientos, mientras los labios de la cantante se movían sin producir sonido alguno. De repente, se dio cuenta de lo que ocurría y vimos cómo abría la boca intentando gritar. Huyó hacia los bastidores en medio de una lluvia de cartas.

Inmediatamente se produjo un caos indescriptible. Durante unos minutos todos creían haber perdido el sentido del oído, hasta que, viendo al resto comportarse de forma extraña, comprendieron que era una privación generalizada. Algún miembro del Departamento de Física debió entender en seguida lo que ocurría, porque empezaron a circular papelitos por la primera fila. El Vicerrector cometió la imprudencia de intentar restablecer el orden con gestos desde el escenario. Para entonces yo estaba tan muerto de risa que era incapaz de apreciar tales detalles.

No quedaba otra posibilidad que salir de la sala, y todos nos apresuramos a hacerlo. Creo que Kendall se había escapado, tan impresionado por el efecto de su treta que ni se ocupó de desenchufar el aparato. Tenía miedo de que le cogieran y le lincharan. En cuanto a Fenton, desgraciadamente nunca conoceremos su versión de la historia. Sólo podemos reconstruir los hechos posteriores a partir de la evidencia que quedó.

Tal y como yo lo imagino, debió esperar a que se vaciara la sala y a continuación

entró sigilosamente para desenchufar su aparato. La explosión se pudo escuchar en toda la Escuela.

—¿La explosión? — preguntó alguien con sorpresa.

—Por supuesto. Me estremezco al pensar que nos salvamos por los pelos. Unas cuantas decenas de decibelios más, unos cuantos tonos más... y menos mal que no sucedió: cuando el teatro estaba aún lleno. Considérenlo como un ejemplo de los designios inescrutables de la Providencia, el que sólo el inventor fuera afectado por la explosión. Quizá fue lo mejor que podía haber ocurrido: al menos murió en su momento triunfal, y antes de que el Decano lo alcanzase.

—Basta de moralejas. ¿Qué ocurrió?

—Bueno, les dije que Fenton estaba muy verde en teoría. Si hubiera investigado el aspecto matemático del silenciador, habría dado con el error. El problema consiste en que la energía es *indestructible*. Incluso cuando se anula una sucesión de ondas con otra. Lo único que ocurre entonces es que la energía neutralizada se acumula en otro sitio. Es como barrer toda la suciedad de una habitación, a cambio de un montón invisible debajo de la alfombra.

Fijándonos en el aspecto teórico, el aparato de Fenton no era tanto un silenciador como un *colector* de sonido. Mientras estaba en funcionamiento, absorbía energía sonora constantemente. Y en ese concierto alcanzó la máxima potencia. Lo entenderían mejor si conocieran alguna composición de Edward England. Además, hay que tener en cuenta los ruidos producidos por el público —o mejor dicho, los ruidos que *intentaban* producir— en medio de la confusión. La cantidad total de energía debió ser tremenda, y el pobre Silenciador tuvo que absorberla. ¿Dónde fue a parar? Bueno, no conozco los detalles del circuito pero, probablemente, a los condensadores de energía. Cuando Fenton empezó a jugar con él otra vez, fue como tocar una bomba. El sonido de sus pasos fue la gota que colmó el vaso. El aparato, sobrecargado, no pudo resistir más y explotó.

Nadie dijo una palabra durante unos minutos, quizá en señal de respeto por el difunto señor Fenton. Entonces Eric Maine, que había estado en la esquina mascullando sobre sus cálculos durante los últimos diez minutos, se abrió camino a través de los asistentes. Blandía agresivamente un trozo de papel delante de él.

—¡Eh! —dijo—. Yo tenía razón. Ese chisme nunca pudo funcionar. Las relaciones entre la fase y la amplitud... Purvis le hizo callar con un gesto de displicencia.

—Es lo que acabo de explicar —dijo pacientemente—. Si hubiera escuchado... Es una lástima que a Fenton le costara la vida descubrirlo.

Miró su reloj. Por alguna razón, parecía tener prisa por irse.

—¡Dios mío! Se está haciendo tarde. Recuérdenme uno de estos días que les hable de una cosa extraordinaria que descubrimos con el nuevo microscopio de

protón. Es una historia aún más interesante.

Casi había alcanzado la puerta antes de que nadie pudiera contradecirle. Entonces George Whitley recobró la voz.

—Pero bueno, ¿cómo es posible que nunca hayamos oído hablar de este asunto? —Preguntó perplejo.

Purvis se paró en el umbral; su pipa burbujeó enérgicamente al recuperar el ritmo acostumbrado. Se volvió a mirarnos por encima del hombro.

—Es lo único que podíamos hacer —replicó—. No queríamos un escándalo. *De mortuis nil nisi bonum*: ya sabe. Además, dadas las circunstancias, ¿no creen que lo más apropiado era... echar tierra sobre el asunto? Muy buenas noche a todos.



## CAZA MAYOR

A pesar de que, según la opinión general, Harry Purvis no tiene rival entre los clientes de «El Ciervo Blanco» como narrador de historias extrañas (aunque algunas sean un tanto exageradas), no se debe pensar que su posición nunca se haya visto amenazada. En ocasiones, se ha eclipsado temporalmente. Siempre es entretenido observar el desconcierto de un experto, y debo confesar que me produce cierto placer recordar cómo el Profesor Hinckelberg venció a Harry en su propio terreno.

A lo largo del año, recibimos muchos visitantes americanos en «El Ciervo Blanco». Al igual que los clientes habituales, se trata generalmente de científicos u hombres de letras, por lo que el libro de visitantes que Drew guarda tras la barra contiene muchos nombres famosos. A veces los recién llegados vienen solos, presentándose tímidamente a la menor oportunidad. (Una vez vino un Premio Nobel tan apocado que estuvo sentado en una esquina durante una hora sin que nadie le reconociera, hasta que, haciendo de tripas corazón, se atrevió a decir quién era.) Otros llevan cartas de presentación, y no pocos llegan acompañados por clientes habituales, que después les dejan que se las arreglen como puedan.

El profesor Hinckelberg aterrizó una noche a bordo de un enorme Cadillac con la parte trasera en forma de cola de pez, que le habían prestado en el parque móvil de la plaza de Grosvenor. Sólo Dios sabe cómo se las había arreglado para introducirse por las estrechas calles laterales que llevan a «El Ciervo Blanco», pero, sorprendentemente, los parachoques parecían intactos. Era un hombre alto y encorvado, con ese tipo de cara, mezcla de Henry Ford y Wilbur Wright que generalmente acompaña al habla lenta y taciturna del pionero tostado por el sol. No era éste el caso del profesor Hinckelberg. Hablaba como un disco de larga duración a setenta y ocho revoluciones por minuto. En diez segundos nos enteramos de que era zoólogo y daba clases en una universidad de Virginia del Norte, que estaba de vacaciones, que trabajaba en un proyecto sobre el plancton para el Departamento de Investigación Naval, que le encantaba Londres e incluso le gustaba la cerveza inglesa, que había sabido de nuestra existencia a través de una carta en *Science* pero no podía creer que fuera cierto, que Stevenson no estaba mal, pero que si los demócratas querían volver deberían importar Winston, que le gustaría saber por qué demonios todas nuestras cabinas telefónicas estaban estropeadas y recuperar la pequeña fortuna en monedas de dos peniques que le habían robado, que había demasiados vasos vacíos, y ¿qué les parecería volver a llenarlos?

En general, la táctica de choque del profesor fue bien acogida, pero cuando hizo una pausa momentánea para recobrar el aliento, pensé: «Harry debe tener cuidado. Este tipo le da cien vueltas». Miré a Purvis, que estaba a unos cuantos pasos de mí, y vi que había fruncido los labios en una ligera mueca de desaprobación. Me arrellané

en mi silla a la espera de acontecimientos.

Pasó mucho tiempo hasta que Hinckelberg fue presentado a todo el mundo, porque aquella noche había mucha gente. Harry, normalmente tan dispuesto a conocer personas célebres, parecía querer quitarse de en medio. Pero, finalmente, lo acorraló Arthur Vincent, que actúa como secretario informal del club y se asegura de que todos firmen en el libro de visitas.

—Estoy seguro de que usted y Harry tendrán mucho de qué hablar —dijo Arthur en una explosión de entusiasmo inocente—. Los dos son científicos, ¿no es cierto? A Harry le han ocurrido las cosas más extraordinarias. Cuéntale al profesor aquella historia sobre el U-235 que encontraste en el buzón del correo...

—No creo que el profesor... Hinckelberg esté interesado en mis pequeñas aventuras —dijo Harry con vivacidad—. Seguro que él tendrá mejores cosas de qué hablarnos.

He dado vueltas a esa respuesta muchas veces. No era propia de él. Generalmente, con un comienzo como aquel, Purvis se habría lanzado a hablar sin mayor dilación.

Quizá estuviera midiendo las fuerzas del enemigo, esperando a que el profesor cometiera el primer error para atacarle de frente. Si esta es la explicación, había juzgado equivocadamente a su contrincante, porque no le dio ninguna oportunidad. El profesor Hinckelberg despegó a propulsión y al instante se hallaba en pleno vuelo.

—¡Qué curioso que haya dicho eso! —dijo—. Precisamente hace poco me ocupé de un caso realmente extraordinario. Es una de esas cosas que no pueden considerarse como propiamente científicas, y me parece ésta una buena ocasión para desahogarme. No puedo hacerlo a menudo debido a las malditas medidas de seguridad, pero hasta la fecha nadie se ha ocupado de clasificar los experimentos del doctor Grinnell, por lo que hablaré sobre ellos, pues actualmente no constituyen un secreto.

Al parecer, Grinnell era uno de los múltiples científicos dedicados a interpretar el funcionamiento del sistema nervioso mediante circuitos eléctricos. Había empezado, como Grey Walter, Shannon y tantos otros, por construir modelos capaces de reproducir las acciones más simples de las criaturas vivientes. Su mayor triunfo en este sentido era un gato mecánico que cazaba ratones y que caía de pie cuando le arrojaban desde cierta altura. Pero rápidamente se había desviado en otra dirección, debido al descubrimiento de lo que él denominaba «inducción neural». Simplificando, se trataba nada menos que de un método para controlar el comportamiento de los animales.

Desde hace muchos años se sabe que todos los procesos mentales van acompañados por la emisión de corrientes eléctricas muy pequeñas, y durante mucho tiempo ha sido posible registrar estas complicadas fluctuaciones, pero aún no se han podido interpretar con exactitud. Grinnell no abordó la difícil tarea del análisis; se

trataba de algo mucho más sencillo, aunque los resultados fueran muy complicados. Aplicó el dispositivo de registro a varios animales y con los resultados obtenidos formó una pequeña biblioteca, si así se le puede llamar, de impulsos eléctricos asociados a sus comportamientos. Un determinado patrón de voltaje se correspondería con un movimiento a la derecha, otro con un desplazamiento en círculo, otro con la inmovilidad total, y así sucesivamente. Ya suponía un descubrimiento muy interesante, pero Grinnell no se conformó sólo con eso. Mediante el *play-back* de los impulsos que había grabado, podía obligar a los animales a repetir un movimiento, tanto si querían como si no.

Casi todos los neurólogos admitirían que tal cosa es posible en teoría, pero pocos creerían que pudiera llevarse a la práctica debido a la tremenda complejidad del sistema nervioso. Grinnell había hecho sus primeros experimentos sobre formas de vida muy elementales, obteniendo respuestas relativamente simples.

—Sólo vi uno de sus experimentos —dijo Hinckelberg—. Se trataba de una babosa de gran tamaño que se arrastraba sobre un cristal horizontal. Le había colocado media docena de cables diminutos que llegaban hasta un panel de control que Grinnell manipulaba. Sólo tenía dos conmutadores, y mediante las modificaciones adecuadas obligaba a la babosa a moverse en cualquier dirección. A los ojos de un profano podría parecer un experimento trivial, pero yo comprendí en seguida sus tremendas implicaciones. Recuerdo haberle dicho a Grinnell que tenía la esperanza de que su mecanismo nunca se aplicara a seres humanos. Acababa de leer *1984*, de Orwell, e imaginaba lo que El Gran Hermano habría sido capaz de hacer con un chisme como aquel.

Como siempre tengo mucho trabajo, me olvidé por completo del asunto durante un año. Para entonces, Grinnell había mejorado considerablemente su aparato, y lo había aplicado a organismos más complejos, aunque por razones técnicas se había limitado a los invertebrados.

Poseía un almacén enorme de «órdenes», susceptibles de ser repetidas a sus animales. Parece mentira que seres tan diferentes como gusanos, caracoles, insectos, crustáceos y otros muchos, reaccionaran bajo los mismos impulsos eléctricos, pero así es.

Si no hubiera sido por el doctor Jackson, Grinnell se habría encerrado en su laboratorio el resto de su vida, recorriendo poco a poco todo el reino animal. Jackson era un hombre extraordinario; seguramente habrán visto alguna película suya. En algunas esferas se le consideraba más como un aficionado en busca de publicidad que como un auténtico científico, y los círculos académicos desconfiaban de él porque tenía demasiados intereses. Había dirigido expediciones al desierto de Gobi, al Amazonas, e incluso había hecho una incursión al Antártico. Cada viaje le había supuesto un éxito editorial y varias millas de Kodachrome. Y a pesar de los informes

en contra, creo que efectivamente había obtenido materiales científicos de gran valor, si bien un tanto accesorios.

No sé cómo se enteraría Jackson del trabajo de Grinnell, o cómo le convenció para que cooperase. Era muy persuasivo, y seguramente le ofreció a Grinnell una gran suma, porque era de esa clase de persona que se gana la confianza de los inversionistas. Fuera como fuese, a partir de entonces Grinnell empezó a trabajar rodeado del mayor de los secretos. Todo lo que sabíamos era que estaba construyendo una versión mayor de su aparato, al que había incorporado los refinamientos más recientes. Cuando se le preguntaba, se retorció nerviosamente y contestaba: «Nos vamos de caza mayor».

Tardó un año en prepararlo todo, y supongo que Jackson —que siempre andaba con prisas— debía estar muy impaciente. Pero al fin estuvo todo listo. Grinnell y todas sus cajas misteriosas desaparecieron en dirección a África.

Aquí puede verse la mano de Jackson. Me imagino que no querría publicidad prematura, algo muy comprensible si se considera la naturaleza un tanto fantástica de la expedición. Según los indicios con los que nos despistó a todos premeditadamente, como descubriríamos más tarde, esperaba obtener fotografías insólitas de animales en estado salvaje, utilizando el aparato de Grinnell. Me pareció un poco raro, a no ser que Grinnell hubiera conseguido conectar el mecanismo a un radio-transmisor. No parecía probable que pudiera conectar los cables a un elefante en plena embestida...

Pero ya habían pensado en eso; la solución era evidente. El agua del mar constituye un buen conductor. No pensaban ir a África ni por asomo, sino al Atlántico. Pero no nos habían mentido: iban de caza mayor, desde luego. La mayor caza posible.

Nunca nos habríamos enterado de lo que ocurrió de no ser por las charlas entre el radiotelegrafista del barco y un radioaficionado amigo suyo en los Estados Unidos. Seguimos el curso de los acontecimientos a través de sus comentarios. El barco de Jackson —un yate pequeño que había comprado a bajo precio y transformado para la expedición— navegaba no lejos del Ecuador, a la altura de la costa oeste de África y en la parte más profunda del Atlántico. Grinnell estaba pescando; habían bajado los electrodos al abismo, mientras Jackson esperaba, impaciente, con su cámara.

Pasó una semana antes de que capturaran la primera pieza. Para entonces, todos estaban a punto de perder la paciencia. En la tarde de un día tranquilo, los contadores de Grinnell empezaron a oscilar. Algo había quedado prendido en la esfera de influencia de los electrodos.

Izaron el cable lentamente. Hasta entonces, el resto de la tripulación debía pensar que estaban locos, pero todos se mostraron muy excitados cuando la pieza se elevó a través de tantos miles de pies de oscuridad y alcanzó la superficie.

No puede culparse al radiotelegrafista porque, desobedeciendo las órdenes de

Jackson, sintiera la necesidad de contar todo a un amigo una vez en tierra firme.

No trataré de describir lo que vieron, porque un gran maestro ya lo hizo antes que yo. Poco después de conocer el informe, abrí un ejemplar de *Moby Dick* y releí el capítulo correspondiente. Aún puedo citarlo de memoria y creo que nunca lo olvidaré. Dice lo siguiente, poco más o menos:

«Sobre el agua flotaba una gran masa pulposa, de varios estadios de longitud y color crema oscuro, con innumerables brazos que, partiendo del centro, se enroscaban y retorcían cual nido de anacondas, como si quisieran atrapar cualquier desdichado objeto a su alcance.»

Sí; Grinnell y Jackson habían ido a la caza de la mayor criatura viviente, y la más misteriosa. ¿La mayor? Seguramente, ya que el *bathyteuthis* puede alcanzar los cien metros de largo. No es tan pesado como los cachalotes a los que sirve de merienda, pero puede competir con ellos en longitud.

En éstas estaban, con aquella bestia monstruosa que ningún ser humano había visto nunca en condiciones tan favorables. Parece que Grinnell estaba sometiéndole a algunas pruebas mientras Jackson, en éxtasis, rodaba cientos de yardas de película. No existía peligro alguno, a pesar de que el animal duplicaba en tamaño al barco. Para Grinnell, se trataba simplemente de otro molusco al que controlar como un muñeco con sus botones y conmutadores. Cuando terminara, le dejaría nadar libremente y volver a su medio habitual, aunque posiblemente le quedaría un poco de resaca.

¡Lo que daría por tener esa película! Aparte de su interés científico, valdría una fortuna en Hollywood. Hay que admitir que Jackson sabía lo que se hacía; conocía las limitaciones del aparato de Grinnell y lo utilizaba de la forma más efectiva. Lo que ocurrió después no fue culpa suya.

El profesor Hinckelberg suspiró y bebió un largo sorbo de cerveza, como si quisiera reunir fuerzas para terminar su relato.

—No; si a alguien puede culparse es al propio Grinnell. O, mejor dicho, *era* a Grinnell, el pobre. Quizá estaba tan excitado que olvidó tomar una precaución que, sin duda, habría tomado en el laboratorio. ¿Cómo explicar, si no, el hecho de que no tuviera otros fusibles a mano cuando se fundieron los del suministrador de energía?

Tampoco puede culparse al *bathyteuthis*. ¿A quién no le habría molestado que le zarandeasen de tal forma? Cuando las órdenes cesaron y volvió a sentirse dueño de sí mismo, tomó las medidas oportunas para que la situación continuara así. Me pregunto si Jackson estuvo filmando hasta el «último momento...»

## PATENTE EN TRÁMITE

No hay ningún tema que no se haya discutido, tarde o temprano, en «El Ciervo Blanco», y el hecho de que haya damas presentes, no supone ninguna diferencia. Al fin y al cabo, saben el riesgo que corren al venir aquí. Ahora que lo pienso, tres de ellas acabaron encontrando aquí marido, así que, quizá no sean ellas quienes corran peligro...

Menciono esto porque no quisiera que creyeran que todas nuestras conversaciones son terriblemente eruditas y científicas, y todas nuestras actividades puramente cerebrales. Aunque predomina el ajedrez, los dardos y los chinos también prosperan. Algunos clientes traen consigo el *Times Literary Supplement*, la *Saturday Review*, el *New Statesman* o el *Atlantic Monthly*, pero esas mismas personas son muy capaces de aparecer con el último número de *Narraciones Asombrosas de Pseudociencia*.

También se llevan a cabo muchos negocios en los rincones más oscuros del bar. Libros y revistas antiguas cambian a menudo de dueño, a precios astronómicos, y casi todos los miércoles puede verse a tres vendedores muy conocidos apoyados sobre la barra, fumando grandes puros e intercambiando chistes con Drew. De vez en cuando, una sonora risotada anuncia el desenlace de una anécdota, lo que provoca una afluencia de preguntas ansiosas por parte de algunos clientes, temerosos de haberse perdido algo bueno. Por delicadeza, no repetiré ninguna de ellas. A diferencia de la mayoría de las cosas en esta isla, no son para exportar.

Afortunadamente, ninguna de estas restricciones son aplicables a los relatos del señor Harry Purvis, Licenciado en Ciencias (por lo menos). Doctor en Filosofía (probablemente), Miembro de la Royal Society, (personalmente no lo creo, aunque existen rumores sobre el particular). Ninguna de sus historias haría ruborizarse a las damas solteras más respetables, si es que queda alguna en los tiempos que corren.

Debería disculparme, porque es una afirmación demasiado rotunda. Recuerdo un relato que en ciertos ambientes sí se consideraría un tanto atrevido. Sin embargo, no dudo en contarlo, porque confío en que usted, querido lector, sea lo suficientemente liberal como para no ofenderse.

Empezó de la siguiente manera: un famoso crítico de la calle Fleet había sido acorralado contra una esquina por un editor muy persuasivo que estaba a punto de publicar un libro en el que había puesto grandes esperanzas. Se trataba de una de las producciones más logradas del viejo y decadente *Sur*, un ejemplo excelente del estilo literario del «y-entonces-la-casa-volvió-a-tambalearse-porque-las-termitas-habían-acabado-con-el-ala-oeste». En Irlanda ya lo habían censurado, pero es ese un honor al que pocos libros escapan hoy en día, por lo que, en realidad, no podía considerarse como una distinción. Pero si lograban que algún periódico británico importante

abogara seriamente por su supresión, se convertiría en un éxito editorial de la noche a la mañana...

Tal era el razonamiento del editor, que estaba utilizando sus mejores argumentos para conseguir la cooperación de su amigo. Oí que le decía, como para acallar los escrúpulos del crítico: «¡Por supuesto que no! Si los lectores son capaces de entenderlo, entonces es que ya están más que pervertidos.» En ese momento, Harry Purvis, que posee una extraña habilidad para seguir media docena de conversaciones a la vez, de tal forma que puede intervenir en la que más le apetezca en el momento propicio, dijo, con su voz penetrante e ininterrumpible:

—La censura provoca problemas muy difíciles, ¿verdad? Siempre he pensado que existe una relación inversa entre el grado de civilización de un país y las restricciones de su prensa.

Una voz de Nueva Inglaterra intervino desde el fondo de la estancia:

—En ese sentido. París es un lugar mucho más civilizado que Boston.

—Exactamente —replicó Purvis. Por una vez, esperó a que le contestaran.

—De acuerdo —dijo suavemente la voz de Nueva Inglaterra—. No quiero discutir. Simplemente quería comprobarlo.

—Acabo de recordar —continuó Purvis sin perder más tiempo— un suceso que aún no ha tenido que vérselas con el censor, pero que no tardará en hacerlo. Empezó en Francia, y hasta ahora no ha trascendido más allá. Cuando salga a la luz, puede tener mayor impacto en nuestra civilización que la bomba atómica.

Al igual que la bomba atómica, procede de una investigación académica. *Nunca* se debe subestimar a la ciencia, amigos. Dudo que exista un solo campo de estudio tan teórico, tan lejano de lo que ridículamente se llama vida cotidiana, que no pueda producir un día algo que haga temblar al mundo.

Os daréis cuenta de que el relato que os estoy contando es, por una vez, de segunda mano. Me lo contó un colega de la Sorbona cuando estuve allí para asistir a una conferencia científica. Por eso todos los nombres son ficticios. Me dijeron los nombres reales entonces, pero no los recuerdo.

El profesor... Julian trabajaba como fisiólogo en una de las universidades francesas más pequeñas, pero más solventes. Algunos de vosotros recordaréis aquella historia tan inverosímil que nos contó Hinckelberg la semana pasada, sobre un colega suyo que había conseguido controlar el comportamiento de los animales mediante la aplicación de corrientes adecuadas en sus sistemas nerviosos. Pues bien, si aquella historia contenía algo de verdad —y yo, sinceramente, lo dudo—, el proyecto estaba probablemente inspirado en los trabajos de Julian publicados en *Comptes Rendus*.

El profesor Julian nunca llegó a publicar sus hallazgos más notables. Cuando se tropieza por casualidad con algo realmente importante, a nadie se le ocurre publicarlo inmediatamente. Se espera hasta tener una evidencia aplastante, a menos que exista el

temor de que alguien más esté en el secreto. Después puede publicarse un informe un tanto ambiguo que garantizará la primicia en una fecha posterior, pero sin dar demasiados detalles, como el famoso criptograma que confeccionó Huygens cuando descubrió los anillos de Saturno.

Os preguntaráis de qué trataba el descubrimiento de Julian; no mantendré el misterio por más tiempo. Era simplemente el resultado natural de algo que el hombre ha estado haciendo durante los últimos siglos. Primero, la cámara nos concedió el privilegio de captar imágenes. Después Edison inventó el fonógrafo, y con él se pudo dominar el sonido. Hoy en día, con el cine sonoro poseemos una especie de memoria mecánica que habría sido totalmente inconcebible para nuestros antepasados. Pero el avance no puede quedarse ahí. Finalmente la ciencia será capaz de recoger y almacenar pensamientos y sensaciones, y devolverlos a la mente de tal manera que se pueda repetir a voluntad cualquier experiencia de la vida con todos sus detalles.

—¡Eso es ya muy viejo! —espetó alguien—. Acordaos del «sensorama» en *Un mundo feliz*.

—Todas las buenas ideas han sido pensadas antes de llevarlas a la práctica —dijo Purvis severamente—. La cuestión es que Huxley y otros hablaban de estas cosas, pero Julian las llevó a la práctica. ¡Dios mío, qué juego de palabras! Aldous, Julian... ¡vamos a dejarlo!

Utilizó la electrónica, por supuesto. Todos sabréis que un encefalograma puede recoger los impulsos eléctricos más pequeños de un cerebro vivo, conocidos como «ondas cerebrales» según la terminología de la prensa popular. El aparato de Julian era mucho más elaborado y sutil que este instrumento tan conocido. Una vez recogidos los impulsos cerebrales, podía reproducirlos. Parece simple, ¿verdad? Lo mismo ocurre con el fonógrafo, pero se necesitó el genio de un Edison para concebirlo.

Y ahora, aparece en escena el villano. Bueno, quizá sea una palabra demasiado fuerte, porque Georges, el ayudante del profesor Julian —Georges Dupin—, era un personaje verdaderamente simpático. Pero, tratándose de un francés con un sentido práctico mayor que el del profesor, vio inmediatamente que aquel juguete de laboratorio podría producir varios millones de francos.

Lo primero era sacarlo del laboratorio. Los franceses poseen una indudable aptitud para la ingeniería sofisticada, y tras varias semanas de trabajo —con la colaboración del profesor—, Georges se las ingenió para meter el *playback* del aparato en una cabina no mayor que un aparato de televisión, y casi con el mismo número de piezas.

Entonces Georges estuvo listo para realizar su primer experimento. Suponía un gasto considerable, pero, como alguien dijo, no puede hacerse una tortilla sin romper huevos. Y creo que la analogía es excelente.



Porque Georges fue a ver al gastrónomo más famoso de Francia, y le hizo una interesante proposición. Tanto, que el gran hombre no pudo negarse, por tratarse de un tributo único a su reputación. Georges le explicó pacientemente que había inventado un aparato para registrar (no dijo nada de almacenar) sensaciones. Por la causa de la ciencia y el honor de la cocina francesa, ¿podría concederle el privilegio de analizar las emociones, los sutiles matices, la elección gustativa, que tenía lugar en la mente de Monsieur le Barón cuando utilizaba su incomparable talento? Monsieur podía elegir el restorán, el chef y el menú; todo según sus deseos. Claro que, si estaba demasiado ocupado, sin duda el conocido gastrónomo Le Compte de...

El barón, que en algunos aspectos era un hombre sorprendentemente grosero, pronunció una palabra difícil de encontrar en la mayoría de los diccionarios franceses. «¡Ese cretino!» explotó. «¡Se contentaría con la cocina inglesa! No, yo lo haré». Y, sin mayor dilación, se sentó a confeccionar el menú, mientras Georges estimaba con preocupación el coste de las viandas y se preguntaba si su situación financiera podría resistir el golpe...

Sería interesante saber qué opinaban el chef y los camareros sobre el asunto. Allí estaba el barón, sentado en su mesa favorita, haciendo honor a sus platos preferidos, sin que pareciera molestarle en lo más mínimo la maraña de cables que, conectados a una máquina de aspecto diabólico situada en una esquina, llegaban hasta su cabeza. En el restorán no había ningún otro cliente, porque lo último que quería Georges era publicidad prematura. Esto aumentó considerablemente el precio, ya de por sí alarmante, del experimento. Esperaba que los resultados merecieran la pena.

Y así ocurrió. La única forma de probarlo, por supuesto, sería repitiendo la «grabación» de Georges. Tendremos que confiar en su testimonio, aunque ya se sabe que las palabras son inútiles en estos casos. El barón era un auténtico connoisseur, no uno de esos que creen tener buen gusto. ¿Recordáis la frase de Thurber: «No es más que un simple Borgoña casero, pero creo que apreciarán su presunción»? (El barón habría sabido sólo con olerlo si se trataba de un producto casero o no, y si hubiera sido pretencioso lo habría rechazado.)

Creo que Georges hizo una buena inversión en aquel experimento, aunque no lo había realizado sólo para su propio beneficio. Le abrió nuevos horizontes y clarificó las ideas que se habían estado formando en su ingenioso cerebro. No cabía duda: había recogido todas las exquisitas sensaciones que habían pasado por el cerebro del barón durante la consumición de aquella comida principesca, y cualquiera, por muy inexperto que fuera en tales menesteres, podría saborearlas plenamente. Porque la grabación recogía únicamente las emociones; la inteligencia no contaba para nada. El barón había necesitado toda una vida de entrenamiento y aprendizaje para *experimentar* aquellas sensaciones. Pero una vez recogidas en cinta magnética, cualquiera podría aprovecharlas, aun careciendo totalmente de sentido del gusto.

¡Imaginaos las brillantes posibilidades que aparecieron ante Georges! Había otras comidas, otros gastrónomos, todas las sensaciones provocadas por las mejores cosechas de Europa; ¿qué no pagarían los *connoisseurs* por una cosa así? Cuando se hubiera descorchado la última botella de un vino raro, su esencia incorpórea podría preservarse, tal como la voz de Melba <sup>[1]</sup> se conservará a lo largo de los siglos. Porque, a fin de cuentas, no es el vino en sí lo que importa, sino las sensaciones que produce...

Así reflexionaba Georges. Pero sabía que aquello era sólo el principio. A menudo he negado que los franceses sean tan lógicos como pretenden, pero en el caso de Georges era evidente. Dio vueltas al asunto durante varios días, al cabo de los cuales fue a ver a su *petite dame*.

«Yvonne, *ma chéri*», dijo, «tengo que pedirte algo un tanto extraño...»

Harry Purvis sabía en qué momento debía interrumpir un relato. Se volvió hacia la barra y dijo: —Otro escocés, Drew— nadie dijo una palabra mientras se lo servían.

—A pesar de que, incluso en Francia, el experimento era insólito —continuó Purvis—, pudo llevarse a cabo con éxito. Tal y como la discreción y la costumbre aconsejan, se realizó en las horas solitarias de la noche. Ya habrán comprendido que Georges era una persona persuasiva, aunque dudo que Mam'selle necesitara mucha persuasión.

Ahogando su curiosidad con un beso sincero pero rápido, Georges despidió a Yvonne en el laboratorio y volvió al aparato. Casi sin aliento, empezó a manipular las repeticiones. Funcionaba —cosa que nunca había dudado. Pero, además —y recordad que sólo cuento con el testimonio de mi informador— no podía distinguirse de la realidad. En ese momento, una especie de temor religioso invadió a Georges. Aquello era, sin duda alguna, el invento más importante de la historia. Sería inmortal y rico, porque había alcanzado algo en lo que todos los hombres habían soñado, y podría salvar a los ancianos de uno de sus terrores...

También comprendió que a partir de entonces podría prescindir de Yvonne si así lo deseaba. Pero eran esas cuestiones que tendría que pensar mucho. Pero que *mucho*.

Os haréis cargo de que estoy rindiendo cuenta de los hechos de una forma muy condensada. Mientras ocurría todo esto, Georges era aún un empleado leal al profesor, que no sospechaba nada. Hasta entonces, Georges no había hecho más que cualquier otro investigador en circunstancias similares. Había actuado un tanto al margen de lo que sus deberes requerían, pero en caso de necesidad podría explicarlo todo.

El próximo paso implicaba negociaciones muy delicadas y el gasto de más francos, tan duramente ganados. Georges poseía todo el material que necesitaba para probar, sin asomo de duda, que lo que se traía entre manos tenía un gran valor comercial. Sabía que en París había astutos hombres de negocios que no perderían la

oportunidad. Cierta delicadeza, que le honra, impidió a Georges utilizar su segunda... esto...grabación como muestra de las mercancías que su máquina podía ofrecer. No había ninguna forma de ocultar la personalidad de los protagonistas y Georges era un hombre modesto. «Además», razonaba con su sentido común característico, «cuando una compañía discográfica quiere grabar un *disque*, no llama a músicos aficionados. Ese es un asunto para profesionales. Lo mismo que *esto, ma foi*». Con lo cual, y tras otra visita al banco, salió rumbo a París.

No fue a ningún lugar cercano a Pigalle, porque siempre está lleno de americanos y los precios, consecuentemente, son exorbitantes. Unas cuantas pesquisas discretas y unos taxistas comprensivos le llevaron a un barrio de las afueras, tan respetable que resultaba asfixiante, y de pronto se encontró en una sala de espera muy agradable, no tan exótica como podría esperarse.

Allí, un tanto avergonzado, Georges explicó su misión a una dama de aspecto sobrecogedor, cuya edad habría sido tan difícil de adivinar como su profesión. A pesar de estar acostumbrada a las peticiones más heterodoxas, *aquello* era algo con lo que nunca se había topado en sus largos años de experiencia. Pero como el cliente siempre tiene razón, mientras tenga también dinero, llegaron por fin a un acuerdo. Una de las damas jóvenes y su novio, un *apache* de masculinidad arrolladora, acompañaron a Georges a una ciudad de provincias. Al principio, como es natural, sospechaban un poco de sus intenciones, pero como Georges ya había comprobado, ningún experto es capaz de resistirse a los halagos. Muy pronto se encontraron en buena armonía. Hercule y Susette prometieron a Georges que no tendría ningún motivo de queja.

Sin duda, a algunos de vosotros os gustaría tener más detalles, pero no esperéis que os los dé. Todo lo que puedo decir es que Georges —o, más bien, su aparato— tuvo mucho trabajo, y que por la mañana quedaba poco material de grabación que no se hubiera utilizado. Parece ser que Hercule tenía un nombre muy apropiado.

Cuando este picante episodio tocó a su fin, a Georges le quedaba muy poco dinero, pero tenía en su poder dos grabaciones de valor incalculable. Una vez más volvió a París, dónde, sin prácticamente ningún problema, llegó a un acuerdo con varios hombres de negocios tan impresionados con el invento que le ofrecieron un contrato muy generoso antes de recobrar la cordura.

Me alegro de poderos contar esto, porque muy a menudo es el científico quien sale perdiendo en las cuestiones financieras. Me alegra igualmente el deciros que Georges había firmado una cláusula en el contrato a favor del profesor Julian. Se podría decir cínicamente que, después de todo, era el invento del profesor, y que, tarde o temprano, tendría que ajustar cuentas con él. Pero prefiero pensar que no lo hizo sólo por eso.

Desconozco los detalles del contrato para explotar el invento. Supongo que

Georges hizo gala de su elocuencia —aunque nadie que hubiera experimentado los efectos de sus cintas necesitaría demasiada elocuencia. El mercado sería enorme, ilimitado. Una vez superados ciertos obstáculos, sólo con el comercio de exportación, Francia volvería a su antigua grandeza y podría equilibrar su déficit de dólares de la noche a la mañana. Las transacciones tendrían que llevarse a cabo por medios clandestinos, porque, ¿os imagináis la barahúnda que armarían los hipócritas anglosajones cuando descubrieran lo que estaban importando sus países? La Unión de Madres, Las Hijas de la Revolución Americana, la Liga de Amas de Casa y *todas* las organizaciones religiosas protestarían en bloque. Los abogados investigaron el asunto cuidadosamente, y encontraron que las leyes que aún impedían enviar por correo *Trópico de Capricornio* a los países de habla inglesa, no podían aplicarse en este caso, por la sencilla razón de que nadie lo había previsto. Pero provocaría tal demanda de leyes nuevas que el Parlamento y el Congreso tendrían que hacer algo al respecto, por lo que era mejor ocultarlo durante el mayor tiempo posible.

En realidad, como uno de los directores apuntó, si prohibían las grabaciones, tanto mejor. Podrían obtener mucho más dinero de una venta pequeña, porque el precio se pondría por las nubes y los oficiales de Aduanas no podrían impedir todas las infiltraciones. Sería como una nueva Ley Seca.

No os sorprenderá saber que Georges había perdido interés por el aspecto gastronómico. No era la posibilidad más excitante de su invento, sin lugar a dudas. Los directores de las compañías asociadas así lo habían admitido tácitamente al firmar el contrato, incluyendo los placeres de la cocina en el apartado de «derechos subsidiarios».

Georges volvió a su casa como en una alfombra mágica, y con un cheque sustancioso en el bolsillo. Una fantasía maravillosa acudió a su mente. Pensó en todas las molestias que las compañías discográficas se habían tomado para que el mundo conociera las grabaciones de los cuarenta y ocho preludios y fugas o las nueve sinfonías. Su nueva compañía iba a poner a la venta una serie de grabaciones únicas, realizadas por expertos en los conocimientos más esotéricos de Oriente y Occidente. ¿Cuántos números se necesitarían para tantísimos «opus»? Esa había sido una cuestión muy discutida durante miles de años. Georges había oído decir que el número de textos hindúes alcanzaba tres cifras. Sería una investigación de lo más interesante, en la que se combinarían el beneficio monetario con el placer en una forma sin precedentes... Ya había iniciado algunos estudios preliminares, utilizando tratados difíciles de obtener incluso en París.

No os equivocaráis al pensar que durante todo este tiempo Georges había abandonado sus actividades habituales. Trabajaba noche y día, porque aún no había revelado sus planes al profesor y tenía que hacer casi todo cuando el laboratorio se cerraba. Una de las actividades que abandonó fue Yvonne.

Su curiosidad ya se había despertado, como le hubiera ocurrido a cualquier chica. Pero estaba algo más que intrigada; estaba confundida. Georges se había vuelto tan lejano y frío... Ya no estaba enamorado de ella.

El resultado era previsible. Los taberneros deben evitar el peligro de probar sus propias mercancías demasiado a menudo —ya sé que tú no lo haces, Drew—, pero Georges cayó en la trampa. Había utilizado las grabaciones demasiadas veces, con resultados un tanto debilitantes. Además, la pobre Yvonne no podía compararse con Susette, tan experta y habilidosa. La vieja competición entre el profesional y el aficionado.

Todo lo que Yvonne sabía es que Georges estaba enamorado de otra. Y era verdad. Sospechaba que le había sido infiel. Pero *eso* invita a analizar cuestiones demasiado filosóficas que no podemos tratar aquí.

Por si lo habéis olvidado, esto ocurría en Francia, y el desenlace, por tanto, era inevitable. ¡Pobre Georges! Se encontraba trabajando en el laboratorio a altas horas de la noche, como de costumbre, cuando Yvonne acabó con él utilizando una de esas ridículas pistolas ornamentales *de rigueur* en tales ocasiones. Bebamos a su memoria.

—Eso es lo malo de todas tus historias —intervino John Benyon—. Nos hablas de inventos maravillosos, y al final resulta que asesinan al inventor, así que nadie puede disfrutarlos. Porque supongo que, como de costumbre, el aparato quedó destrozado.

—No, no —replicó Purvis—. Dejando a un lado a Georges, este relato tiene un final feliz. No hubo ningún problema con Yvonne, por supuesto. Los apenados patrocinadores de Georges llegaron al lugar de los hechos a toda velocidad e impidieron la publicidad adversa. Eran hombres de negocios, pero también tenían corazón, y comprendieron que deberían garantizar la libertad de Yvonne. Lo consiguieron sin mayor problema cuando *le Maire* y *le Préfet* escucharon la grabación, pues quedaron convencidos de que la pobre chica había sufrido una provocación irresistible. Unas cuantas participaciones en la nueva compañía cerraron el acuerdo, con expresiones de máxima cordialidad por ambas partes. Incluso devolvieron la pistola a Yvonne.

—Entonces, cuándo...—aventuró alguien

—Estas cosas llevan su tiempo. Existe, por ejemplo, el problema de la producción en serie. Es posible que la distribución haya comenzado a través de vías privadas, muy privadas. Puede que pronto veamos algo en una de esas tiendecitas de aspecto y anuncios dudosos alrededor de la plaza Leicester.

—Es de suponer —dijo la voz de Nueva Inglaterra sin el más mínimo respeto— que no sabes *el nombre de la compañía*.

Es inevitable admirar a Purvis en situaciones como aquélla. No dudó ni un momento.

—*Le Societé Anonyme d' Aphrodite* —contestó—. Y acabo de recordar algo que te levantará el ánimo. Esperan triunfar sobre las molestas leyes postales de tu país y establecerse antes de que las pesquisas del Congreso comiencen. Van a abrir una sucursal en Nevada; parece ser que allí todo está permitido.

Levantó su vaso.

—Por Georges Dupin —dijo con solemnidad—. Mártir por la ciencia. Recordadle cuando empiecen los fuegos artificiales. Y otra cosa...

—¿Qué? —preguntamos todos.

—Será mejor que empecéis a ahorrar ya, y que vendáis vuestros televisores antes de que se deprecie su valor.

## CARRERA DE ARMAMENTOS

Como ya he señalado en alguna ocasión, nadie ha sido capaz de acorralar a Harry Purvis, el más brillante narrador de «El Ciervo Blanco», durante mucho tiempo. No puede dudarse de sus conocimientos científicos, pero ¿dónde los ha adquirido? ¿Y cómo justificar los términos familiares que utiliza al hablar de tantísimos miembros de la Royal Society? Debo admitir que hay muchos que no creen una palabra de lo que cuenta. Creo que eso es ir demasiado lejos, como hace poco le dije de forma un tanto violenta a Bill Temple.

—Siempre te estás metiendo con Harry, pero habrás de reconocer que nos proporciona un buen entretenimiento —dije—, y eso es algo que la mayoría de nosotros somos incapaces de hacer.

—Si es una ofensa personal —replicó Bill, aún escocido porque un editor americano acababa de devolverle unos relatos totalmente serios alegando que no le habían hecho reír—, dímelo en la calle —miró a la ventana, comprobó que aún nevaba y añadió rápidamente—: Bueno, hoy no, pero quizá algún día durante el verano, si los dos coincidimos aquí un miércoles. ¿Quieres otra copa de tu bebida favorita, jugo de piña a secas?

—Gracias —dije—. Un día lo mezclaré con ginebra, para sorprenderte. Creo que soy la única persona en «El Ciervo Blanco» capaz de elegir entre beber o no beber, y siempre escojo no hacerlo.

No pudimos continuar la conversación, porque el sujeto de la discusión llegó entonces. Normalmente, este hecho habría sido suficiente para aumentar los motivos de controversia, pero como Harry venía acompañado por un desconocido, decidimos portarnos como buenos chicos.

—¡Hola, señores! —dijo Harry—. Os presento a mi amigo Solly Blumberg. El mejor técnico de efectos especiales que hay en Hollywood.

—Seamos precisos, Harry —replicó el señor Blumberg tristemente, con voz de perro apaleado—. Que *había* en Hollywood.

Harry hizo un gesto como de no darle importancia.

—Mejor me lo pones. Solly ha venido aquí para ofrecer su talento a la industria cinematográfica británica.

—¿Existe realmente una industria cinematográfica británica? —preguntó Solly con ansiedad—. En el estudio nadie estaba muy seguro sobre el particular.

—Claro que sí. Y está en muy buenas condiciones. El Gobierno establece unos impuestos tales que la lleva constantemente a la bancarrota, y después la saca a flote con enormes subvenciones. Así hacemos las cosas en este país.

—¡Eh, Drew! ¿Dónde está el libro de visitantes? Solly lo ha pasado muy mal últimamente y necesita animarse.

No me pareció que, aparte de su mirada perruna, el señor Blumberg tuviera aspecto de haber sufrido muchas penurias. Iba impecablemente vestido, con un traje de Hart Schaffner & Marx. Llevaba las puntas del cuello de la camisa abotonadas en alguna parte invisible del pecho y era de agradecerse porque así quedaba oculta parte de la corbata, aunque no lo suficiente. Me pregunté qué podría ocurrirle. Rogué para que no se tratara de actividades antiamericanas otra vez; eso provocaría al rojillo de la casa, que en esos momentos se encontraba en un rincón estudiando apaciblemente el tablero de ajedrez.

Todos mascullamos algo, tratando de mostrar comprensión, y John dijo mordazmente: —A lo mejor le haría bien desahogarse. Sería agradable oír hablar aquí a otra persona, por una vez.

—No seas tan modesto, John —atajó Harry rápidamente—. Yo no me he cansado de oírte todavía. Además dudo mucho que Solly quiera recordarlo. ¿Verdad amigo?

—No —dijo el señor Blumberg—. Cuéntaselo tu.

(—Sabía que acabaría así —me susurró John con un suspiro.)

—¿Por dónde empiezo? —preguntó Harry—. ¿Cuando Lillian Ross fue a entrevistarte?

—Por cualquier parte menos *esa* —gimió Solly—. En realidad todo empezó cuando estábamos rodando la primera serie de «El Capitán Zoom».

—¿El Capitán Zoom? —preguntó alguien en tono amenazador—. Esas son palabras muy fuertes en este lugar. ¡No me diga que usted es el responsable de esa porquería innombrable!

—¡Venga, chicos! —dijo Harry haciendo lo posible para calmar los ánimos—. No seáis tan severos. No podemos aplicar nuestros propios haremos críticos a todo el mundo. La gente tiene que ganarse la vida. Además, a millones de niños les *gusta* el capitán Zoom. No querréis romper sus corazoncitos, ¡estando tan cerca la Navidad...!

—¡Si realmente les gusta el capitán Zoom, les rompería el cuello!

—¡Qué sentimientos tan extemporáneos! Debes disculpar a algunos de mis compatriotas, Solly. Veamos, ¿cómo se llamaba la primera serie?

—«El Capitán Zoom y la amenaza marciana». —Sí, eso es. Me pregunto por qué Marte siempre nos está amenazando. Supongo que todo empezó con un tal Wells. No me extrañaría que un día nos viéramos envueltos en un juicio interplanetario por difamación, a no ser que pudiéramos probar que los marcianos nos han tratado con igual descortesía.

—Me alegra deciros que no he visto «La amenaza marciana» (—Yo sí la vi —se quejó alguien al fondo—. Todavía estoy intentando olvidarlo). Pero no nos interesa el argumento en sí. Lo escribieron tres hombres en un bar del boulevard Wilshire. Nadie sabe con certeza si «La amenaza» quedó así porque los guionistas estaban siempre borrachos, o si tenían que mantenerse borrachos para enfrentarse a «La amenaza». No



os preocupéis si resulta confuso. Solly tenía a su cargo únicamente los efectos especiales que el director necesitaba.

En primer lugar, tuvo que construir Marte. Para hacerlo, pasó media hora en compañía de *La conquista del espacio* y diseñó un boceto que los carpinteros convirtieron en una naranja madura flotando en el vacío, rodeada de un número inverosímil de estrellas. *Eso* fue fácil, pero las ciudades marcianas llevaron un poco más de trabajo. Tratad de imaginaros una arquitectura totalmente diferente a la que conocemos, pero que guardara cierta lógica. Dudo que sea posible, y si lo fuera, estoy seguro de que alguien ya lo habría puesto en práctica aquí, en la Tierra. Lo que se construyó finalmente era una cosa vagamente bizantina con toques de Frank Lloyd Wright. El hecho de que las puertas no condujeran a ninguna parte no importaba en absoluto, con tal de que quedara suficiente espacio en el escenario para la esgrima y todas las acrobacias que el guión requería.

Sí, esgrima. Era aquella una civilización que poseía energía atómica, rayos mortales, naves espaciales, televisión y otras comodidades modernas semejantes, pero cuando se trataba de un enfrentamiento entre el capitán Zoom y el malvado emperador Klugg, el reloj volvía atrás un par de siglos. Se veía a muchos soldados empuñando pistolas de rayos de aspecto mortal, pero nunca las utilizaban. Bueno, casi nunca. A veces, una lluvia de chispas perseguía al capitán Zoom y le chamuscaba los pantalones, pero eso era todo. Supongo que, como los rayos no se movían a una velocidad superior a la de la luz, él siempre se les adelantaba.

Sin embargo, aquellos rifles ornamentales dieron muchos quebraderos de cabeza. Es curioso que Hollywood se tome innumerables molestias por detalles nimios en películas que son una auténtica porquería. El director de «El Capitán Zoom» tenía debilidad por los rifles de rayos. Solly diseñó el modelo Mark I, que parecía una mezcla de bazuka y trabuco. Se sentía muy satisfecho con él, así como el director... durante un día. Poco después, el «genio» entró hecho una furia en el estudio, blandiendo un engendro espantoso de plástico morado, lleno de botones, lentes y palancas.

«Mira esto, Solly», bufó. «Junior lo trajo del supermercado; lo regalan con los paquetes de Crunch, uno por cada diez cajas. ¡Es mucho mejor que el nuestro! ¡Y, además, *funciona!*»

Movió una palanca y un delgado chorro de agua cruzó el escenario y desapareció tras la nave espacial del capitán Zoom, donde rápidamente apagó un cigarrillo que no tenía por qué estar encendido. Un tramoyista emergió de una esclusa de aire muy enfadado, vio quién le había empapado, y se retiró inmediatamente, murmurando algo sobre el sindicato.

Solly examinó el rifle con consternación pero con el espíritu crítico propio de un experto. En efecto, era mucho más impresionante que cualquiera de sus

producciones. Se retiró a su oficina, prometiendo estudiar qué posibilidades ofrecía.

El modelo Mark II llevaba todo tipo de artilugios, incluyendo una pantalla de televisión. Si el capitán Zoom se encontraba ante un monstruo en plena embestida, todo lo que tenía que hacer era poner en funcionamiento el aparato, esperar a que los tubos se calentaran, comprobar el selector de canal, ajustar el sonido, enfocar, manipular los mandos de línea y pantalla... y apretar el gatillo. Afortunadamente, era un hombre de reflejos rápidos.

El director quedó encantado y ordenó la inmediata fabricación del Mark II. Se construyó otro modelo ligeramente distinto, el Mark IIa, para la diabólica corte del emperador Klugg. Ambas partes no podían poseer las mismas armas, por supuesto. Ya os dije que los miembros de la Productora Pandemic eran el esmero personificado.

Todo marchó bien durante los primeros ataques, e incluso después. Mientras los actores —si es que puede utilizarse tal palabra— estaban en escena, apuntaban con los rifles y apretaban el gatillo como si realmente ocurriera algo. Pero los encargados de poner en negativo los fogonazos y las chispas eran dos hombrecillos encerrados en un cuarto oscuro, tan bien protegido como el fuerte Knox. Aunque hicieron un buen trabajo, al poco tiempo la conciencia artística del director comenzó a sentir escrúpulos.

«Solly», dijo, mientras jugueteaba con el horror plástico que había llegado a manos de Júnior por gentileza de Crunch, «el succulento cereal que no tiene desperdicio». «Solly, quiero un rifle capaz de *hacer* algo».

Solly se agachó a tiempo y el proyectil pasó sobre su cabeza, yendo a bautizar una fotografía de Louella Parsons. «¡No estarás pensando en volver a filmarlo todo!», dijo en un gemido.

«Nooo», replicó el director con evidente desgana. «Tendremos que usar lo que tenemos. Pero, por alguna razón, no parece real». Cogió el guión que estaba en su mesa, y momentos más tarde se le iluminó el rostro.

«La próxima semana empezamos el episodio 54, Esclavos de los Hombre-babosa. Como los hombres-babosa necesitan armas, quiero que hagas esto...»

Solly tuvo muchos problemas con el Mark III. (Espero no haberme saltado ninguno.) No consistía solamente en diseñar un rifle totalmente nuevo, sino que debía «hacer algo». Era un reto para el ingenio de Solly; sin embargo, y parafraseando al profesor Toynbee, se trataba de un reto que provocaba la respuesta adecuada.

Introdujo ciertos mecanismos de ingeniería en el Mark III. Por fortuna, Solly conocía a un técnico muy habilidoso que ya le había ayudado anteriormente en ocasiones similares, y que, en realidad, era el cerebro del artilugio. («¡Desde luego que lo era!», exclamó el señor Blumberg lúgubrememente.) Consistía en utilizar un chorro de aire, producido por un pequeño ventilador muy potente, y después rociar con un polvo muy fino. Cuando todo estuvo montado, lanzaba unos destellos

impresionantes, y emitía un ruido aún más impresionante. Asustaba tanto a los actores, que desempeñaban sus papeles de un modo más realista.

El director estaba encantado; esta vez, la satisfacción le duró tres días, al cabo de los cuales le asaltó una duda.

«Solly», dijo, «esos malditos rifles son *demasiado* buenos. Los hombres-babosa pueden dar sopas con honda al capitán Zoom. Tendremos que proporcionarle algo mejor.»

En este momento Solly comprendió lo que ocurría. Se había comprometido en una carrera de armamentos.

Vamos a ver; esto nos lleva al Mark IV, ¿no es así? ¿Cómo funcionaba? Ah, ya recuerdo. Era un quemador de oxiacetileno, al que se le inyectaban varias sustancias químicas que producían unas llamas maravillosas. Debería haber mencionado que, desde el episodio 50, «Destrucción en Deimos», el estudio había abandonado las producciones en blanco y negro por el Murkicolor, con lo que se abrían grandes posibilidades. Inyectando cobre, estroncio o bario, podía obtenerse cualquier color.

Si creéis que el director estaba satisfecho por entonces, no conocéis Hollywood. Algunos cínicos se reirán al ver el lema «*Ars Gratia Artis*» en las pantallas, pero me parece que esta actitud no se corresponde con los hechos reales.

¿Acaso viejos fósiles como Miguel Angel, Rembrandt o Tiziano, emplearon tanto tiempo, esfuerzo y dinero en busca de la perfección como lo hacía la Productora Pandemic? Yo creo que no.

No pretendo describir todas las Marks que Solly y su ingenioso amigo el ingeniero fabricaron durante el rodaje de la serie. Había una que disparaba un chorro de anillos de humo de colores. Otra que consistía en un generador de alta frecuencia que producía chispas enormes pero inofensivas. Había también un rayo *curvado* producido por un surtidor de agua en el que se reflejaba la luz de forma muy espectacular. Y, finalmente, el Mark 12.

—El Mark 13 —corrigió el señor Blumberg.

—¡Claro, que tonto soy! Qué otro número podía haber sido. El Mark 13 no era un arma portátil, aunque las anteriores lo eran gracias a un considerable esfuerzo de la imaginación. Se trataba de un aparato diabólico que instalarían en Fobos para conquistar la Tierra. A pesar de que Solly me lo ha explicado alguna vez, sus complicados principios científicos escapan a mi corta inteligencia. Además, ¿quién soy yo para intentar compararme con los brillantes creadores del «Capitán Zoom»? Lo único que puedo hacer es contaros lo que se suponía que el rayo haría, no cómo lo hizo. Debía provocar una reacción en cadena en la atmósfera de nuestro infortunado planeta, favoreciendo la combinación del nitrógeno y el oxígeno del aire, con efectos muy nocivos para la vida terrestre.

No sé si sentirlo o, por el contrario, alegrarme de que Solly dejara todos los

detalles del fabuloso Mark 13 a su ayudante. Aunque le he interrogado con cierta insistencia, todo lo que puede decirme es que el aparato tenía una altura aproximada de seis pies y el aspecto de un híbrido entre el telescopio de doscientas pulgadas y un cañón antiaéreo. No os dice mucho ¿verdad?

También me dijo que aquella bestia contenía multitud de tubos de radio, así como un imán imponente. Debía producir un arco eléctrico, tan impresionante como inofensivo, que el imán distorsionaría en miles de formas diferentes. *Eso* es lo que el inventor dijo, y, a pesar de todo, no encuentro ninguna razón para no creerle.

Por una de esas circunstancias que resultan providenciales, Solly no se encontraba en el estudio cuando probaron al Mark 13. Muy a su pesar tuvo que marcharse a Méjico aquel día. ¡Qué suerte tuviste, Solly! Esperaba una conferencia de uno de sus amigos aquella tarde, y cuando la recibió, las noticias no fueron las que él había supuesto.

El Mark 13 había sido un éxito, para decirlo delicadamente. Nadie sabía con exactitud lo que había ocurrido, pero de puro milagro no hubo pérdida de vidas humanas y los bomberos pudieron salvar los estudios contiguos. Parecía increíble, pero los hechos eran incontrovertibles. Se suponía que el Mark 13 era un rayo mortal falso, pero resultó ser uno auténtico. *Algo* había salido del proyector y atravesado la pared del estudio como si no estuviera allí. Y, en efecto, así ocurrió unos segundos más tarde. Sólo quedaba un boquete enorme, cuyos bordes empezaron a arder. Y, a continuación, se cayó el techo...

A menos que Solly convenciese al F.B.I de que se trataba de un error, sería mejor que permaneciese al otro lado de la frontera. Ahora mismo hay gente del Pentágono y la Comisión de Energía Atómica investigando las ruinas...

¿Qué habrías hecho de haber estado en el lugar de Solly? Era inocente, pero no podía probarlo. Quizá habría vuelto para encarar la tempestad si no hubiera recordado que en cierta ocasión contrató a un hombre partidario de Henry Wallace<sup>[2]</sup> en las elecciones del 48. *Eso* podía complicar las cosas aún más y, por otra parte, empezaba a cansarse del capitán Zoom.

Y aquí le tenéis. ¿Alguien sabe de alguna compañía cinematográfica británica que pueda hacerle un hueco? Pero sólo películas históricas, por favor. No se atrevería a poner las manos sobre algo más moderno que una ballesta.

## MASA CRÍTICA

—¿Os he hablado —dijo Harry Purvis en tono humilde— de aquella vez que evité la evacuación del sur de Inglaterra?

—No —respondió Charles Willis— o, si lo hiciste, me quedé dormido.

—Bueno, os lo contaré —continuó Harry cuando vio que se habían reunido suficiente número de personas como para formar un auditorio respetable—. Ocurrió hace dos años en la Fundación de Investigaciones Atómicas, cerca de Clobham. Todos la conoceréis, supongo. Pero no creo haber mencionado que trabajé allí durante algún tiempo, en una misión especial de la que no puedo hablar.

—¡Hombre, qué novedad! —dijo John Wyndham, sin obtener el menor resultado.

—Era un sábado por la tarde —prosiguió Harry—. Un día maravilloso al final de la primavera. Nos hallábamos unos seis científicos en el bar «El Cisne Negro», y las ventanas estaban abiertas, por lo que podíamos ver las laderas de la colina de Clobham y, más allá, a unas treinta millas de distancia, Upchester. Había tanta luz que podíamos divisar las agujas de la catedral de Upchester en el horizonte. No podía pedirse un día más espléndido. El personal de la Fundación se llevaba muy bien con los clientes habituales del bar, aunque en un principio no parecían muy contentos de tenernos tan cerca. Aparte de la naturaleza de nuestro trabajo, creían que los científicos formamos una raza diferente, sin necesidades humanas. Tras ganarles a los dardos un par de veces, e invitarles unas copas, cambiaron de opinión. Pero siempre nos estaban tomando el pelo, preguntándonos qué nueva explosión preparábamos.

Aquella tarde deberíamos haber estado presentes más científicos, pero en la División de Radioisótopos tenían un trabajo urgente, por lo que nos encontrábamos en inferioridad de condiciones. Stanley Chambers, el dueño, notó la ausencia de algunas caras conocidas.

«¿Qué les ha pasado a sus compañeros?», preguntó a mi jefe, el doctor French.

«Están trabajando en casa», —contestó French. Llamábamos «casa» a la Fundación para que pareciera más familiar y menos aterradora». «Teníamos que terminar unas cosillas a toda prisa. Vendrán más tarde».

«Unos de estos días», dijo Stan con seriedad, «usted y sus amigos van a dejar escapar algo que no podrán volver a encerrar. Y entonces, ¿a dónde iremos a parar nosotros?»

«Por lo menos, a la Luna», contestó el doctor French. Mucho me temo que fuera una respuesta un tanto irresponsable, pero siempre pierde la paciencia con preguntas tan tontas como aquélla.

Stan Chambers miró por encima de su hombro, como midiendo la distancia que le separaba de Globham.

Creo que estaba calculando si tendría tiempo de llegar al sótano, o si merecería la

pena intentarlo.

«Acerca de esos...isótopos que envían a los hospitales», dijo alguien con precaución. «Estuve en el hospital de Santo Tomás la semana pasada, y vi cómo los transportaban en una caja de seguridad, que debía pesar una tonelada. Me dio escalofrío pensar lo que ocurriría si se les escapaba de las manos.»

«Calculamos el otro día», dijo el doctor French, visiblemente molesto por la interrupción de su juego de dardos, «que había suficiente uranio en Clobham como para hacer explotar el Mar del Norte.»

Fue una tontería que dijera eso, porque además no es verdad. Pero no podía regañar a mi propio jefe, ¿no?

El hombre que había hecho estas preguntas estaba sentado en el hueco bajo la ventana; observé que miraba en dirección a la carretera con expresión preocupada.

«Lo transportan en camiones desde la Fundación ¿verdad?» preguntó impaciente.

«Sí; algunos isótopos duran muy poco, por lo que tienen que llegar a su destino rápidamente.»

«Mire, al pie de la colina hay un camión que parece tener dificultades. ¿Es uno de los suyos?»

El lugar en el que estaba el tablero de dardos quedó desierto porque todos se precipitaron a la ventana. Cuando pude asomarme, vi un camión grande, lleno de embalajes, bajando la colina a toda velocidad a una distancia aproximada de un cuarto de milla. De vez en cuando rebotaba contra el seto; era evidente que los frenos habían fallado y el conductor había perdido el control. Por suerte no se acercaba ningún coche en dirección contraria; de otro modo, no se habría podido evitar un accidente. Sin embargo, parecía más que probable que aún ocurriera.

Entonces el camión llegó a una curva, se salió de la carretera y atravesó el seto. Fue dando bandazos durante cincuenta yardas disminuyendo la velocidad y traqueteando violentamente sobre el áspero terreno. Casi se había parado cuando se topó con una zanja y, lentamente volcó sobre un flanco. Segundos más tarde pudimos escuchar un sonido de madera resquebrajándose, producido por los embalajes al caer al suelo.

«Se acabó», dijo alguien con un suspiro de alivio. «Hizo bien en desviarse hacia el seto. Supongo que el conductor se encontrará aturdido, pero no herido.»

A continuación vimos algo asombroso. Se abrió la puerta de la cabina, y el conductor saltó al suelo. Incluso desde tal distancia, podíamos darnos cuenta de que estaba muy agitado, aunque dadas las circunstancias, nos pareció lo más natural del mundo. Pero, contrariamente a lo que esperábamos, no se sentó para tranquilizarse. Por el contrario, echó a correr a través del descampado, como alma que lleva el diablo.

Lo contemplamos con la boca abierta y con cierta aprensión mientras se alejaba

colina abajo. Se produjo un silencio lúgubre en el bar, sólo interrumpido por el tic-tac del reloj que Stan mantenía adelantado exactamente diez minutos. Entonces, alguien dijo: «¿Creéis que hacemos bien quedándonos aquí? Quiero decir...estamos a sólo media milla... » La gente empezó a alejarse con indecisión de la ventana. El doctor French emitió una risita nerviosa.

«No sabemos si es uno de nuestros camiones», dijo. «Además, les estaba tomando el pelo hace un momento. Es totalmente imposible que los isótopos exploten. Tendrá miedo de que se incendie el depósito de gasolina».

«¡Ah! ¿si?» intervino Stan. «Y entonces ¿por qué sigue corriendo? Ya casi ha bajado la colina.»

«¡Ya sé!» exclamó Charlie Evans, de la Sección de Instrumental. «Transporta explosivos y pensará que van a estallar.»

Yo tenía que desmentir aquello. «No hay ningún signo de incendio, así que, ¿por qué se preocupa? Y si transportara explosivos, llevaría una bandera roja o algo así.»

«Espere un momento», dijo Stan. «Voy a buscar unos prismáticos.»

Nadie se movió hasta que volvió con ellos; nadie, excepto aquella figurita en la falda de la colina, que para entonces ya había desaparecido entre los árboles sin disminuir la velocidad.

Stan estuvo mirando con los prismáticos durante una eternidad. Al final, los bajó con un gruñido de desilusión...

«No se ve mucho», dijo. «El camión está en mala posición. Las cajas se han desperdigado por todas partes...algunas se han roto. A ver qué le parece a usted.»

French miró duramente un largo rato, y después me pasó los prismáticos. Eran de un modelo muy anticuado y no servían para mucho. Por un momento me pareció que las cajas estaban rodeadas de una extraña bruma, pero pensé que aquello no tenía sentido. Lo atribuí a la mala calidad de las lentes.

Y ahí se habría acabado el asunto si no hubieran aparecido dos ciclistas. Subían la colina con visible esfuerzo en un tándem y, cuando llegaron a la brecha del seto, desmontaron rápidamente para ver lo que ocurría. El camión era visible desde la carretera, y se dirigieron hacia él cogidos de la mano. La chica parecía indecisa, y el hombre le decía que no se preocupara. Podíamos imaginar su conversación; era un espectáculo enternecedor.

No duró mucho. Llegaron a unas cuantas yardas del camión...y salieron corriendo a gran velocidad en direcciones opuestas. Ninguno de los dos se volvió para mirar al otro, y observé que corrían de una forma muy peculiar.

Stan, que había recuperado los prismáticos, los bajó con manos temblorosas.

«¡A los coches!», gritó.

«Pero... » empezó a decir el doctor French.

Stan le hizo callar con una mirada. «Malditos científicos», dijo, al tiempo que

cerraba la caja (incluso en un momento como aquél no olvidaba su deber). «Ya sabía yo que esto pasaría tarde o temprano.»

Y segundos más tarde, había desaparecido, así como la mayoría de sus clientes. No se detuvieron ni para preguntarnos si queríamos ir con ellos.

«¡Esto es ridículo!», exclamó French. «Antes de que sepamos de que se trata, esos imbéciles habrán provocado tal pánico que será difícil poner remedio.»

Sabía lo que quería decir. Alguien se lo diría a la policía; desviarían los coches que viajaran en dirección a Clobham; las líneas telefónicas quedarían bloqueadas con cientos de llamadas... sería como el horror de «La guerra de los mundos» de Orson Welles en 1938.

Quizá penséis que estoy exagerando, pero nunca debe subestimarse el poder del pánico. Y, recordad que la gente tenía miedo de la Fundación y casi esperaba que ocurriera algo así.

Incluso no me importa decirnos que, por entonces, nosotros mismos empezábamos a sentirnos incómodos.

Eramos incapaces de comprender lo que ocurría en el camión volcado, y no hay nada que un científico deteste más que no saber a que atenerse.

Mientras tanto, me había apoderado de los prismáticos de Stan y estudiaba la situación detenidamente. Una teoría empezó a formarse en mi mente. Había un...halo sobre las cajas. Seguí mirando hasta que los ojos empezaron a escocerme, y le dije al doctor French: «Creo que ya sé de qué se trata. ¿Por qué no telefonea a la oficina de Correos de Clobham para tratar de anticiparse a Stan e impedir que extienda cualquier rumor, si es que ya ha llegado allí? Diga que todo está bajo control, que no hay nada de qué preocuparse. Mientras usted hace eso, yo voy a acercarme al camión para comprobar mi teoría.»

Debo decir que nadie se ofreció a acompañarme. Aunque empecé a andar con mucha confianza, al cabo de un rato me sentía un poco menos seguro de mí mismo. Recordé un incidente que siempre me ha parecido una de las bromas más irónicas de la historia, y empecé a preguntarme si no estaría ocurriendo algo parecido. Había una vez una isla volcánica en el Lejano Este, con una población de cincuenta mil habitantes. Nadie se preocupaba por el volcán, que había permanecido inactivo durante cien años. Pero un día empezaron las erupciones. Al principio eran pequeñas, pero su intensidad aumentó en cuestión de horas. Cundió el pánico, y la gente intentó apiñarse en los pocos botes disponibles para alcanzar el continente.

Pero se encontraba al frente de la isla un comandante que estaba decidido a mantener el orden a toda costa.

Publicó proclamas asegurando que no existía peligro alguno, y envió tropas a que ocupasen los barcos para que no hubiera pérdida de vidas en los intentos de abandonar la isla en embarcaciones sobrecargadas. Su personalidad era tan fuerte, y



su valor tan ejemplar, que consiguió calmar a la multitud, y aquellos que intentaban escapar volvieron avergonzados a sus casas y se sentaron a esperar que se restableciera la normalidad. Cuando el volcán voló por los aires un par de horas más tarde, llevándose consigo la isla entera, no quedó ni un solo superviviente...

Al llegar al camión, me vi a mí mismo desempeñando un papel similar a aquel comandante. Después de todo, a veces es muy aconsejable quedarse y encarar el peligro, pero otras, lo más sensato es poner pies en polvorosa. Pero ya era demasiado tarde para volver y, hasta cierto punto, estaba seguro de la certeza de mi teoría.

—No sigas —interrumpió George Whitley, que siempre que podía intentaba estropear los relatos de Harry—. Era gas.

A Harry no pareció molestarle en absoluto que se le adelantaran.

—Es una sugerencia muy ingeniosa. Yo también lo pensé, lo que demuestra que, de vez en cuando, todos pecamos de tontos.

Había llegado a unos cincuenta pies del camión cuando me paré en seco y, a pesar de ser un día cálido, un escalofrío muy desagradable me recorrió la espina dorsal. Porque tenía ante mis ojos algo que hacía añicos mi teoría del gas, sin dejar nada en su lugar.

Una masa negra y movediza se retorció sobre la superficie de una de las cajas. Por un momento quise creer que se trataba de un líquido oscuro que rezumaba de un recipiente roto. Pero es una propiedad muy característica de los líquidos el no poder desafiar a la gravedad. Aquello sí podía y, además, estaba vivo. Desde donde me encontraba parecía el pseudópodo de una ameba gigante cambiando de forma y grosor, y se movía hacia adelante y hacia atrás sobre el borde de una caja rota.

En pocos segundos acudieron a mi mente todo tipo de fantasías propias de Edgar Allan Poe. Pero recordé mi deber como ciudadano y mi dignidad de científico. Me dirigí hacia *aquello*, aunque sin demasiada prisa.

Olfateé con cautela, como si la teoría del gas aún estuviera en mi mente. Pero fueron mis oídos y no mi olfato, quienes me dieron la respuesta, cuando me rodeó aquella masa siniestra y escurridiza. Había escuchado aquel sonido millones de veces, pero nunca con tanta intensidad como entonces. Me senté —a cierta distancia— y empecé a reír hasta no poder más. Después me levanté y me dirigí al bar.

«Y bien», dijo el doctor French con ansiedad, «¿de qué se trata? Stan está esperando al teléfono; le pillamos en la encrucijada. Pero no volverá hasta que le digamos lo que ocurre.»

«Dígale a Stan», contesté, «que envíe al apicultor del pueblo, y que él también venga. Va a tener mucho trabajo.»

«¿A quién?» preguntó French. Abrió la boca con asombro. «Dios mío! No me diga que...»

«Exactamente», contesté mientras inspeccionaba tras la barra, por si acaso Stan

tenía escondida alguna botella interesante. «Empiezan a tranquilizarse, pero me imagino que aún están muy fastidiadas. No las conté, pero debe haber medio millón de abejas ahí abajo intentando volver a sus colmenas rotas.»

## LA MELODÍA IDEAL

¿Han observado alguna vez cómo, en una habitación en la que se encuentran reunidas veinte o treinta personas charlando animadamente, llega un momento en el que todo el mundo guarda silencio repentinamente?. Se crea una especie de vacío vibrante que parece engullir todos los sonidos. No sé cómo afectará a otras personas, pero a mi me produce una sensación de frialdad que me domina por completo. Ni que decir tiene que el fenómeno está sujeto a las leyes de la probabilidad, pero, por alguna razón, parece algo más que una simple coincidencia en las pausas de las conversaciones. Es como si todos estuvieran pendientes de escuchar algo, aunque no sepan el qué. En estos momentos recuerdo aquellos versos:

*Pero siempre a mi espalda presiento  
el carro alado y cercano del tiempo...*

Así es como a *mí* me afecta, por muy animada que sea la compañía entre la que me encuentre. Sí, incluso en «El Ciervo Blanco».

Me ocurrió esto mismo un miércoles por la noche en el que había menos aglomeración de la habitual. Se hizo el silencio tan inesperadamente como siempre. Entonces, posiblemente en un deliberado intento de romper ese desagradable suspense, Charlie Willis empezó a silbar la última canción de moda; ni siquiera recuerdo su título. Sólo recuerdo que desencadenó uno de los relatos más inquietantes de Harry Purvis.

—Charlie —dijo con calma—, esa maldita cancioncilla me está volviendo loco. Durante la última semana he tenido que escucharla cada vez que enchufaba la radio.

John Christopher emitió un sonoro sorbetón.

—Deberías conectar siempre con el tercer programa. Estarías a salvo.

—A algunos de nosotros —contestó secamente Harry— no nos satisface una dieta exclusiva a base de madrigales isabelinos. Pero no vamos a pelear por *eso*, por Dios. ¿Nunca se te ha ocurrido que hay algo extraño en esas canciones de éxito?

—¿Qué quieres decir?

—Pues que aparecen misteriosamente, y durante semanas todo el mundo las tararea, como Charlie hace un momento. Las que poseen cierta calidad se te graban de tal forma que no puedes alejarlas de la cabeza; dan vueltas y más vueltas durante días. Y, de repente, desaparecen sin más explicación.

—Ahora te comprendo —dijo Art Vincent—. Algunas melodías pueden elegirse, pero otras se pegan como la melaza, tanto si lo deseas como si no.

—Exactamente. Durante una semana entera me obsesionó el tema principal del final de la segunda sinfonía de Sibelius; incluso me dormía con él rondándome la

cabeza. Después le toco el turno a «El tercer hombre»: da di da di daa, dida, didaa... Recuerda lo que fue aquello.

Harry tuvo que callarse un momento hasta que la gente dejó de tararear. Cuando se desvanecieron los murmullos continuó:

—¡Exactamente! A todos os sucedió lo mismo. Entonces, ¿qué tienen esas tonadas para provocar tal efecto? Algunas son realmente buena música, otras, banalidades, pero evidentemente tienen *algo* en común.

—Continúa —dijo Charlie—. Estamos impacientes.

—Desconozco la respuesta —contestó Harry—. Y lo que es más, no quiero conocerla. Sé de un hombre que la encontró.

Automáticamente, alguien le acercó una cerveza, para que el tono del relato no decayera. A mucha gente le fastidiaba que en medio de lo más interesante se parase para pedir otra bebida.

—No sé por qué a la mayoría de los científicos les interesa la música— pero es un hecho innegable. Conozco muchos laboratorios importantes que poseen orquestas sinfónicas de aficionados, algunas incluso muy buenas. Entre los matemáticos se podrían encontrar razones obvias para justificar esta afición; la música, especialmente la música clásica, es, formalmente, casi matemática. Además se apoya en la teoría: relaciones armónicas, análisis de ondas, distribución de la frecuencia, y cosas por el estilo. Constituye en sí misma un estudio apasionante que atrae fuertemente a mentes científicas, y que no excluye —aunque muchas personas crean lo contrario— una apreciación puramente estética.

Pero he de confesar que el interés musical de Gilbert Lister era completamente cerebral. Era, en primer lugar, un fisiólogo, especializado en el estudio del cerebro. Por eso la palabra cerebral debe tomarse literalmente.

No distinguía entre una canción vaquera y la Sinfonía Coral. No le interesaban los sonidos por sí mismos sino por los efectos que causaban en el cerebro.

Entre personas tan cultas como las presentes —dijo Harry, con tal énfasis que sonó a insulto—, no habrá nadie que ignore el hecho de que gran parte de la actividad cerebral se realiza por medio de la electricidad. Constantemente se producen pulsaciones de ritmo regular, que pueden detectarse y analizarse con la ayuda de modernos instrumentos. Este era el campo de Gilbert Lister. Adosaba electrodos en el cuello cabelludo de una persona, y un sistema de amplificadores registraba las ondas cerebrales en cinta magnética. Tras examinarlas, podía dar todo tipo de información sobre la persona en cuestión. En última instancia, afirmaba, es posible identificar a cualquiera a partir de un encefalograma —para utilizar el término correcto— con mayor precisión que a través de las huellas dactilares.

Mediante una intervención quirúrgica, puede cambiarse la piel de una persona, pero si llegásemos a un avance tecnológico tal que pudiera cambiarse el cerebro —

bueno, esa persona ya no sería la misma, de modo que no podría acusarse al sistema de haber fallado.

Mientras estudiaba los ritmos alfa, beta y demás del cerebro, Gilbert empezó a interesarse por la música. Estaba seguro de que existía alguna conexión entre los ritmos musicales y los mentales. Se propuso tocar música ante sus pacientes, para analizar los efectos producidos en sus frecuencias cerebrales normales. Como era de esperar, los efectos fueron múltiples, y los descubrimientos de Gilbert le llevaron a adentrarse en campos más filosóficos.

Sólo en una ocasión hablé con él extensamente sobre sus teorías. No porque fuera reservado —nunca he conocido a un científico que lo fuera, pensándolo bien—, sino porque no le gustaba discutir sobre su trabajo hasta saber a dónde le iba a llevar. Pero lo que dijo fue suficiente para demostrar que había abierto un campo muy interesante, y en consecuencia, me propuse ayudarlo. Mi empresa suministró parte del equipo y yo no me mostré reacio a obtener un pequeño beneficio marginal. Se me ocurrió que si las teorías de Gilbert funcionaban, iba a necesitar un representante en menos que canta un gallo...

Porque lo que Gilbert intentaba hacer era encontrar el fundamento científico para llegar a una teoría sobre las canciones de éxito. Por supuesto, no pensaba en el asunto en esos términos: él lo consideraba como un simple proyecto de investigación y su única ambición consistía en publicar su trabajo en las *Actas de la Asociación de Física*. Pero yo reconocí las implicaciones financieras enseguida. Eran asombrosas.

Gilbert estaba seguro de que una melodía o una canción de moda impresionaba la mente porque de algún modo se adapta a los ritmos eléctricos fundamentales del cerebro. Utilizaba una analogía para explicarlo: «Es como meter una llave en una cerradura. Las guardas de una tienen que acoplarse a las de la otra para que funcione».

Enfocó el problema desde dos ángulos. En primer lugar, recogió cientos de melodías populares y clásicas y analizó su estructura o, como él decía, su morfología.

Un analizador de armonías realizaba esta operación automáticamente, clasificando las frecuencias. Por supuesto, era mucho más complicado, pero estoy seguro de que habréis entendido la idea básica.

Al mismo tiempo, trataba de ver la adecuación entre las ondas resultantes y las vibraciones eléctricas naturales del cerebro. La teoría de Gilbert consistía —y aquí nos adentramos en aguas filosóficas más profundas— en que todas las melodías existentes son aproximaciones burdas a una melodía ideal. Los músicos de todos los tiempos han buscado a ciegas, porque ignoraban la relación entre música y mente. Una vez revelada esta relación, sería posible descubrir la Melodía Ideal.

—¡Eh! —exclamó John Christopher—. Eso es la refundición de la teoría Platónica de los Arquetipos. Ya se sabe: todos los objetos del mundo material son

burdas copias de la silla o la mesa, o lo que sea, ideales. Así que tu amigo buscaba la melodía ideal ¿La encontró?

—Lo sabrás a su debido tiempo—prosiguió Harry sin inmutarse—. Gilbert tardó un año en completar el análisis, y a continuación comenzó con la síntesis. Para entendernos: fabricó una máquina capaz de construir modelos de sonidos, automáticamente, acordes con las leyes que había descubierto. Tenía montones de osciladores y mezcladores; en realidad lo que hizo fue modificar un órgano electrónico ordinario para esta parte del aparato, controlado por la máquina compositora. De esta forma tan infantil con que los científicos bautizan a sus bastardos, llamó al invento «Ludwig».

Se entendería mejor el funcionamiento de Ludwig si se le concibe como una especie de kaleidoscopio sonoro, en lugar de visual. Pero el kaleidoscopio obedecería a unas ciertas leyes, y esas leyes —al menos Gilbert así lo creía— estaban basadas en la estructura fundamental de la mente humana. Con los arreglos necesarios Ludwig llegaría, tarde o temprano, a encontrar la melodía a través de todos los modelos musicales posibles.

Tuve la oportunidad de escuchar a Ludwig, y fue una experiencia extraña. El equipo consistía en el lío electrónico indescriptible común a todos los laboratorios. Lo mismo podía haber sido la máquina de una nueva computadora que la mira de una pistola a radar, un sistema de control de tráfico o un aparato de radio construido por un aficionado. Era difícil aceptar que, si llegaba a funcionar, dejaría sin trabajo a todos los compositores del mundo. ¿O no? Quizá no: Ludwig podría proveer la materia prima, pero necesitaría orquestación.

El sonido comenzó a salir del altavoz. Al principio me pareció como si escuchara ejercicios para cinco dedos ejecutados por un alumno eficiente, pero poco inspirado. La mayoría de los temas eran banales; la máquina tocaba uno y a continuación lo sometía a una serie de cambios, un compás tras otro, hasta agotar todas las posibilidades, y pasaba al siguiente tema. De vez en cuando, producía un pasaje notable, pero en general, no me impresionó lo más mínimo.

Pero Gilbert se explicó que sólo era una prueba, porque los circuitos aún no estaban listos. Cuando lo estuvieran, Ludwig tendría mayor capacidad de selección: de momento, tocaba cualquier cosa —no poseía ningún sentido discriminatorio. Cuando lo adquiriese, las posibilidades serían ilimitadas.

Fue la última vez que vi a Gilbert Lister. Había quedado en ir a su laboratorio una semana después, tiempo en el que esperaba haber conseguido grandes progresos. Llegué una hora más tarde de la cita, por suerte para mí...

A mi llegada acababan de llevarse a Gilbert. Encontré a su ayudante, un hombre de edad que había trabajado con él desde hacía años, muy nervioso y desolado, sentado entre una maraña de cables de Ludwig. Tardé mucho en descubrir lo que

había ocurrido, y aún más en entender los motivos.

No cabía duda de que Ludwig, por fin, había funcionado. El ayudante había salido a almorzar mientras Gilbert terminaba los últimos preparativos, y cuando volvió al cabo de una hora, el laboratorio vibraba con frase melódica larga y compleja. O la máquina se había parado en ese punto, o Gilbert había pulsado el botón de REPETICION. Sea como fuere, estuvo escuchando, durante varios cientos de veces, al menos, la misma melodía. Cuando su ayudante le encontró parecía hallarse en trance. Los ojos abiertos sin ver, los miembros rígidos. Incluso cuando desconectaron a Ludwig, continuó igual. Gilbert no tenía remedio.

¿Qué había ocurrido? Supongo que deberíamos haberlo tenido en cuenta, pero, ¿es tan fácil decirlo cuando ya ha pasado todo! Recordemos lo que dije al principio. Si un compositor que sabe música de oído puede inventar una melodía capaz de dominar la mente de una persona durante días, ¿qué efecto tendría la Melodía Ideal que Gilbert buscaba? En el supuesto de que existiera —y no lo doy como un hecho seguro—, formaría un anillo infinito en los circuitos de la memoria. Daría vueltas y más vueltas, eliminando los demás pensamientos. Todas las melodías empalagosas del pasado se convertirían en simple bagatelas comparadas con ella. Una vez introducida en el cerebro, transformaría las formas en ondas circulares que constituyen la manifestación física de la conciencia —y éste sería el final. Ni más ni menos le ocurrió a Gilbert.

Le sometieron a terapia de choque; lo intentaron todo. Pero no sirvió de nada el patrón se había establecido y no podía romperse. Gilbert había perdido toda conciencia del mundo exterior, y tienen que alimentarlo por vía intravenosa. No se mueve jamás ni reacciona a estímulos externos, pero, según me han dicho, de vez en cuando se contrae de forma extraña como marcando el ritmo.

Me temo que no tiene curación. Y, sin embargo, no estoy seguro de si su destino es horrible o, por el contrario, digno de envidia. Quizá haya encontrado la realidad esencial que siempre ha preocupado a los filósofos como Platón. No lo sé, realmente. A veces me sorprende preguntándome a mí mismo cómo sería la maldita melodía, casi deseando haber tenido la oportunidad de escucharla, al menos una vez. Debe existir alguna forma de hacerlo sin peligro: ¿recordáis que Ulises escuchó el canto de las sirenas y no murió por ello...? Pero ya no habrá otra oportunidad, por supuesto.

—Me lo temía —dijo Charles Willis maliciosamente—. Supongo que el aparato explotó, o algo así, y como de costumbre no podemos comprobar la veracidad de su relato.

Harry le dirigió una mirada más de tristeza que de enfado.

—El aparato apenas sufrió desperfectos —contestó con serenidad—. Lo que ocurrió a continuación fue una de esas cosas enloquecedoras por las que nunca dejaré de culparme. Me tomé tal interés en el experimento de Gilbert que no presté la debida

atención a los intereses de mi empresa.

Mucho me temo que Gilbert había amontonado deudas, y cuando el Departamento de Contabilidad se enteró de lo que había ocurrido, actuó inmediatamente. Tuve que salir de la ciudad durante un par de días en viaje de negocios, y cuando volví ¿sabéis lo que había pasado? Mediante una acción judicial, habían confiscado todos sus bienes, lo que significaba el desmantelamiento de Ludwig; cuando lo vi al día siguiente, se había convertido en un montón de chatarra. ¡Y todo por unas cuantas libras! Me hizo llorar.

—Estoy seguro —dijo Eric Maine—. Pero has olvidado atar el Cabo Suelto Número Dos: *El ayudante de Gilbert*. Entró en el laboratorio mientras el artilugio funcionaba a pleno rendimiento. ¿Por qué no le afectó a él también? Has metido la pata en esto, Harry.

El señor don Harry Purvis hizo una pausa para apurar la últimas gotas de un vaso y lo acercó a Drew.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿Es un interrogatorio? No he mencionado ese punto porque no tiene mucha importancia. Pero explica por qué nunca tuve el menor indicio de la naturaleza de aquella melodía. Mira, el ayudante de Gilbert era un técnico de laboratorio muy cualificado, pero no pudo prestarle mucha ayuda en la fabricación de Ludwig. Era una de esas personas que carecen completamente de oído. Para él, la Melodía Ideal no significaba más que el maullido de un gato.

Nadie hizo más preguntas: creo que todos sentimos el deseo de enfrascarnos en nuestros propios pensamientos. Hubo un silencio largo y profundo antes de que «El Ciervo Blanco» reanudara su actividad habitual. Pero a los pocos minutos, Charlie comenzó a silbar de nuevo «La Ronde».



## EL PACIFISTA

Llegué tarde a «El Ciervo Blanco» aquella noche. Todos se habían arremolinado en el rincón del tablero de dardos. Todos excepto Drew: él no había abandonado su puesto, estaba sentado tras la barra, leyendo a T. S. Eliot. Dejó la lectura de *El empleado confidencial* para servirme una cerveza y ponerme al corriente de lo que sucedía.

—Eric ha traído una especie de máquina de juegos; ya ha derrotado a todo el mundo. Sam está probando suerte ahora.

En ese momento se oyeron unas carcajadas estrepitosas, que anunciaban que Sam no había tenido más suerte que los otros, y me dirigí hacia la multitud para ver qué pasaba.

Sobre la mesa había una caja plana de metal del tamaño de un tablero de ajedrez, dividida asimismo en cuadrados. En la esquina de cada cuadrado había un interruptor y una pequeña lámpara de neón, y el conjunto completo estaba conectado con el enchufe de la luz (de este modo, el tablero de dardos quedaba sumido en la oscuridad) y Eric Rodgers andaba en busca de una nueva víctima.

—¿Cómo funciona ese chisme?—pregunté.

—Es una modificación del tres en raya. Shannon me lo enseñó cuando estuve en los laboratorios Bell. Tienes que hacer un recorrido completo desde un lado del tablero al otro —digamos de norte a sur— girando estos interruptores. Imagínate que forma una red de calles y que estas lamparitas son los semáforos. La máquina y tú os turnáis para mover. La máquina tratará de bloquearte el camino moviéndose en dirección este-oeste; las lamparitas de neón se encienden para indicar qué dirección quiere seguir. El recorrido no tiene que seguir una línea recta, puedes mover en zigzag todo lo que quieras. Lo único que importa es que el recorrido sea continuo, y el primero en atravesar el tablero gana.

—Quieres decir la máquina, ¿no?

—Bueno, nadie ha conseguido vencerla hasta ahora.

—¿No se puede forzar un empate mediante el bloqueo del recorrido de la máquina, por lo menos para no perder?

—Eso estamos intentando: ¿te animas?

Dos minutos más tarde pasé a engrosar la fila de los perdedores. La máquina había regateado todos mis obstáculos, estableciendo su recorrido en dirección este-oeste. No me convencía su imbatibilidad, pero el juego era mucho más complicado de lo que parecía.

Eric miró a su alrededor cuando yo me retiré. Nadie parecía estar dispuesto a avanzar hacia el tablero.

—¡Aja!—exclamó—. La persona que yo buscaba. ¿Qué me dices, Purvis? Tú aún

no lo has intentado.

Harry Purvis estaba de pie detrás de la multitud, con una mirada ausente en sus ojos. Bajó a la tierra de nuevo, cuando Eric le llamó, pero no contestó la pregunta directamente.

—¡Qué fascinantes son estas computadoras electrónicas! —exclamó distraídamente—. Supongo que no debería decírtelo, pero tu artilugio me trae a la memoria lo que ocurrió con el Proyecto Clausewitz. Una historia curiosa, que costó cara a los contribuyentes americanos.

—Oye —dijo John Wyndham con voz angustiada—. Sé un buen chico y déjanos llenar los vasos. ¡Drew!

Una vez terminado este importante asunto, nos reunimos en torno a Harry. Sólo Charlie Willis seguía con la máquina, probando su suerte esperanzadamente.

—Como todos sabéis —comenzó Harry—, la Ciencia con mayúscula es muy importante en el ámbito militar hoy en día. Su utilización para fabricar armamentos —cohetes, bombas atómicas y demás— es sólo un aspecto, si bien el único que el gran público conoce. Es mucho más fascinante, en mi opinión, las investigaciones que se llevan a cabo en relación con las operaciones bélicas. Podría decirse que tiene mayor relación con la inteligencia que con la fuerza bruta. En una ocasión alguien lo definió como la forma de ganar guerras sin luchar, y no me parece una mala descripción.

La mayoría de las grandes computadoras electrónicas que proliferaron como hongos en los años cincuenta fueron programadas para resolver problemas matemáticos, pero, pensándolo bien, la guerra misma es un problema matemático, tan complicado que la mente humana no puede resolverlo; pueden darse demasiadas variantes. Incluso el más genial de los estrategas no puede abarcar el esquema completo: los Hitlers y los Napoleones siempre cometen algún error al final.

Pero una máquina... eso es otra cuestión. Al final de la guerra muchas personas brillantes se dieron cuenta de ello. Las técnicas utilizadas en la construcción de ENIAC y de las otras computadoras podrían revolucionar la estrategia.

Y de aquí surgió el Proyecto Clausewitz. No me precintéis cómo llegué a enterarme ni me presionéis para que os dé demasiados detalles. Lo único importante es que gran cantidad de equipo electrónico por valor de miles de megadólares y algunos de los mejores cerebros científicos de los Estados Unidos fueron a parar a cierta cueva en las colinas de Kentucky. Aún siguen allí, pero los acontecimientos no se han desarrollado de la forma esperada.

No sé si habréis conocido a muchos militares de alto rango, pero hay un tipo con el que todos os habréis topado en las novelas: el militar pomposo, conservador y anticuado, con mucha ambición, pero que alcanza el éxito sólo por la presión de quienes vienen empujando desde abajo; hace todo siguiendo reglas y ordenanzas y

considera a los civiles, en el mejor de los casos, como neutrales poco amistosos. Os diré un secreto: ese tipo existe en la realidad. No es muy común hoy en día, pero todavía da la lata, y a veces es imposible ponerle en un cargo sin riesgos. Cuando eso ocurre, vale su peso en plutonio para «el otro bando».

Al parecer, el general Smith era un personaje con estas características. Naturalmente, no he dado su auténtico nombre. Su padre era senador, y aunque muchos miembros del Pentágono hicieron cuanto pudieron, la influencia del viejo había impedido que el general fuera designado para desempeñar alguna misión sin importancia, como la defensa costera de Wyoming. A contrario, por una aciaga fortuna, le nombraron oficial responsable del Proyecto Clausewitz.

Sólo tenía a su cargo el aspecto administrativo, no el científico. Todo habría marchado bien si el general se hubiera conformado con dejar a los científicos trabajar en paz, mientras él se concentraba en la corrección de los saludos, el coeficiente de brillo de los suelos de los barracones y cuestiones similares de importancia militar. Desgraciadamente, no ocurrió así.

El general había vivido bastante aislado del mundo. Era, parafraseando a Wilde —al fin y al cabo, todo el mundo lo hace— un hombre de paz, excepto en su vida doméstica. Hasta entonces no había conocido a ningún científico, y el choque fue considerable. Quizá por eso no sea justo culparle por lo que sucedió.

Tardó mucho tiempo en entender los planes y objetivos del Proyecto Clausewitz, y cuando por fin lo entendió, se quedó muy preocupado. Puede que le hiciera sentirse incluso menos amistoso hacia el personal científico, porque, a pesar de lo que he dicho, el general no era tan tonto. Era lo suficientemente inteligente como para comprender que si el Proyecto triunfaba, habría tantos generales retirados que ni siquiera reuniendo todas las industrias americanas habría bastantes puestos de gerentes para absorberles.

Pero dejemos al general y pasemos a los científicos. Había unos cincuenta, y doscientos técnicos. Todos habían pasado por la criba del F.B.I, así que solo una media docena podían ser miembros activos, del Partido Comunista. Aunque después se habló de sabotaje, por una vez los camaradas eran totalmente inocentes. Además, lo que ocurrió no puede calificarse de sabotaje, en la acepción corriente de la palabra...

El verdadero creador de la computadora era un apacible geniecillo de las matemáticas al que habían sacado de la universidad para llevarlo a las colinas de Kentucky y al mundo de la Seguridad y Prioridades antes de que se diera cuenta de lo que ocurría. No se llamaba Milquetoast <sup>[3]</sup>, pero le cuadra el nombre y así le llamaré.

Para completar el cuadro de personajes, será mejor que presente a Karl. Por entonces, Karl estaba a medio construir, como todas las grandes computadoras, estaba compuesto en su mayor parte por múltiples unidades memorizadoras, capaces de

recibir y archivar información hasta que se necesitare. La parte creativa del cerebro de Karl —los analizadores e Integradores— recogían esta información y la transformaban, dando las respuestas adecuadas a las preguntas. Con todos los datos pertinentes en sus manos, Karl podía dar las respuestas adecuadas. El problema residía en proveer a Karl con todos los datos —no se podía esperar obtener los resultados deseados a partir de información incorrecta o inadecuada.

La responsabilidad de diseñar el cerebro de Karl recayó sobre el doctor Milquetoast. Ya sé que es una forma descaradamente antropomórfico de enfocarlo, pero nadie puede negar que estos computadores tienen cierta personalidad. Sería difícil explicarlo con claridad sin utilizar terminología técnica, así que sólo diré que el pequeño Milquetoast tuvo que crear los circuitos extremadamente complejos que permitirían a Karl pensar en la forma deseada.

Ya tenemos a nuestros tres protagonistas: el general Smith, añorando los días de Custer, el doctor Milquetoast, perdido en las complejidades fascinantes de su trabajo científico y Karl, cincuenta toneladas de material electrónico aun sin las corrientes vivificadoras que pronto le recorrerían.

Pronto, pero no lo suficiente para el general Smith. No seamos demasiados duros con el general; probablemente alguien le estaba presionando, y ante la evidencia de que el Proyecto no seguía el ritmo previsto, llamó al doctor Milquetoast a su despacho.

La entrevista duró más de treinta minutos, y el doctor dijo menos de treinta palabras. El general hizo varios comentarios agudos sobre tiempos de producción, vencimiento de plazos y embotellamientos. Creía que la construcción de Karl no presentaba diferencias esenciales con el montaje de un modelo ordinario de la casa Ford: todo consistía en unir las piezas. El doctor Milquetoast no era el tipo de persona capaz de explicar el error, incluso si el general le hubiera dado la oportunidad de hacerlo. Abandonó el despacho resentido por la injusticia.

Una semana después, se puso en evidencia que la construcción de Karl se retrasaría aún más. Milquetoast trabajaba al tope de sus posibilidades, más que los otros. Tuvieron que resolver problemas muy por encima de la limitada capacidad del general. Los resolvieron, pero tardaron algún tiempo, del que andaban muy escasos.

En su primera entrevista el general había tratado de parecer amable, pero lo único que consiguió fue mostrarse grosero. En la segunda, trató de ser grosero, y ya os podéis imaginar los resultados. Prácticamente sugirió que Milquetoast y sus colegas, por el hecho de sobrepasar la fecha señalada, podían ser acusados de inactividad antiamericana.

A partir de entonces ocurrieron dos cosas: las relaciones entre el ejército y los científicos se deterioraron y por primera vez el doctor Milquetoast empezó a pensar seriamente en las implicaciones de su trabajo. Siempre había estado demasiado

ocupado, demasiado absorto en los problemas inmediatos de su tarea como para considerar sus responsabilidades sociales. Aún seguía ocupado, pero no tanto como para que le impidiese pararse a reflexionar. «Aquí estoy», se dijo a sí mismo, «uno de los mejores matemáticos del mundo, y, ¿qué estoy haciendo? ¿Qué fue de mi tesis sobre las ecuaciones diofánticas? ¿Cuándo voy a darle un repaso al teorema de los números primos, es decir, cuándo voy a ponerme a trabajar en serio otra vez?»

Podría haber dimitido, pero ni siquiera se le ocurrió. Bajo aquella apariencia dulce y tímida se ocultaba una naturaleza testaruda. El doctor Milquetoast prosiguió su trabajo, incluso con más brío que antes. La construcción de Karl se llevaba a cabo lenta pero ininterrumpidamente; se soldaron las últimas conexiones de su cerebro multicelular, se revisaron los miles de circuitos y, finalmente, los mecánicos inspeccionaron y pusieron a prueba el aparato.

El doctor Milquetoast comprobó uno de los circuitos, indistinguible en la maraña de múltiples otros, que conectaba con un conjunto de células de memoria, idénticas en apariencia al resto; nadie más que él sabía de su existencia.

Y por fin llegó el gran día. Personalidades muy importantes se trasladaron a Kentucky siguiendo diversas rutas. Una auténtica constelación de generales estrellados vinieron del Pentágono. Incluso la Flota Naval estuvo presente.

Orgullosamente, el general Smith acompañó a los visitantes de cueva en cueva, a través de los depósitos de memoria, de las estaciones seleccionadoras, de los analizadores matrices y, finalmente, a las filas de máquinas de escribir eléctricas, en las que Karl habría de imprimir los resultados de sus deliberaciones. El general desempeñó su papel con soltura; al menos, recordó el nombre de cada aparato. Incluso dio la impresión, a los que no estaban en el secreto, de que compartía la responsabilidad de la fabricación de Karl.

«Bueno», dijo el general animadamente. «Vamos a hacerle trabajar un poco. ¿Quiere alguien plantearle una suma?»

Al sonido de la palabra «suma», los matemáticos retrocedieron, pero el general no se percató de su faux pas. Los jefazos pensaron durante un rato; después alguien se atrevió a decir: «¿Cuánto es nueve multiplicado por sí mismo veinte veces?» Uno de los técnicos, esbozando una mueca desdeñosa, golpeó unas cuantas teclas. Una máquina de escribir eléctrica produjo un ruido como de ametralladora y antes de que a nadie le diera tiempo a pestañear, apareció la respuesta con sus veinte dígitos.

(Posteriormente comprobé por mi cuenta que era la respuesta correcta; por si le interesa a alguien, es:

12157665459056928801

Pero volvamos con Harry y su relato.)

Durante quince minutos, bombardearon a Karl con trivialidades similares. Los visitantes quedaron impresionados, aunque no hay razón alguna para pensar que, si hubieran sido erróneas todas las respuestas, se habrían dado cuenta.

El general tosió modestamente. Sus conocimientos no llegaban más allá de la aritmética elemental, y Karl apenas había empezado a calentarse. «Y ahora, les dejaré con el capitán Winkler», dijo.

El capitán Winkler era un joven nervioso, graduado de Harvard, de quien el general desconfiaba, sospechando, acertadamente, que tenía más de científico que de militar. Pero era el único oficial capaz de entender lo que Karl tenía que hacer, o, al menos, de explicar con exactitud su funcionamiento. El general, oyéndole hablar a los visitantes, pensó con resentimiento que parecía un profesor.

El problema táctico planteado era muy complicado, pero todos conocían la solución de antemano, excepto Karl. Se trataba de una batalla librada hace casi un siglo, y cuando el capitán Winkler finalizó su exposición, un general de Boston susurró a su ayudante: «Me apuesto cualquier cosa a que algún maldito sureño lo ha trucado para que Lee gane esta vez».

Todos reconocieron que el problema era una forma excelente de probar la capacidad de Karl.

Las cintas magnéticas desaparecieron en las amplias unidades de memoria; los registros relampaguearon con líneas de luz, y ocurrieron cosas misteriosas en todas direcciones.

«Este problema», dijo el capitán Winkler remilgadamente, «tardará unos cinco minutos en resolverse».

Como para contradecirle, una de las máquinas de escribir comenzó a parlotear en aquel momento. La máquina soltó una tira de papel, y el capitán Winkler, perplejo por la inesperada rapidez de Karl, leyó la nota. A continuación, su mandíbula inferior descendió seis pulgadas, y se quedó mirando al papel, incapaz de creer lo que tenía ante sus ojos. «¿Qué pasa, hombre?», ladró el general.

El capitán Winkler tragó saliva, pero parecía haber perdido el habla. Con un bufido de impaciencia, el general le arrebató el papel. Entonces le tocó a él el turno de quedarse paralizado, pero, a diferencia de su subordinado, apareció en sus mejillas un tinte rojo precioso. Durante unos segundos pareció un pez tropical fuera del agua; después, y no sin un ligero forcejeo, el general de cinco estrellas, de rango superior al de todos los presentes, capturó la nota.

Su reacción fue totalmente distinta. Al cabo de unos segundos estaba tronchado de risa.

Los oficiales de menor rango quedaron en un estado enervante de suspense durante diez minutos. Pero, finalmente, la noticia llegó a oídos de los coroneles, que la transmitieron a los capitanes, y éstos a su vez a los tenientes, hasta que no quedó

un solo militar que no supiera la maravillosa noticia.

Karl había calificado al general Smith de mandril pomposo. Eso era todo.

A pesar de que todos estaban de acuerdo con Karl, el asunto no podía quedar así. Algo había funcionado mal, evidentemente. Algo —o alguien— había distraído la atención de Karl de la batalla de Gettysburg.

«¿Dónde», bramó el general Smith, recobrando por fin la voz, «dónde está el doctor Milquetoast?»

Había desaparecido. Se había escabullido de la habitación después de presenciar su gran triunfo. El castigo vendría después, por supuesto, pero habría merecido la pena.

Los técnicos, furiosos, desmontaron los circuitos y prepararon todo tipo de pruebas. Presentaron a Karl complicadas series de multiplicaciones y divisiones. Todo parecía funcionar a la perfección, de modo que plantearon un problema táctico muy simple, que un teniente cualquiera podría haber resuelto incluso dormido.

La respuesta de Karl fue: «Tírese a un lago, general.»

Entonces el general Smith comprendió que se hallaba ante algo fuera del ámbito de las Normas de Procedimientos Operacionales. Se enfrentaba con un motín mecánico, ni más ni menos.

Se realizaron pruebas durante varias horas, hasta descubrir exactamente lo que había ocurrido. En algún escondrijo de las inmensas unidades de memoria de Karl se encontraba una magnífica colección de insultos, amorosamente preparados por el doctor Milquetoast. Había grabado en cintas, perforadas o mediante impulsos eléctricos, todo lo que le habría gustado decir al general cara a cara. Pero no se había contentado con tan poca cosa; habría sido demasiado fácil, impropio de su talento. También había instalado lo que podríamos llamar un circuito censor, es decir, le había concedido a Karl la capacidad de discriminación. Antes de resolverlos, Karl examinaba todos los problemas que le planteaban. Si guardaban relación con la matemática pura, cooperaba y los resolvía adecuadamente, pero si se trataba de un problema militar, entonces aparecía un insulto; y no se repitió ni una sola vez en las veinte pruebas realizadas. Hacía ya rato que las mujeres habían abandonado la habitación.

Debo confesar que llegó un momento en que los técnicos estaban casi tan interesados en descubrir qué nueva barbaridad arrojaría Karl al general Smith como en encontrar el fallo en los circuitos. Había empezado con insultos simples y conjeturas genealógicas sorprendentes para pasar rápidamente a detalladas instrucciones, la más suave de las cuales habría representado un grave perjuicio para la dignidad del general, y la más elaborada podría haber puesto en peligro seriamente su integridad física. El hecho de que estos mensajes, tan pronto como salían de las máquinas de escribir, fueran clasificados como ALTO SECRETO no representaba

gran consuelo para el destinatario. Sabía, con una certidumbre taciturna, que este sería el peor guardado de los secretos de la Guerra Fría, y que se acercaba el momento de buscar una ocupación civil.

—Y así continúa la situación —concluyó Purvis—. Los ingenieros aún están tratando de desenmarañar los circuitos instalados por el doctor Milquetoast, y sin duda es una cuestión de tiempo que lo consigan. Pero, mientras tanto, Karl continúa siendo un pacifista inflexible. Debe sentirse muy feliz jugando con la teoría de los números, calculando tablas de potencias y resolviendo problemas aritméticos en general.

¿Recordáis el famoso brindis: «Por la matemática pura, y por que nunca sea útil a nadie»? Karl lo habría secundado...

Tan pronto como alguien intenta jugarle una mala pasada, se pone en huelga, y como posee una memoria tan perfecta, nadie puede tomarle el pelo. Guarda en sus circuitos la mitad de las grandes batallas mundiales, y puede reconocer al instante cualquier variación. Aunque han intentado disfrazar ejercicios tácticos bajo la apariencia de problemas matemáticos, es capaz de descubrir el subterfugio inmediatamente, y de obsequiar al general, acto seguido, con otra carta amorosa.

Con respecto al doctor Milquetoast, nadie pudo ajustarle las cuentas porque al poco tiempo sufrió una depresión nerviosa. Le sobrevino sospechosamente a tiempo, pero se la había ganado a pulso. Lo último que supe de él es que se había incorporado como profesor de álgebra en una facultad de Teología de Denver. Jura haber olvidado todo lo que ocurrió mientras trabajaba en la construcción de Karl. Posiblemente dice la verdad...

De pronto se oyó un grito procedente de la parte trasera del bar.

¡He ganado! —gritó Charles Willis—. ¡Venid a verlo!

Todos nos concentramos bajo el tablero de dardos. Parecía verdad. Charlie había trazado un recorrido en zigzag, pero continuo, de uno a otro lado del tablero, a pesar de los obstáculos que la máquina le había interpuesto.

—Dinos cómo lo has hecho —dijo Eric Rodgers.

Charlie parecía avergonzado.

—Lo he olvidado —contestó—. No tomé nota de todos los movimientos.

Se oyó una voz sarcástica al fondo.

—Pero yo sí —dijo John Christopher—. Has hecho trampa; dos movimientos a la vez.

Lamento decir que después de aquello se produjo un cierto desorden y Drew tuvo que amenazar con la violencia hasta que por fin se restauró la paz. No sé quién ganó la disputa, pero no creo que importe. Porque estoy de acuerdo con lo que Harry Purvis comentó mientras recogía el tablero-robot y examinaba su instalación.

—¿Veis? —dijo—, este chisme es un primo de Karl con una mente más simple...



y fijaos en la que ha organizado. Todas estas máquinas nos hacen parecer idiotas. Dentro de poco comenzarán a desobedecernos sin necesidad de que ningún Milquetoast interfiera en sus circuitos. Y entonces empezarán a mangonearnos; al fin y al cabo, son lógicas, y no estarán dispuestas a tolerar tonterías.

Suspiró:

—Cuando eso suceda, no podremos hacer nada. Tendremos que decir a los dinosaurios: «Dejadnos un huequecito; aquí llega el Homo Sapiens». Y el transistor heredará la Tierra.

No pudo seguir con aquella filosofía pesimista, porque se abrió la puerta y el policía Wilkins asomó la cabeza.

—¿Quién es el propietario de un coche con matrícula CGC571?—preguntó malhumorado—. Ah, es *usted*, señor Purvis. Las luces traseras de su coche están encendidas.

Harry me miró con tristeza y alzó los hombros, resignadamente.

—¿Lo ves? Ya han empezado—. Y salió a la oscuridad.

## LOS PROXIMOS INQUILINOS

—Cuando se habla del número de científicos locos que han querido conquistar el mundo —dijo Harry Purvis mientras contemplaba pensativo su vaso de cerveza—, la gente exagera mucho. Que yo recuerde, sólo me he encontrado con uno.

—Si sólo recuerdas uno, es que no conociste muchos más —precisó con cierta frialdad Bill Temple—. No es algo que se olvide fácilmente.

—Supongo que no —replicó Harry con ese irrefutable tono de inocencia que desarma a sus críticos—. Y, además, no se trataba de ningún loco. Pero lo cierto es que estaba empeñado en conquistar el mundo, o para ser más exacto, en dejar que lo conquistasen.

—¿Qué lo conquistase quién? —preguntó George Whitley—. ¿Los marcianos? ¿O los consabidos hombrecillos verdes de Venus?

—Ni los unos ni los otros. Colaboraba con alguien mucho más próximo a nosotros. Sabréis a quién me refiero si os digo que era mirmeecólogo.

—¿Mirmequé? —preguntó George.

—Déjenle seguir con su historia —dijo Drew desde el otro lado de la barra—. Ya son más de las diez, y si esta semana no consigo que se vayan ustedes a la hora de cerrar, voy a perder la licencia.

—Gracias —dijo Harry con solemnidad a la vez que le entregaba el vaso para que se lo llenase de nuevo—. La historia ocurrió hace dos años, cuando yo estaba en el Pacífico en una misión oficial. Se trataba de algo bastante secreto, pero en vista de lo que ha sucedido después ya no supone ningún riesgo hablar de ello. Nos llevaron a mí y a otros dos científicos a un atolón del Pacífico, a menos de mil millas de Bikini, para instalar un equipo detector en el plazo de una semana. Su función, por supuesto, era la de vigilar a nuestros buenos amigos y aliados cuando empezaran a jugar con reacciones termonucleares. O, por decirlo de otra forma, debía coger las sobras que dejaran los de la Comisión de Energía Atómica. Los rusos, por descontado, estaban haciendo lo mismo que nosotros, y aunque de vez en cuando nos topábamos con ellos, ambos bandos intentábamos pasar por corderitos.

Nos habían dicho que el atolón estaba deshabitado, pero se habían equivocado por completo. La verdad es que tenía una población de varios cientos de millones...

—¿Cómo? —se asombraron todos.

—...varios cientos de millones —prosiguió Purvis con toda calma—, incluyendo en este número a un ser humano. Tropecé con él cierto día en que me metí tierra adentro para ver el paisaje.

—¿Tierra adentro? —preguntó George Whitley—. ¿No dijiste que era un atolón? ¿Cómo puede una barrera de coral...?

—Era un atolón rollizo —dijo Harry sin titubear—. Y, además, ¿quién está

contando la historia, tú o yo ?— aguardó desafiante durante unos segundos hasta que se le cedió el paso de nuevo—. Pues bien, allí estaba yo, caminando por la margen de un riachuelo encantador, bajo los cocoteros, cuando para mi gran sorpresa llegué junto a una noria, de aspecto muy moderno por cierto, que propulsaba una dinamo. De haber tenido un poco de sensatez, supongo que habría regresado para contárselo a mis compañeros, pero no pude resistir aquel reto y decidí examinar el terreno por mí mismo. Recordé que se hablaba de la existencia de tropas japonesas perdidas, que aún no sabían que la guerra había acabado, pero esta teoría no me convencía demasiado.

Seguí el cable de transmisión, que me condujo hasta una colina, y al otro lado, en un descampado bastante amplio, vi un edificio bajo y encalado. Numerosos montículos de tierra aparecían por toda la extensión del descampado; eran altos y desiguales y estaban unidos entre sí por una red de cables. Jamás había visto algo tan extraño, y me quedé en suspenso durante más de diez minutos sin saber qué pensar. Cuanto más miraba, menos sentido le encontraba a aquello.

Me esforzaba por tomar alguna decisión cuando vi salir del edificio a un hombre alto, de pelo blanco, que se dirigió hacia uno de los montículos. Llevaba un instrumento en las manos y un par de auriculares colgados alrededor del cuello, y en seguida imaginé que se trataba de un contador Geiger.

En ese momento comprendí lo que eran aquellos montículos: termiteros. Rascacielos mucho más altos que el Empire State para los hombres, habitados por las llamadas hormigas blancas.

Con gran interés, aunque bastante extrañado, vi que el viejo introducía el aparato en la base del termitero y después de escuchar atentamente durante unos instantes, regresaba al edificio. Sentía ya tanta curiosidad que decidí hacerle notar mi presencia. No sabía qué tipo de investigación estaba llevando a cabo, pero desde luego no tenía nada que ver con la política internacional y, por lo tanto, el único que tendría algo que esconder sería yo. Luego veréis lo equivocado que estaba.

Grité para que me viera y descendí la colina agitando los brazos. El hombre se detuvo, mirándome mientras me acercaba. No parecía muy sorprendido. Cuando me aproximaba, observé su desaliñado bigote, que le daba un aspecto ligeramente oriental. Tendría unos sesenta años y se mantenía muy erguido. Aunque sólo llevaba unos pantalones cortos, su aspecto reflejaba tanta dignidad que me sentí algo avergonzado por mi estrepitosa llegada.

«Buenos días», dije con tono de disculpa. «No sabía que hubiera alguien más en la isla. Yo he venido con un equipo de... de observadores científicos. Nos hemos instalado al otro lado.»

Al oírme, sus ojos se agrandaron. «Ah, un colega», dijo en un inglés casi perfecto. «Encantado de conocerle. Pase usted a la casa.»

Le seguí muy gustoso —la caminata me había acalorado— y pude ver que la casa

era en realidad un gran laboratorio. Había una cama en un rincón, un par de sillas, un hornillo y un lavabo portátil como los que usan los excursionistas. En eso consistían, al parecer, sus enseres personales. Todo, sin embargo, estaba limpio y cuidado; mi desconocido amigo parecía un recluso, pero se proponía mantenerse por encima de la situación.

Me presenté primero y, tal como yo deseaba, se apresuró a hacer lo mismo. Era el profesor Takato, biólogo adscrito a una de las universidades más conocidas del Japón. No parecía muy japonés, excepto por el bigote que mencioné antes. Con aquel porte erguido y digno, me recordaba a un viejo coronel de Kentucky que conocí una vez.

Tras ofrecerme un vino extraño pero muy refrescante, nos sentamos y conversamos durante un par de horas. Como les ocurre a la mayoría de los hombres de ciencia, se sentía feliz al poder hablar con alguien que sabría valorar su trabajo. Es cierto que mi campo es la física y la química más que la biología, pero las investigaciones del profesor Takato me parecieron fascinantes.

Supongo que no sabréis gran cosa sobre las termitas, así que voy a recordaros sus características principales. Son uno de los insectos sociales más desarrollados, y viven en grandes colonias en toda la extensión de los trópicos. No soportan el frío, pero lo curioso es que tampoco aguantan la luz directa del sol. Cuando tienen que trasladarse de un lugar a otro, construyen pequeñas vías cubiertas. Al parecer, tienen un medio de comunicarse que desconocemos pero que es casi instantáneo, y aunque individualmente son bastante indefensas y torpes, reunidas en una colonia se comportan como un ser inteligente. Algunos escritores han establecido comparaciones entre un termitero y el cuerpo humano, compuesto también éste de células vivas individuales que forman una entidad muy superior a las unidades básicas. A las termitas a menudo se les llama «hormigas blancas», pero es una denominación incorrecta, porque no son hormigas en absoluto, sino otra especie muy distinta. ¿O debería haber dicho otro «género»? Nunca me aclaro con estas cosas...

Bueno, perdonad esta breve conferencia, pero es que después de oír a Takato durante un rato yo también empecé a entusiasmarme por las termitas. ¿Sabíais, por ejemplo, que además de cultivar huertas tienen también sus propias vacas —vacas-insecto, claro—, y que las ordeñan? La verdad es que son unos seres endiabladamente complejos, aunque actúan siempre por instinto.

Pero será mejor que os hable del profesor. Cuando yo le conocí, se hallaba solo, y llevaba ya varios años en la isla, pero contaba con algunos ayudantes que le traían materiales e instrumentos del Japón y le asistían en el trabajo. Su primer logro importante fue hacer con las termitas lo que von Frisch había hecho con las abejas: aprender su lenguaje. Era mucho más complejo que el sistema de comunicación empleado por las abejas, que como probablemente sabéis se basa en movimientos de danza. Supe que la red de cables que unía los termiteros con el laboratorio no sólo

permitía al profesor Takato escuchar a las termitas cuando hablaban entre sí, sino que también le servía, para hablarlas a ellas. No es tan fantástico como parece si se utiliza la palabra «hablar» en su sentido más amplio. Hablamos con muchos animales, pero por supuesto no siempre utilizando la voz. Cuando lanzas un palo para que tu perro corra a cogerlo, estás empleando una forma de hablar: un lenguaje de signos. Por lo que pude entender, el profesor había elaborado una especie de código que las termitas comprendían, aunque yo ignoraba hasta qué punto servía para transmitir conceptos.

Volví todos los días, en cuanto tenía un rato libre, y al cabo de una semana ya éramos buenos amigos. Quizá os extrañe que lograra mantener en secreto estas visitas, pero la isla era bastante grande y todos mis colegas, como yo, salían con frecuencia a explorarla. Por alguna razón, pensaba que el profesor Takato era de mi exclusiva propiedad y no quería exponerle a la curiosidad de mis compañeros, unos tipos incultos, graduados de una universidad provinciana como Oxford o Cambridge.

Me alegra decir que fui útil al profesor; le arreglé la radio y le instalé parte de su equipo electrónico. Utilizaba mucho los rastreadores radiactivos para seguir individualmente a algunas de las termitas. De hecho, cuando le vi por primera vez iba siguiendo el rastro a una con el contador Geiger. Cuatro o cinco días después de habernos conocido, los contadores empezaron a oscilar como locos y el equipo que nosotros habíamos instalado comenzó a perturbar la recepción. Takato sospechó lo que había ocurrido; nunca me había preguntado el objeto exacto de nuestra presencia en la isla, pero creo que lo sabía. Cuando le saludé, puso en marcha los contadores y me dejó escuchar el rugido de la radiación. Acusaban la lluvia radiactiva; no era suficiente para causar daño, pero sí para elevar mucho el contenido del aire.

«Me parece», dijo con suavidad, «que ustedes los físicos se están divirtiendo de nuevo con sus juguetes. Y esta vez son juguetes muy grandes.»

«Me temo que tiene usted razón», contesté. No podíamos estar seguros hasta analizar las lecturas, pero todo parecía indicar que Teller y su equipo habían activado la reacción de hidrógeno. «Pronto habremos dejado tan atrás las primeras bombas atómicas, que parecerán petardos mojados.»

«Mi familia», dijo el profesor Takato sin expresar la menor emoción, «se hallaba en Nagasaki».

Cualquier comentario habría estado fuera de lugar, y me sentí aliviado cuando añadió: «¿Se ha preguntado usted alguna vez quién ocupará nuestro lugar cuando hayamos desaparecido?»

«¿Sus termitas?», pregunté medio en broma. Pareció vacilar durante unos instantes. Después dijo con tranquilidad: «Venga conmigo; no le he mostrado todo».

Nos dirigimos a un rincón del laboratorio donde se hallaban unos instrumentos ocultos bajo fundas protectoras, y el profesor descubrió un artefacto bastante curioso. A primera vista parecía uno de esos manipuladores utilizados para manejar a

distancia materiales radiactivos peligrosos. El movimiento se transmitía accionando unas manivelas con varillas y palancas adosadas, pero todo parecía estar dispuesto en función de una caja pequeña situada a pocas pulgadas de distancia. «¿Qué es?», pregunté.

«Es un micromanipulador. Lo diseñaron los franceses para trabajos de biología. Hay pocos en el mundo.»

Entonces me acordé. Eran aparatos que mediante un mecanismo de reducción apropiado permitían realizar operaciones increíblemente delicadas. Tan sólo con mover el dedo una pulgada, el instrumento que uno manejaba se movía una milésima de pulgada. Los científicos franceses que desarrollaron esta técnica habían construido pequeñas fraguas sobre las que podían fabricar diminutos escalpelos y pinzas de vidrio fundido. Trabajando exclusivamente a través de microscopios, habían logrado disecar células individuales. Extirparle el apéndice a una termita (en el caso, altamente dudoso, de que este insecto poseyera uno) sería cosa de niños con un instrumento semejante.

«No soy muy hábil con el manipulador», confesó Takato. «Uno de mis ayudantes se encarga de trabajar con él. No he mostrado esto a nadie todavía, pero usted me ha sido de gran ayuda. Venga conmigo, por favor.»

Salimos y caminamos a lo largo de las avenidas formadas por los altos montículos, duros como el cemento. No todos tenían el mismo diseño arquitectónico, porque hay muchas clases distintas de termitas, en realidad algunas ni siquiera construyen protuberancias sobre el terreno. Me sentía algo así como un gigante que caminara por Manhattan, porque se trataba de verdaderos rascacielos, cada uno con sus propios y prolíficos habitantes.

Había un pequeño cobertizo de metal (¡nada de madera; las termitas pronto se habrían encargado de ella!) junto a uno de los montículos, y al entrar en él quedó fuera la deslumbrante luz del sol. El profesor pulsó un interruptor y un tenue resplandor rojo me permitió ver diversas clases de instrumentos ópticos.

«Aborrecen la luz», me dijo, «y por eso es bastante difícil observarlas. Pero hemos resuelto el problema utilizando luz infrarroja. Esto es un convertidor de imágenes del tipo que se utilizó durante la guerra para operaciones nocturnas. ¿Los conoce?»

«Sí, por supuesto», contesté. «Los francotiradores los acoplaban a sus rifles para dar en el blanco en la oscuridad. Son aparatos muy ingeniosos; me alegra ver que usted les ha encontrado una aplicación civilizada.»

El profesor Takato tardó bastante en encontrar lo que buscaba. Parecía manejar un complicado periscopio que le permitía sondear los pasadizos de la ciudad de las termitas. De pronto, dijo: «¡De prisa, antes de que desaparezcan!»

Me acerqué y ocupé su lugar. Tardé un segundo o dos en ajustar la visión

correctamente, y aún más en apreciar la escala de la escena que estaba presenciando. Vi entonces seis termitas, muy ampliadas, que atravesaban con bastante rapidez el campo de visión. Marchaban en grupo, como los perros esquimales cuando van enganchados unos con otros. Y es una buena analogía, porque las termitas estaban arrastrando un trineo...

Me quedé tan estupefacto que ni siquiera me fijé en qué carga transportaban. Cuando desaparecieron de mi vista, me volví hacia el profesor Takato. Mis ojos ya se habían acostumbrado al tenue resplandor rojo, y podía verle perfectamente.

«¡De modo que ese es el aparato que ha construido con el micromanipulador!», exclamé. «Es asombroso; jamás lo hubiera creído». «Eso no es nada», contestó el profesor. «Las pulgas amaestradas son capaces de tirar de una carreta. No le he dicho lo más importante. Sólo construimos unos cuantos de esos trineos. *El que usted vio lo construyeron ellas mismas.*»

Me dio tiempo para asimilar aquello, y tardé un buen rato en hacerlo. Luego siguió hablando suavemente, pero con una especie de entusiasmo reprimido: «Recuerde que las termitas, individualmente, apenas si tienen inteligencia. Sin embargo, la colonia en su conjunto es un organismo de muy alto nivel, y además, inmortal, a no ser que ocurra algún accidente. Su desarrollo se paralizó en su estructura instintiva actual millones de años antes de que apareciera el hombre, y por sí sola no podrá escapar jamás de la estéril perfección que ha alcanzado. Se encuentra en un callejón sin salida por carecer de herramientas, por no tener un medio efectivo para dominar a la naturaleza. Les di la palanca, para aumentar su potencia, y ahora el trineo, para mejorar su eficacia. Pensé en proporcionarles la rueda, pero es mejor esperar hasta una etapa posterior; no les sería muy útil ahora. Los resultados han sobrepasado todas mis suposiciones. Comencé con este termitero únicamente, pero hoy todos los demás tienen las mismas herramientas. Se han enseñado unas a otras, lo que prueba que son capaces de cooperar entre sí. Es cierto que entablan guerras, pero eso no ocurre cuando hay comida suficiente para todas, como sucede aquí. Sin embargo, no se puede juzgar un termitero con criterios humanos. Lo que pretendo es animar su cultura rígida y petrificada, sacarla del surco en que ha estado estancada durante tantos millones de años. Les voy a dar más herramientas, otras técnicas nuevas, y antes de morirme espero ver que empiezan a inventar cosas por ellas mismas».

«¿Por qué lo hace?», pregunté; sabía que no se trataba sólo de simple curiosidad científica.

«Porque no creo que el hombre logre sobrevivir, y quisiera que se salvaran algunas de las cosas que ha descubierto. Si está en un callejón sin salida, creo que se le debe prestar ayuda a otra raza. ¿Sabe usted por qué elegí esta isla? Pues fue para que mi experimento quedase totalmente aislado. Mi supertermita, si es que llega a

desarrollarse, deberá permanecer aquí hasta que sus realizaciones hayan alcanzado un nivel muy alto. De hecho, hasta que logre cruzar el Pacífico...

Pero hay otra posibilidad. El hombre no tiene rival en este planeta. Creo que le vendría bien tener uno. Podría ser su salvación.»

No se me ocurrió nada que decirle; esta fugaz visión de los sueños del profesor era abrumadora... y, sin embargo, teniendo en cuenta lo que acababa de ver, resultaba convincente. Porque sabía que el profesor Takato no estaba loco. Era un visionario, y conservaba una objetividad sublime respecto a sus previsiones, pero éstas se basaban en resultados científicos sólidamente cimentados.

Y no es que sintiera enemistad hacia los seres humanos; sentía lástima. Creía que la humanidad había llegado a un punto muerto y deseaba salvar algo del naufragio. Me resultaba imposible censurarlo.

Debimos permanecer mucho tiempo en aquel cobertizo, explorando posibles futuros. Recuerdo haberle sugerido que quizá podría llegarse a algún tipo de entendimiento mutuo, ya que dos culturas tan dispares como la del hombre y la de la termita no tenían por qué entrar en conflicto. Pero me resultaba difícil creer mis propias palabras, y si efectivamente llega a producirse un enfrentamiento no estoy muy seguro de quién ganaría. ¿Pues de qué le servirían al hombre sus armas, contra un enemigo inteligente que podría arrasarse todos los campos de trigo y todas las cosechas de arroz del mundo?

Casi había oscurecido cuando salimos. Fue entonces cuando el profesor me hizo su última confesión.

«Dentro de unas semanas», dijo, «voy a dar el paso más importante de todos.»

«¿Cuál?», pregunté.

«¿No lo adivina? Les voy a dar el fuego.»

Aquellas palabras me produjeron una extraña sensación en la espina dorsal. Sentí un escalofrío que nada tenía que ver con la proximidad de la noche. La espléndida puesta de sol que en aquel momento tenía lugar tras las palmeras parecía un símbolo, y de repente comprendí que su simbolismo era aún más profundo de lo que yo había pensado.

Era una de las más bellas puestas de sol que jamás había visto, y en parte era creación del hombre. Arriba en la estratosfera, el polvo de una isla muerta aquel día rodeaba la tierra. La raza a la que pertenezco había avanzado un paso gigantesco, ¿pero tenía ahora alguna importancia?

«Les voy a dar el fuego.» Nunca dudé que el profesor lo lograría. Y una vez logrado, al ser humano no le salvarían estas fuerzas que acababa de desencadenar...

El hidroplano vino a recogernos al día siguiente, y no volví a ver a Takato. Aún sigue allí; en mi opinión, es el hombre más importante de la Tierra. Mientras nuestros políticos se enzarzan en discusiones, él nos está convirtiendo en seres pretéritos.



¿Creéis que alguien debería detenerle? Quizá todavía estemos a tiempo. Lo he pensado a menudo, pero nunca encuentro una razón verdaderamente convincente para intervenir. En una o dos ocasiones casi me decidí a hacerlo, pero cogía el periódico y leía los titulares. Creo que debemos darles una oportunidad. Me parece imposible que ellas hicieran las cosas peor que nosotros.

## ESPÍRITU INQUIETO

Estábamos discutiendo sobre un proceso sensacional en el Old Bailey, cuando Harry Purvis, cuya habilidad para encaminar la conversación hacia sus propios fines es realmente increíble, comentó como por casualidad:

—En una ocasión fui testigo pericial de un caso bastante interesante.

—¿Sólo *testigo*? —preguntó Drew mientras escanciaba diestramente bebida en dos vasos a la vez.

—Sí, pero se trata de un caso que apenas trascendió. Ocurrió durante los comienzos de la guerra, mientras esperábamos la invasión. Por eso no lo conocisteis en su momento.

—¿Qué te hace pensar que no lo conocemos? —replicó Charles Willis en tono de sospecha.

Es una de las pocas ocasiones en que he sorprendido a Harry tratando de retroceder sobre sus pasos.

«Qui s'excuse s'accuse», pensé y esperé a ver cómo se evadía.

—Se trataba de un caso tan extraño —replicó orgullosamente— que estoy seguro de que me lo habríais recordado si hubieseis leído las crónicas. Mi nombre desempeñó un papel importante. Ocurrió en un lugar apartado de Cornualles, y se desarrolló en torno al ejemplar más singular que he conocido de esa especie rara, el auténtico científico loco.

Quizá no fuera una descripción justa, corrigió Purvis rápidamente. Homer Ferguson era un excéntrico con pequeñas manías, tales como tener una boa para cazar ratones, y no llevar zapatos en casa. Pero era tan rico que nadie daba mayor importancia a esas cosas.

Homer era también un científico competente. Era licenciado por la Universidad de Edimburgo hacía muchos años, pero como tenía mucho dinero no había dado golpe en su vida. Pasaba el tiempo construyendo chismes en la vieja vicaría que había comprado no lejos de Newquay. Durante los últimos cuarenta años había inventado la televisión, los bolígrafos, la propulsión a chorro y otras cuantas bagatelas. Sin embargo, nunca se había molestado en patentarlas, por lo que otros se habían llevado los honores. Pero no le preocupaba en absoluto, porque era de una disposición singularmente generosa, excepto en lo que respecta al dinero.

Parece ser que por una consanguinidad un tanto complicada, Purvis era uno de sus pocos parientes vivos. En consecuencia, el día en que Harry recibió un telegrama reclamando su presencia inmediata, no pudo negarse a ir. Nadie sabía con exactitud cuánto dinero tenía Homer, o qué pretendía hacer con él. Harry pensó que tenía las mismas posibilidades que cualquier otro y no quería perder la ocasión. Se trasladó a Cornualles, no sin ciertas molestias, y llegó a la vicaría.

Al entrar en el jardín comprendió de inmediato lo que ocurría. El tío Homer (no era realmente tío, pero le había llamado siempre así) tenía un cobertizo junto al edificio principal que utilizaba para sus experimentos. Del cobertizo no quedaban más que el tejado y las ventanas, y un olor repugnante que lo invadía por completo. Evidentemente, se había producido una explosión, y Harry se preguntó, de una forma totalmente desinteresada, si el tío habría resultado herido y querría consejo para redactar un testamento nuevo.

Dejó de fantasear cuando el viejo, vivo retrato de la salud (aparte de un pequeño vendaje en la cara), le abrió la puerta.

—Me alegro de que vinieras tan rápidamente —tronó. Parecía muy complacido de ver a Harry, pero su cara se oscureció de inmediato—. El caso es que estoy en un pequeño lío y necesito tu ayuda. Mañana tengo que acudir al tribunal local.

Fue un golpe inesperado. Homer era un ciudadano tan honrado como cabía esperarse en una época de racionamiento de gasolina. Y si se trataba de algún asunto relacionado con el mercado negro, Harry no sabía cómo podría ayudarle.

—Lo siento, tío. ¿Qué ocurre?

—Es una larga historia. Ven a la biblioteca y charlaremos.

La biblioteca de Homer Ferguson ocupaba por completo el ala oeste del edificio, un tanto decrepito. Harry estaba convencido de que había nidos de murciélagos en las vigas, pero nunca pudo comprobarlo. Tras despejar una mesa por el simple método de tirar todos los libros al suelo, Homer silbó tres veces; el sonido llegó a un transmisor situado en algún lugar invisible y una lóbrega voz emergió de un altavoz oculto.

—¿Dígame, señor Ferguson?

—Maida, envíenos una botella del whisky nuevo.

No hubo más respuesta que un sonoro bufido, pero, momentos más tarde, se oyó un sonido metálico, y un par de pies cuadrados de estantes se separaron de la librería, dejando al descubierto una cinta transportadora.

—Maida nunca viene a la biblioteca —se quejó Homer mientras levantaba una bandeja llena hasta los topes—. Tiene miedo de Boanerges, a pesar de que es completamente inofensivo.

Harry no pudo evitar el sentir cierta simpatía por la invisible Maida. Boanerges, con todos sus seis pies de largo, reposaba sobre el cajón que contenía la Enciclopedia Británica, y un abultamiento central indicaba que había cenado recientemente.

—¿Qué te parece el whisky? —preguntó Homer después que Harry lo hubo probado y luchaba por recobrar la respiración.

—Es... bueno, no sé qué decir. Es... ¡ejem!... bastante fuerte. Nunca creí que...

—No hagas caso de la etiqueta de la botella. Esta marca no se fabrica en Escocia. Y ése es el problema. Lo hice aquí mismo.

—¡Tío!

—Sí, ya sé que va contra la ley y todas esas tonterías. Pero es imposible conseguir buen whisky en estos tiempos; todo se exporta. Me pareció un acto de patriotismo fabricarlo yo mismo, porque así le quedaría al gobierno mayor cantidad para el mercado del dólar. Pero los recaudadores de impuestos no opinan lo mismo.

—Creo que lo mejor es que me cuentes todo —dijo Harry. Pensó con tristeza que no podía hacer nada para sacar a su tío de aquel embrollo. A Homer siempre le había gustado empinar el codo, y las restricciones de la guerra le habían afectado duramente. Asimismo, como ya he indicado, no se sentía especialmente inclinado a gastar dinero, y durante mucho tiempo había pagado con resentimiento un impuesto de varios cientos por ciento por cada botella de whisky. Cuando se le acabaron las fuentes de suministro, decidió pasar a la acción.

Esta decisión guardaba, probablemente, una estrecha relación con el distrito en que vivía. Durante siglos, la Aduana y la Hacienda habían librado una batalla interminable contra los pescadores de Cornualles. Se rumoreaba que el último ocupante de la vieja rectoría había tenido la mejor bodega del distrito, casi tan buena como la del mismo Obispo, sin pagar un solo penique de impuestos. Por ello, el tío Homer creía mantener una antigua y noble tradición.

No cabe duda de que el espíritu de investigación científica también le inspiró en esta empresa. Pensaba que todo ese asunto sobre el envejecimiento en cubas de madera durante siete años era una tontería, y estaba seguro de obtener mejores resultados con la aplicación de rayos ultravioleta y ultrasónicos.

El experimento marchó bien durante unas cuantas semanas. Pero una noche, ya tarde, se produjo uno de esos desgraciados accidentes que pueden ocurrir incluso en los laboratorios mejor organizados, y antes de que el tío Homer supiera qué había pasado, se encontró colgado de una viga, y con los jardines de la rectoría plagados de trozos de tubería de cobre.

Pero no habría tenido mayor importancia si la guardia local no hubiera estado de prácticas en las cercanías. En cuanto oyeron la explosión, se prepararon para la acción, con las ametralladoras dispuestas. ¿Había empezado la invasión? En ese caso, pronto la detendrían. Se desilusionaron un poco al comprobar que sólo se trataba del tío Homer, y acostumbrados a sus experimentos, no se sorprendieron lo más mínimo por lo que había ocurrido. Desgraciadamente para el tío, el teniente del escuadrón resultó ser también el recaudador de impuestos, y ante la evidencia que su nariz y sus ojos le mostraban, reconstruyó la historia en seguida.

—Así que mañana —dijo el tío Homer, con la expresión de un niño sorprendido mientras roba caramelos— tengo que presentarme ante el jurado, bajo la acusación de poseer un destilería ilegal.

—Creo que éste es un asunto para el Tribunal Supremo y no para los magistrados locales —replicó Harry.

—Aquí hacemos las cosas a nuestra manera —contestó Homer con cierto orgullo, y Harry pronto tendría ocasión de comprobarlo.

Durmieron poco aquella noche, porque Homer preparó su defensa, se impuso a las objeciones de Harry, y montó el aparato que quería presentar ante los magistrados.

—Un jurado como éste —explicó— se dejará impresionar fácilmente por los expertos. Si nos atreviéramos, me gustaría decir que trabajas en el Departamento de Guerra, pero podrían comprobarlo. Así que sólo les diremos la verdad, es decir, les hablaremos de tu experiencia.

—Gracias —dijo Harry—. Imagínate que la facultad se entera de lo que estoy haciendo.

—Bueno, tú vas a comparecer sólo a título personal. Se trata de un asunto privado.

—Y tan privado —contestó Harry.

A la mañana siguiente cargaron todos los bártulos en el viejo Austin de Homer, y se dirigieron al pueblo. El tribunal ocupaba una de las aulas de la escuela local, y Harry se sintió como si el tiempo hubiese retrocedido varios años y estuviese a punto de mantener una entrevista poco agradable con su antiguo maestro.

—Estamos de suerte —susurró Homer mientras les conducían a sus incómodos asientos—. El Mayor Fotheringham ocupa la presidencia, y es buen amigo mío.

Esto representaría una gran ayuda, convino Harry. Pero había otros dos jueces, y un sólo amigo en el tribunal no sería suficiente. La elocuencia y no las influencias habrían de salvar la situación.

La sala se encontraba llena hasta los topes, y a Harry le sorprendió que tanta gente hubiera podido abandonar el trabajo y disponer de tiempo suficiente para presenciar el proceso, pero luego comprendió porqué había despertado tanta expectación: el contrabando era una de las actividades principales de aquellos contornos, al menos en épocas de normalidad. Pero no estaba muy seguro de que esto implicara una actitud comprensiva por parte del público. Los nativos podrían considerar la empresa privada de Homer como una forma poco limpia de competir. Por otra parte, posiblemente aprobarían, en principio, cualquier cosa que pudiera sacar de quicio a los recaudadores de impuestos.

El Secretario del Tribunal leyó la acusación, y presentó la maldita evidencia. Los jueces inspeccionaron con solemnidad los trozos de tubería, y cada uno de ellos miró severamente al tío Homer. Harry empezó a ver su hipotética herencia cada vez más dudosa.

Cuando el fiscal terminó, el mayor Fotheringham se volvió hacia Homer.

—Esto parece un asunto serio, señor Ferguson. Espero que pueda aportar una explicación satisfactoria.

—Sí puedo. Señoría —replicó el acusado en un tono como de inocencia injuriada.

Fue divertido ver la expresión de alivio de Su Señoría, así como el momentáneo fruncimiento de cejas, inmediatamente sustituido por una confianza tranquila, en la cara del representante de Hacienda y Aduanas.

—¿Desea un defensor legal? Veo que no le acompaña ninguno.

—No es necesario. El caso se ha cimentado sobre un malentendido tan trivial, que puede aclararse sin complicaciones como ésta. No quiero gravar al Ministerio fiscal con gastos innecesarios.

Este ataque frontal provocó murmullos en el tribunal y un rubor en las mejillas del representante de aduanas. Por primera vez pareció un poco menos seguro de sí mismo. Si Ferguson creía que la Corona pagaría los gastos, debía tener unas pruebas realmente concluyentes. Claro que podía ser simplemente un farol...

Homer esperó a que se desvaneciera el efecto de este golpe suave antes de propinar el fuerte.

—He mandado llamar a un experto para que explique lo que ocurrió en la rectoría —dijo—. Y debido a la naturaleza de la evidencia, debo pedir, por razones de seguridad, que el resto del proceso se desarrolle *in camera*.

—¿Quiere que despeje la sala? —preguntó el presidente con incredulidad.

—Me temo que sí, señor. Mi colega, el doctor Purvis, piensa que mientras menos personas se inmiscuyan en este asunto, mejor. Cuando oiga el testimonio, estará de acuerdo con él. Es una lástima que se le haya dado ya tanta publicidad. Me temo que ciertos... asuntos confidenciales podrían llegar a oídos de personas sin escrúpulos.

Homer miró al oficial de Aduanas, que se revolvió inquieto en su asiento.

—Muy bien —dijo el Mayor Fotheringham—. Es un tanto irregular, pero vivimos en tiempos irregulares. Señor Secretario, despeje la sala.

Entre ruidos y confusión, y tras una protesta del fiscal, que fue denegada, la orden se llevó a cabo. Entonces, y bajo la mirada interesada de la docena de personas que quedaron en la sala, Harry Purvis descubrió el aparato que había sacado del Austin. Después de presentar sus credenciales al jurado, ocupó el asiento de los testigos.

—Señoría, desearía explicar —comenzó— que he trabajado en la investigación de explosivos y por ese motivo, estoy familiarizado con el trabajo del acusado.

La primera parte de esta declaración era absolutamente cierta, la última cosa cierta que dijo aquel día.

—Se refiere a... ¿bombas y demás?

—Exactamente, pero sólo a un nivel experimental. Como podrá suponer, siempre estamos buscando tipos nuevos y mejores de explosivos. Además, tanto en la investigación financiada por el gobierno, como en el mundo académico, se buscan buenas ideas provenientes del exterior. Y recientemente, el ti..., el señor Ferguson nos escribió con una sugerencia interesantísima, sobre un tipo nuevo de explosivo. Su interés radicaba en la utilización de materiales *no explosivos*, tales como azúcar,

glucosa...

—¿Cómo? —preguntó el presidente—. ¿Un explosivo no explosivo? Eso es imposible.

Harry sonrió con dulzura.

—Claro, señor; esa es la reacción inmediata. Pero como la mayoría de las grandes ideas, ésta tiene la simplicidad propia del genio. Me temo, sin embargo, que tendré que adentrarme en ciertas explicaciones para hacerme entender.

El tribunal parecía muy interesado, y también, un poco alarmado. Harry supuso que conocían de sobra a los testigos periciales por experiencias anteriores. Se aproximó a una mesa colocada en medio de la sala, llena de matraces, tubos y frascos con líquidos.

—Doctor Purvis —dijo nerviosamente el presidente—, espero que no vaya a hacer nada peligroso.

—Por supuesto que no, señor. Sólo quiero demostrar unos cuantos principios científicos básicos. Quisiera hacer hincapié, una vez más, sobre la importancia de que nada de cuanto aquí se diga salga de estas cuatro paredes— calló solemnemente y todos parecieron quedar terriblemente impresionados.

—El señor Ferguson —prosiguió— se propone explotar una de las fuerzas fundamentales de la Naturaleza. Es una fuerza de la que toda criatura viviente depende, una fuerza, señores, que les mantiene vivos a ustedes a pesar de que nunca hayan oído hablar de ella.

Se acercó a la mesa y se situó junto a las redomas y frascos.

—¿Se han parado alguna vez a pensar —dijo— cómo llega la savia hasta la hoja más elevada de un árbol alto? Se necesita mucha fuerza para bombear agua a una distancia de cien, a veces incluso trescientos, pies del suelo. ¿De dónde proviene esa fuerza? Se lo mostraré con un ejemplo práctico.

Aquí tenemos un recipiente muy resistente, dividido en dos partes por una membrana porosa. A un lado de la membrana hay agua pura; en el otro, una solución concentrada de azúcar y otros productos químicos, cuya naturaleza no considero necesario especificar. Bajo estas condiciones, se produce una presión, conocida como presión osmótica. El agua pura trata de pasar a través de la membrana, como si quisiera diluir la solución del otro lado. Ahora cerramos herméticamente el recipiente y aquí, a la derecha, pueden Vds. ver el indicador de presión; observen cómo sube la aguja. Para entendernos: esto es presión osmótica. Es la misma fuerza que actúa a través de las paredes celulares de nuestro cuerpo, provocando el movimiento del fluido, la que conduce la savia en los troncos de los árboles, desde las raíces hasta las ramas más altas. Es una fuerza universal y poderosa. El señor Ferguson tiene el mérito de ser el primero en intentar dominarla.

Harry hizo una pausa, tratando de impresionar al tribunal, al mismo tiempo que

dirigía una mirada llena de firmeza.

—El señor Ferguson está intentando desarrollar la bomba osmótica.

Esta afirmación tardó un poco en hacer efecto. Luego, el Mayor Fotheringham se inclinó hacia adelante y dijo con voz susurrante:

—¿Hemos de suponer, pues, que ha tenido éxito en la fabricación de esta bomba, y que explotó en su laboratorio?

—Exactamente, señoría. Es un placer, incluso diría que un placer poco común, presentar pruebas ante un jurado tan perspicaz. El señor Ferguson ha tenido éxito, y se informarnos sobre su método cuando, debido a un desgraciado error, falló el mecanismo de seguridad de la bomba. Todos conocen los resultados. Creo que no necesitarán mayor evidencia sobre el poder de este arma, y comprenderán su importancia, dado que las soluciones que contiene están formadas por productos químicos muy comunes.

El mayor Fotheringham, un tanto confuso, se volvió hacia el fiscal.

—Señor Whiting —dijo—. ¿Quiere interrogar al testigo?

—Ciertamente, Señoría. Nunca había oído semejante ridiculez...

—Por favor, límitese a los hechos.

—Muy bien. Señoría. ¿Puedo preguntar al testigo cómo justifica la gran cantidad de vapor alcohólico que siguió a la explosión?

—Dudo mucho que la nariz del inspector fuera capaz de un análisis cuantitativo adecuado. Pero debo admitir que se produjo cierta cantidad de vapor alcohólico. La solución utilizada en la bomba contenía un veinticinco por ciento, aproximadamente. Con la utilización de alcohol diluido, se reduce la movilidad de los iones inorgánicos y se aumenta la presión osmótica; un efecto deseable, por supuesto.

Eso los mantendría callados durante un tiempo, pensó Harry. No se equivocó. Hubo un intervalo de dos minutos antes de la segunda pregunta. Entonces, el fiscal agitó en el aire uno de los trozos de tubería de cobre.

—¿Qué función cumplía esto? —preguntó en el tono más acerbo que pudo. Harry fingió no haber notado su intención sarcástica.

—Son tuberías manométricas para el indicador de presión —replicó rápidamente.

El tribunal, estaba claro, ya no entendía ni media palabra. A eso precisamente quería llegar Harry. Pero el fiscal aún podía jugar otra baza. El recaudador de impuestos y su asesor legal cuchichearon furtivamente durante unos momentos. Harry miró nerviosamente al tío Homer, que se encogió de hombros con un gesto que parecía indicar: «¡A mí no me preguntes!».

—Quisiera presentar ante el tribunal algunas pruebas adicionales —dijo el abogado de Aduanas enérgicamente, mientras depositaba un abultado paquete envuelto en papel marrón sobre la mesa.

—¿Es esto legal, Señoría? —protestó Harry—. Todas las evidencias contra mi...



colega deberían haber sido presentadas ya.

—Retiro mi petición —intervino el abogado rápidamente—. Digamos que no es una evidencia para este caso, sino material para futuras actuaciones legales. Hizo una pausa amenazadora, a la espera del efecto deseado.

—De todas formas, si el señor Ferguson puede dar una respuesta satisfactoria a nuestras preguntas, este asunto se resolvería sin mayor dilación —evidentemente, lo último que el abogado esperaba, o deseaba, era una explicación satisfactoria.

Desenvolvió el paquete, y aparecieron tres botellas de una famosa marca de whisky.

—Vaya, vaya —dijo el tío Homer—. Me preguntaba...

—Señor Ferguson —atajó el presidente del tribunal—, no tiene por qué hacer ninguna declaración, a menos que lo desee.

Harry Purvis dirigió una mirada de agradecimiento al Mayor Fotheringham. Adivinaba lo que había ocurrido. El ministerio fiscal, merodeando por las ruinas del laboratorio del tío Homer, consiguió hacerse con unas botellas de licor casero. Su acción era probablemente ilegal, puesto que no tenían orden de registro, de ahí la poca disposición a presentar la prueba. Hasta entonces, el caso les había parecido lo suficientemente claro como para no recurrir a ella.

Y, en efecto, se perfilaba muy claramente ahora.

—Estas botellas —dijo el representante de la Corona— no contienen la marca que indica la etiqueta. El acusado, evidentemente, las ha utilizado como receptáculo para sus, digámoslo así, soluciones químicas. Lanzó a Harry Purvis una mirada de pocos amigos.

—Hemos analizado estas soluciones, con resultados muy interesantes. Aparte de una concentración alcohólica anormalmente alta, el contenido de estas botellas no se puede, en la práctica, distinguir de...

No tuvo tiempo de terminar su testimonio no solicitado, y ciertamente, no deseado, en favor de la habilidad del tío Homer. Porque, en aquel momento, Harry Purvis oyó un silbido amenazador. Al principio pensó que se trataba de una bomba, pero eso parecía poco probable, porque no había sonado la alarma para ataques aéreos. Luego se dio cuenta de que el silbido provenía de un lugar muy cercano: de la mesa de la sala...

—¡Pónganse a cubierto! —gritó.

El tribunal suspendió la sesión con una velocidad nunca igualada en toda la historia jurídica de la Gran Bretaña. Los tres jueces desaparecieron tras el estrado; los que se encontraban en el medio de la habitación, se precipitaron al suelo o se parapetaron bajo las mesas. Durante un momento, largo y angustioso, no ocurrió nada, y Harry empezó a preguntarse si habría dado una falsa alarma. Entonces se produjo una explosión sorda, extrañamente amortiguada, un tintineo de cristales, y un

olor como de destilería bombardeada, y el tribunal emergió de su escondite. La bomba osmótica había probado su potencia. Y más importante aún, había destruido la evidencia del caso.

El tribunal no parecía muy dispuesto a absolver al acusado; sentía, con razón, menoscabada su dignidad. Además, todos los jueces tendrían que dar ciertas explicaciones al llegar a casa: el olor a alcohol lo había impregnado todo. A pesar de que el Secretario del tribunal se apresuró a abrir las ventanas que, por alguna extraña razón, no se habían roto, el humo no se disipaba. Harry Purvis, mientras se extraía del pelo trozos de cristal, se preguntaba si algún alumno resultaría intoxicado al día siguiente.

El Mayor Fotheringham, a pesar de todo, era una excelente persona, y mientras salían de la devastada sala, oyó que decía a su tío:

—Mire Ferguson, van a pasar siglos antes de que obtengamos los cócteles Molotov que el Departamento de Guerra nos ha prometido. ¿Por qué no hace algunas bombas para la guardia local? Si no destruyen tanques, al menos emborracharán a la tropa y los dejarán fuera de combate.

—Descuide, Mayor, lo pensaré —replicó el tío Homer, que aún estaba un poco aturdido por el giro de los acontecimientos.

Se recuperó un poco de vuelta a la rectoría, a través de caminos estrechos y sinuosos con sus altos muros de piedra sin mortero.

—Tío, espero que no intentes reconstruir esa destilería —comentó Harry cuando llegaron a un camino relativamente recto y le pareció que no había peligro de hablar con él, aunque fuera conduciendo—. Te estarán vigilando como halcones y no vas a poder salirte con la tuya otra vez.

—Muy bien —replicó el tío con cierta desgana—. ¡Malditos frenos! ¡Los arreglé nada más empezar la guerra!

—¡Eh! —gritó Harry—. ¡Cuidado!

Demasiado tarde. Habían llegado a una encrucijada en la que acababan de colocar una señal de STOP. El tío pisó los frenos a fondo, y no ocurrió nada durante unos segundos. Después, las ruedas del lado izquierdo se pararon, y las del derecho siguieron dando vueltas alegremente. El coche dio un viraje, por fortuna sin volcarse, y cayó en la cuneta, orientado en la dirección de la que provenía.

Harry dirigió a su tío una mirada llena de reproches. Estaba a punto de echarle una buena reprimenda, cuando una motocicleta salió de un camino lateral y se acercó a ellos.

No iba a resultar su día de suerte, estaba visto. El sargento de la policía local había estado al acecho, a la espera de sorprender conductores en falta ante la nueva señal. Aparcó su máquina al borde de la carretera y se asomó por la ventanilla del Austin.

—¿Se encuentra bien, señor Ferguson? —preguntó. Después arrugó la nariz, con aire de Júpiter a punto de enviar un rayo a la tierra.

—Esto parece serio —dijo—. Tendré que denunciarle. Conducir bajo los efectos del alcohol es un asunto muy serio.

—¡Pero si no he probado una gota en todo el día! —protestó el tío Homer, agitando una manga empapada en alcohol ante las narices del sargento.

—¿Espera que me crea *eso*? —bufó el airado policía, sacando su cuadernillo—. Mucho me temo que tendrá que acompañarme a la comisaría. ¿Está su amigo lo suficientemente sobrio como para conducir?

Harry Purvis no contestó. Estaba demasiado ocupado dándose cabezazos contra el salpicadero.

—Bueno, ¿qué le hicieron a tu tío? —preguntamos a Harry.

—Le pusieron una multa de cinco libras y le retiraron el carnet por conducir en estado de embriaguez. Por desgracia para él, el Mayor Fotheringham no ocupó la presidencia en aquel juicio, pero los otros dos jueces aún formaban parte del tribunal. Pensarían que, aunque esa vez fuera inocente, todo tiene un límite.

—¿Conseguiste algún dinero de tu tío?

—¡Por supuesto que no! Se mostró muy agradecido y me dijo que figuraba en su testamento. Pero la última vez que le vi, ¿qué creéis que estaba haciendo? Tratando de descubrir el elixir de la vida.

Harry suspiró ante la aplastante injusticia del mundo.

—A veces —prosiguió con pesimismo— temo que lo haya encontrado. Los médicos dicen que es el setentón más saludable que han visto jamás. Así que todo lo que saqué en limpio de esta historia son recuerdos interesantes y una buena resaca.

—¿Resaca? —preguntó Charles Willis.

—Sí —replicó Harry, con una mirada de lejanía en sus ojos—. Los recaudadores no habían encontrado *todas* las pruebas. Tuvimos que... ¡ejem!... destruir el resto. Nos llevó casi toda una semana. Inventamos cantidad de cosas en ese tiempo pero nunca descubrimos qué eran.

## EL HOMBRE QUE ARÓ EL MAR

Las aventuras de Harry Purvis contienen una especie de lógica disparatada que las hacen convincentes, precisamente porque resultan inverosímiles. A medida que sus relatos, complicados pero perfectamente hilados, van desarrollándose, uno se siente perdido en un mundo de maravillas. Todos pensamos que nadie tendría el valor de inventar cosas así; tales locuras sólo ocurren en la vida real, no en las novelas. Y, con este razonamiento, sus críticos quedan desarmados, o al menos, desconcertados, hasta el momento en que Drew grita: «La hora, señores, ¡por favor!», y nos arroja al frío y duro mundo exterior.

Consideremos, por ejemplo, la extraña cadena de acontecimientos en los que Harry se vio envuelto en la siguiente aventura. Desde el punto de vista artístico, no había necesidad de comenzarla en Boston para concertar una cita cerca de la costa de Florida...

Parece ser que Harry ha pasado mucho tiempo en Estados Unidos, y que tiene tantos amigos allí como en Inglaterra. A veces los trae a «El Ciervo Blanco», y también a veces son capaces de salir por su propio pie. Pero a menudo sucumben a la creencia de que la cerveza tibia es inofensiva. (Soy injusto con Drew; su cerveza no está tibia. Además, si uno insiste, recibe gratis un trozo de hielo del tamaño de un sello de correos.)

Esta epopeya personal de Harry empezó, como ya he dicho, en Boston, Massachussets. Era huésped de un famoso abogado de Nueva Inglaterra, y un día su anfitrión le dijo, con esa naturalidad de los americanos:

—Vayamos a mi casa de Florida. Quiero tomar el sol un poco.

—Muy bien —contestó Harry, que nunca había estado en Florida. Para su sorpresa, treinta minutos después estaba a bordo de un Jaguar rojo, viajando rumbo al sur a una velocidad increíble.

El viaje en sí fue una heroicidad digna de un relato completo. De Boston a Miami hay la friolera de 1.568 millas, un número que, según Harry, ha quedado grabado en su corazón.

Cubrieron la distancia en treinta horas, acompañados a menudo por el sonido lejano de sirenas de coches—patrulla frustrados. De vez en cuando no les quedaba más remedio que hacer maniobras evasivas por cuestiones de táctica, y desviarse por carreteras secundarias. La radio del Jaguar conectaba con todas las emisoras de la policía, por lo que siempre estaban sobre aviso en caso de que planearan interceptarles el paso. Una o dos veces llegaron justo a tiempo de cruzar la línea divisoria de un Estado, y Harry se preguntaba qué pensarían los clientes de su anfitrión si supieran de la necesidad psicológica que le obligaba a alejarse de ellos. También se preguntaba si llegaría a ver Florida, o si continuarían a esta velocidad por

la autopista número 1 hasta precipitarse en el océano en Cayo Oeste.

Por fin se pararon a sesenta millas al sur de Miami, en los Cayos, esa línea larga y delgada de islas en el extremo inferior de Florida. El Jaguar se salió repentinamente de la carretera y serpenteó por un camino desigual abierto entre los mangles. El camino terminaba en una amplia explanada al borde del mar, con un muelle, un yate de treinta y cinco pies, una piscina y una moderna casa de estilo ranchero. Era un bonito escondite, y Harry estimó su precio en no menos de cien mil dólares.

No vio casi nada del lugar hasta el día siguiente, porque cayó rendido en la cama. Le parecía que acababa de acostarse cuando le despertó un sonido parecido a una fábrica de calderas en funcionamiento. Se duchó y vistió lentamente, y cuando salió de su habitación se hallaba ya casi recuperado del todo. No parecía haber nadie en la casa, por lo que decidió salir a explorar.

Para entonces ya había aprendido a no sorprenderse por nada, así que apenas alzó las cejas al encontrar a su anfitrión atareado en el muelle, enderezando el timón de un submarino minúsculo, evidentemente de construcción casera. La pequeña embarcación tenía unos veinte pies de largo y una torreta con grandes ventanas de observación; llevaba el nombre de *Pompano* <sup>[4]</sup> pintado en la proa.

Harry reflexionó un rato, y decidió que no había nada realmente extraño en todo aquello. Todos los años vienen a Florida alrededor de cinco millones de visitantes con la intención de deslizarse o sumergirse en el mar. Su anfitrión era uno de esos afortunados que pueden dedicarse a su pasatiempo favorito a lo grande.

Harry observó el *Pompano* durante algún tiempo y, de pronto, se le ocurrió una idea inquietante:

—George —dijo— ¿no esperarás que me meta en esa cosa, verdad?

—Pues claro —contestó George, dando un golpe final al timón—. ¿Por qué estás preocupado? He ido mar adentro con él miles de veces; es tan seguro como una casa. Y, además, no navegaremos a más de veinte pies de profundidad.

—En algunas circunstancias, incluso seis pies de agua son más que suficientes —replicó Harry—. Además, ¿nunca te he hablado de mi claustrofobia? Me afecta con especial intensidad en esta época del año.

—Tonterías —dijo George—. Te olvidarás de todo eso en cuanto estemos en los arrecifes —se levantó y observó su obra; después dijo con un suspiro de satisfacción—. Parece que está bien. Vamos a desayunar.

Durante los treinta minutos siguientes, Harry se enteró de muchas cosas acerca del *Pompano*. George lo había diseñado y construido él sólo, y el potente motorcito podía alcanzar cinco nudos cuando el submarino estaba totalmente sumergido. Tanto la tripulación como la maquinaria obtenían el aire necesario a través de un tubo de respiración, por lo que no había que preocuparse de motores eléctricos ni de un suministro de aire independiente. La longitud del tubo de respiración limitaba la

inmersión a veinticinco pies, pero en aquellas aguas tan poco profundas no suponía un problema importante.

—He utilizado muchas ideas nuevas —dijo George con entusiasmo—. Esas ventanas, por ejemplo; fíjate en el tamaño. Te permiten una visión perfecta, y sin embargo, son seguras. He utilizado el sistema de aire comprimido para igualar la presión en el interior del *Pompano* y la del agua en el exterior, y así no puede producirse ningún daño en el casco o las escotillas.

—¿Qué sucedería si quedáramos atascados en el fondo? —preguntó Harry.

—Abriríamos la puerta y saldríamos, por supuesto. Llevo un par de equipos de buzo de repuesto, una balsa salvavidas y una radio impermeable, de modo que podríamos pedir socorro si nos encontráramos en apuros. No te preocupes, he pensado en todo.

—Eso es lo que siempre se dice —murmuró Harry. Pero pensó que después de la carrera desde Boston, su vida debía estar protegida por algún misterioso sortilegio; probablemente, el mar sería un lugar más seguro que la carretera nacional número 1 con George al volante.

Se familiarizó a fondo con los dispositivos de escape antes de salir, y se alegró mucho al ver lo bien diseñado y construido que parecía aquel aparatito. El hecho de que el autor de semejante pieza de ingeniería naval fuera un abogado no le extrañó en absoluto. Harry había descubierto hacía mucho tiempo que gran número de americanos ponían tanto interés en sus pasatiempos como en sus profesiones.

Salieron lentamente del pequeño puerto, manteniéndose en los límites señalados hasta alejarse de la costa. El mar estaba en calma, y a medida que iban dejando atrás la playa, el agua se hacía más transparente. Desaparecieron de su vista las brumas de coral pulverizado que nublaban las aguas costeras, donde las olas rompían incesantemente contra la arena. Al cabo de treinta minutos llegaron a los arrecifes, que formaban una especie de centón sobre el que los peces de colores pirueteaban de un lado a otro. George cerró las escotillas, abrió la válvula de flotación y exclamó alegremente: —¡Allá vamos!

Se desprendió el sedoso y arrugado velo, agitándose junto a la ventana, distorsionando la visión por un momento... y luego, allí estaban, inmersos en el mundo marino, no como extraños que lo contemplan desde fuera, sino como habitantes de él. Flotaban sobre un valle cubierto de arena, rodeado por colinas de coral. El valle era estéril, pero las colinas a su alrededor parecían vivas, con criaturas que se deslizaban y nadaban entre el coral. Peces deslumbrantes como anuncios de neón vagaban perezosamente entre animales que semejaban arbustos. Aquel mundo quitaba la respiración y daba una impresión de paz total. No había prisas, ni signo alguno de lucha por la existencia. Harry sabía que era una ilusión, pero durante el tiempo que permanecieron sumergidos no vio que un solo pez atacara a otro. Se lo

dijo a George, que comentó: —Sí, eso siempre me ha llamado la atención en los peces. Parecen tener horas fijas para comer. Se pueden ver barracudas nadando tranquilamente, y si el gong de la comida no ha sonado todavía, los otros peces no les prestarán ninguna atención.

Una raya, fantástica mariposa negra, aleteaba entre la arena, manteniendo el equilibrio con su larga cola, parecida a un látigo. Las sensitivas antenas de una langosta asomaban cautelosamente por una abertura del coral; aquellos movimientos exploratorios recordaron a Harry a un soldado que comprueba la presencia de francotiradores con el sombrero en un palo. Había tanta vida, y de tantas clases, apretada en aquel lugar, que llevaría muchos años de estudio clasificarlas todas.

El *Pompano* cruzaba el valle muy lentamente, y George comentaba constantemente lo que iban viendo.

—Antes hacía esto con el equipo de buzo —dijo— pero un día pensé que sería muy agradable sentarme cómodamente y tener un motor que me empujara. De ese modo podría estar fuera todo el día, comer durante el camino, usar las cámaras y no preocuparme si un tiburón me rondaba. Mira esas algas, ¿habías visto un azul tan brillante en tu vida? Además, podría traer a mis amigos y hablar con ellos. Los equipos de buzo tienen un gran inconveniente: tienes que permanecer sordo y mudo y hablar por señas. ¡Mira esos ángeles de mar! Un día voy a tender una red para pescar algunos. ¡Fíjate, es cómo si desapareciesen cuando se ponen de perfil! Otra de las razones por las que construí el *Pompano* es porque quiero buscar barcos hundidos. Hay cientos en esta zona; es un auténtico cementerio. El *Santa Margarita* está sólo a unas cincuenta millas de aquí, en la bahía de Biscayne. Se hundió en 1595 con siete millones de dólares de plata a bordo.

Y a la altura de Cayo Largo, hay nada menos que sesenta y cinco millones, en el lugar donde naufragaron catorce galeones en 1715. El problema es que la mayoría de esos barcos están destrozados y cubiertos de coral, por lo que no serviría de mucho localizarlos. Pero sería divertido intentarlo.

Para entonces Harry había empezado a entender la psicología de su amigo. No se le podía haber ocurrido una manera mejor de evadirse de su profesión de abogado en Nueva Inglaterra. George era un romántico reprimido, aunque no tan reprimido, pensándolo bien.

Navegaron felizmente durante un par de horas, sin exceder nunca de una profundidad de cuarenta pies. Una vez se pararon sobre una deslumbrante extensión de coral roto y se tomaron un descanso para comer bocadillos de embutido y beber unos vasos de cerveza.

—Un día bebí cerveza de jengibre aquí abajo —dijo George—. Cuando subí a la superficie, el gas que había acumulado se dilató y sentí algo muy extraño. Voy a probar con champán alguna vez.

Harry se estaba preguntando qué podía hacer con las botellas vacías cuando el *Pompano* pareció sumirse en una especie de eclipse, a medida que una sombra pasaba por encima. Miró hacia arriba a través de la ventana de observación y descubrió un barco que se deslizaba lentamente a veinte pies sobre sus cabezas.

No existía peligro de que chocaran, porque habían bajado el tubo de respiración y de momento tenían suficiente aire. Harry nunca había visto un barco desde abajo, por lo que aquello suponía otra nueva experiencia para añadir a las muchas que había adquirido aquel día.

Se sintió orgulloso porque, a pesar de su ignorancia en cuestiones náuticas, reconoció tan rápidamente como George lo que había de extraño en aquel barco que navegaba sobre ellos. En lugar de una hélice normal, tenía un largo túnel que ocupaba toda la quilla. Al pasar por encima de ellos, el *Pompano* se bamboleó debido a la súbita corriente de agua.

—¡Cielo santo! —exclamó George mientras sujetaba los controles—. Parece una especie de sistema de propulsión a chorro. Ya era hora de que alguien lo intentara. Vamos a echar un vistazo.

Levantó el periscopio, y vieron que el barco llevaba el nombre de Valency <sup>[5]</sup>

—Qué nombre tan curioso —dijo—. ¿Qué significa?

—Yo diría que significa que el propietario es un químico —contestó Harry—, excepto por el pequeño detalle de que ningún químico sería capaz de ganar tanto dinero como para comprarse un barco así.

—Voy a seguirlo —decidió George—. Sólo lleva una velocidad de cinco nudos, y me gustaría saber cómo funciona ese chisme.

Elevó el tubo de respiración, puso el motor en funcionamiento, e inició la persecución. Al cabo de poco tiempo, el *Pompano* se acercó a una distancia de cincuenta pies del Valency, y Harry se sintió como el comandante de un submarino a punto de lanzar un torpedo. No podían fallar desde esa distancia.

En realidad, casi hicieron un disparo directo. Porque el Valency redujo lentamente su velocidad hasta pararse, y antes de que George pudiera darse cuenta de lo que había ocurrido, estaban pegados contra uno de sus flancos.

—¡Ni una señal! —se quejó sin mucha lógica. Unos minutos después estuvo claro que la maniobra no se debía a ningún accidente. Un cable descendió limpiamente sobre el tubo de respiración del *Pompano*, que quedó enganchado. No les quedaba más remedio que emerger tímidamente.

Por fortuna, sus captores eran hombres razonables, y creyeron lo que les contaron. Quince minutos después de subir a bordo del Valency, George y Harry estaban sentados en el puente de mando, y un camarero uniformado les servía un aperitivo mientras escuchaban atentamente las teorías del doctor Gilbert Romano.

Aún se sentían un poco intimidados ante la presencia del doctor Romano; era



como encontrarse con un Rockefeller o un Du Pont. El doctor era un fenómeno prácticamente desconocido en Europa y poco común incluso en los Estados Unidos: el gran científico que había llegado a ser incluso más importante como hombre de negocios. Tenía casi ochenta años y acababa de abandonar —tras una lucha considerable— la presidencia de la enorme compañía de ingeniería química que él había fundado.

Es divertido, nos dijo Harry, observar las sutiles distinciones sociales que producen las diferencias de riqueza, incluso en el país más democrático. Según el criterio de Harry, George era muy rico; tenía unos ingresos de alrededor de cien mil dólares anuales. Pero el doctor Romano se encontraba en otra escala de riqueza totalmente distinta, y había que tratarle de acuerdo con ella, con una especie de respeto amistoso que nada tenía que ver con el servilismo. Por su parte, el doctor era poco ceremonioso; nada en su persona daba la impresión de riqueza, si dejaban a un lado trivialidades tales como el tener un yate de ciento cincuenta pies.

El hecho de que George tuviera trato familiar con la mayoría de los compañeros de negocio del doctor, ayudó a romper el hielo y a establecer la inocencia de sus intenciones. Harry pasó media hora muy aburrida escuchando discusiones de negocios cuyo ámbito abarcaba casi la mitad de los Estados Unidos, y que se referían a lo que Fulano había hecho en Pittsburg, a quién se encontró Mengano en el Club de Banqueros de Houston, y a que Perengano había coincidido con Eisenhower jugando al golf en Augusta.

Se asomaba a un mundo misterioso en el cual unos cuantos hombres, que, al parecer, habían ido a la misma universidad o al menos pertenecían al mismo club, detentaban enorme poder. Harry no tardó en comprender que George no se mostraba amable con el doctor Romano sólo por buena educación. George era un abogado demasiado listo como para perder la oportunidad de un buen testamento, y parecía haber olvidado por completo la intención original de su expedición.

Harry tuvo que esperar a que se produjera una pausa adecuada en la conversación para mencionar el tema que realmente le interesaba. Cuando el doctor Romano cayó en la cuenta de que estaba en presencia de otro científico, abandonó en seguida las finanzas y fue George quien quedó al margen de la conversación.

Lo que extrañaba a Harry era que un químico tan famoso estuviera interesado en la propulsión marina. Como era una persona que iba derecha al grano, interrogó al doctor sobre ello. Por un momento, el científico pareció un poco avergonzado, y Harry estuvo a punto de pedir disculpas por su curiosidad —lo que habría supuesto una hazaña por su parte—. Pero antes de que pudiera hacerlo, el doctor Romano se excusó y desapareció en el puente.

Volvió cinco minutos después con una expresión satisfecha, y continuó como si nada hubiera ocurrido.

—Una pregunta muy normal, señor Purvis —dijo ahogando una risita—. Yo lo hubiera preguntado en su lugar. Pero, ¿espera realmente que le conteste?

—Bueno, sólo tenía una vaga esperanza —confesó Harry.

—Pues voy a sorprenderle..., por partida doble. Le voy a contestar y a demostrarle que no estoy apasionadamente interesado en la propulsión marina. Esas protuberancias en el fondo del barco que usted ha inspeccionado con tanto interés, contienen la hélice, pero también contienen algo más.

—Permítame darle —continuó el doctor Romano, que para entonces empezaba a animarse con el tema— unos cuantos datos elementales sobre el océano. Podemos ver una gran parte desde aquí, varias millas cuadradas. ¿Sabe usted que cada milla cúbica de agua marina contiene ciento cincuenta millones de toneladas de minerales?

—Francamente, no —contestó George—. Es impresionante.

—A mí me impresionó durante mucho tiempo —prosiguió el doctor—. Removemos la tierra en busca de metales y sustancias químicas, mientras que todos los elementos existentes pueden encontrarse en el agua del mar. El océano, en realidad, es una especie de mina universal inagotable. Podemos saquear la tierra, pero nunca vaciaremos el mar.

Los hombres ya han empezado a explotar las posibilidades mineras del mar. Las Industrias Químicas Dow llevan recogiendo bromuro desde hace años; cada milla cúbica contiene aproximadamente trescientas toneladas. Recientemente, hemos empezado a ocuparnos de los cinco millones de toneladas de magnesio por milla cúbica. Pero eso es sólo el principio.

El gran problema práctico consiste en que la mayoría de los elementos que contiene el agua marina se presentan en concentraciones muy bajas. Los primeros siete elementos constituyen alrededor del noventa y nueve por ciento del total, y el resto contiene todos los metales útiles, excepto el magnesio.

Toda la vida me había preguntado qué podríamos hacer al respecto, y la respuesta me llegó durante la guerra. No sé si ustedes estarán familiarizados con las técnicas utilizadas en el campo de la energía atómica para separar cantidades minúsculas de isótopos en disolución; algunos de estos métodos son todavía secretos.

—¿Se refiere a las resinas de intercambio iónico? —aventuró Harry.

—Bueno..., algo parecido. Mi empresa desarrolló algunas de estas técnicas para cuestiones relacionadas con la energía atómica, y en seguida comprendí que podían tener aplicaciones más importantes. Varios de mis hombres más brillantes se pusieron a trabajar sobre ello y construyeron lo que denominamos una «criba molecular». Es una expresión muy descriptiva; en cierto modo, se trata de una auténtica criba, y podemos colocarla de tal manera que seleccione lo que nos interesa. Su funcionamiento está basado en unas teorías de mecánica ondulatoria muy avanzadas, pero el producto final es ridículamente simple. Elegimos cualquier componente del

agua marina y lo hacemos pasar por la criba. Con varias unidades trabajando en series, podemos recoger un elemento tras otro. El grado de rendimiento es muy alto, y el consumo de potencia, mínimo.

—Ya sé —exclamó George—. ¡Extraen oro del agua marina!

—¡Bah! —dijo el doctor Romano con un bufido de menosprecio tolerante—. Tengo mejores cosas en que emplear mi tiempo. Además, ya hay demasiado oro en el mundo. A mí me interesan los metales comercialmente útiles, los que nuestra civilización necesitará desesperadamente dentro de dos generaciones. Y además, incluso con mi criba no merecería la pena buscar oro. Sólo hay unas cincuenta libras en cada milla cúbica.

—¿Qué me dice del uranio? —preguntó Harry—. ¿O es aún más escaso?

—Preferiría que no hubiera formulado esa pregunta —replicó el doctor Romano con una alegría que lo contradecía—. Pero como puede encontrarlo en cualquier biblioteca, no me importa decirle que el uranio es doscientas veces más numeroso que el oro. Alrededor de siete toneladas por milla cúbica; una cifra bastante interesante. Así que, ¿para qué molestarse en buscar oro?

—Desde luego, ¿para qué? —repitió George.

—Además —prosiguió el doctor Romano—, incluso con la criba molecular, tenemos que enfrentarnos al problema de procesar enormes cantidades de agua marina. Hay varias maneras de solucionar esto; mediante la construcción de estaciones de bombeo gigantes, por ejemplo. Pero siempre me ha gustado matar dos pájaros de un tiro, y el otro día hice unos cálculos con un resultado sorprendente. Descubrí que cada vez que el *Queen Mary* cruza el Atlántico, las hélices trituran alrededor de un diez por ciento de milla cúbica de agua. En otras palabras, quince millones de toneladas de minerales. O, refiriéndonos a lo que usted tan indiscretamente acaba de mencionar, casi una tonelada de uranio en cada travesía del Atlántico. No está mal ¿verdad?

Me pareció que todo lo que necesitaríamos para crear una planta móvil de extracción sería poner la hélice de cualquier barco en el interior de un tubo, que impulsaría la corriente de la hélice hacia una criba. Por supuesto, se pierde un poco de potencia propulsora, pero la unidad experimental funciona muy bien. No conseguimos tanta velocidad como antes, pero mientras más lejos naveguemos, más dinero haremos con estas operaciones mineras. ¿No cree que las compañías navieras lo encontrarían muy atractivo? Pero eso es algo accesorio. Estoy deseando construir plantas extractoras flotantes que recorran el océano hasta llenar sus depósitos con todo lo imaginable. Cuando llegue ese día, podremos dejar de destrozar la tierra, y toda nuestra escasez de materiales habrá acabado. Todo vuelve al mar a la larga, y una vez que hayamos abierto el baúl del tesoro, estaremos listos para la eternidad.

Por un momento se hizo el silencio en el puente, salvo por el tintineo del hielo en

los vasos, mientras los huéspedes del doctor Romano contemplaban aquella perspectiva tan brillante. De pronto, a Harry se le ocurrió algo.

—Este es uno de los inventos más importantes de que he tenido noticia —dijo—. Por eso me parece un poco raro que haya confiado en nosotros tan plenamente. Después de todo, somos unos perfectos desconocidos, y ¿quién le dice a usted que no seamos espías?

El viejo científico se ríó alegremente.

—No se preocupe por eso, hijo —aseguró a Harry—. Ya he llamado a Washington para que mis amigos comprobaran su identidad.

Harry parpadeó, y en seguida comprendió cómo lo había hecho. Recordó la breve desaparición del doctor Romano, y se imaginó lo que había ocurrido. Una llamada radiofónica a Washington, un senador que se habría comunicado con la Embajada, el representante del Ministerio de Aprovisionamientos que habría puesto su granito de arena, y en cinco minutos, el doctor tuvo el informe deseado. Sí, los americanos son muy eficientes, es decir, los que tienen dinero para serlo.

Fue entonces cuando Harry se dio cuenta de que ya no estaban solos. Un yate mucho mayor y más impresionante que el Valency navegaba en dirección a ellos, y al cabo de unos cuantos minutos, pudo leer el nombre: *Sea Spray*<sup>[6]</sup>. Pensó que tal nombre evocaba velas ondeantes, más que motores ruidosos, pero no cabía duda de que el *Spray* era realmente bonito. Comprendía las miradas de envidia que tanto George como el doctor Romano le dirigían.

El mar estaba tan calmo que los dos yates se situaron costado contra costado, y tan pronto como entraron en contacto, un hombre de aspecto enérgico y bronceado por el sol, de unos cincuenta años, saltó sobre la cubierta del Valency. Avanzó hacia el doctor Romano a grandes zancadas, le estrechó la mano vigorosamente y dijo:

—Bueno, viejo sinvergüenza, ¿qué te propones? —y miró después con ojos inquisitivos al resto de los presentes. El doctor hizo las presentaciones; al parecer, se trataba del profesor Scott McKenzie, que navegaba en su yate desde Cayo Largo.

—¡Oh, no! —pensó Harry—. ¡Esto es demasiado! No puedo soportar más de un científico millonario al día.

Pero no había forma de escaparse. Es cierto que McKenzie no frecuentaba los claustros académicos, y sin embargo, era un auténtico profesor que ocupaba la cátedra de Geofísica en una universidad de Tejas. Pero el noventa por ciento de su tiempo lo dedicaba a las grandes compañías petroleras y a su propia compañía consultora.

Las balanzas de torsión y los sismógrafos debían de haberle reportado grandes beneficios. A pesar de ser mucho más joven que el doctor Romano, tenía más dinero que él, por estar en una industria de expansión mucho más rápida. Harry supuso que las peculiares leyes sobre impuestos del estado soberano de Tejas también

desempeñaban un importante papel... Parecía muy improbable que aquellos dos magnates científicos se hubieran encontrado por pura casualidad, y Harry esperó a ver qué nueva trampa estarían tramando.

Durante algún tiempo sólo hablaron de generalidades, pero era evidente que el profesor McKenzie sentía gran curiosidad acerca de los otros invitados del doctor. Poco después de que se los presentara, volvió a su barco, excusándose, y Harry comenzó a lamentarse en su interior. Si la Embajada recibía la petición de dos informes sobre él en el espacio de media hora, se preguntarían qué es lo que se traía entre manos. Incluso el F.B.I. empezaría a sospechar algo, y entonces, ¿cómo iba a sacar del país los veinticuatro pares de medias de nylon que había prometido?

Harry encontró fascinante estudiar la relación entre los dos científicos. Parecían una pareja de gallos de pelea, luchando por la victoria. Romano trataba al hombre más joven con una rudeza que, según sospechó Harry, ocultaba admiración, muy a su pesar. El doctor Romano era un ecologista casi fanático, y desaprobaba abiertamente las actividades de McKenzie y sus jefes.

—Sois una pandilla de ladrones —dijo en una ocasión—; estáis agotando los recursos de este planeta, y no os importa lo más mínimo la próxima generación.

—¿Y qué ha hecho la próxima generación por nosotros? —fue la poco original respuesta de McKenzie.

El combate duró casi una hora, en su mayor parte sin que Harry supiera de qué se trataba. Se preguntó por qué George y él permanecían allí sentados, hasta que, al cabo de un rato, empezó a comprender la táctica del doctor Romano. Era un oportunista genial; se sentía muy contento de que ambos estuvieran presentes, sólo para preocupar al profesor McKenzie y obligarle a que se preguntara qué nuevos negocios tenía Romano en mente.

Dejó que se deslizara en la conversación el asunto de la criba molecular, poquito a poco, como si no fuera realmente importante y lo mencionara de pasada. Pero el profesor McKenzie lo captó en seguida, y mientras más evasivo se mostraba Romano, más insistía su adversario. Estaba jugueteando a propósito y, aunque el profesor McKenzie lo sabía perfectamente, no podía evitar seguir el juego del científico más viejo.

El doctor Romano hablaba del aparato de una forma un tanto indirecta, como si se tratara de un proyecto futuro en lugar de un hecho. Perfiló sus tremendas posibilidades, y explicó cómo todas las demás formas de explotación minera quedarían anticuadas, además de anular para siempre el peligro de la escasez de metales.

—Si es tan bueno —dijo McKenzie—, ¿por qué no lo has puesto en práctica?

—¿Qué crees que estoy haciendo en la Corriente del Golfo? —replicó el doctor—. Echa un vistazo a ésto.

Abrió un cajón situado bajo el equipo de sonar, sacó una barra pequeña de metal y se la pasó a McKenzie. Parecía plomo y, evidentemente, era muy pesado. El profesor lo levantó y dijo inmediatamente:

—Uranio. ¿Quieres decir que...?

—Sí. Y hay mucho más en el lugar del que procede —se volvió hacia el amigo de Harry y le dijo—: George, ¿qué le parecería llevar al profesor a su submarino para que observe cómo funciona el asunto? No podrá ver mucho, pero le demostrará que el negocio está en marcha.

McKenzie estaba aún tan pensativo, que ni siquiera le chocó la idea de un submarino privado. Volvió a la superficie al cabo de quince minutos, habiendo visto lo suficiente como para despertarle el apetito.

—Lo primero que quiero saber —le espetó a Romano— es por qué me enseñas esto a *mí*. Es lo más importante que haya ocurrido jamás; ¿por qué no se hace responsable tu empresa?

Romano dio un pequeño resoplido de disgusto. —Ya sabes que me he peleado con el consejo de administración. Y además, esa pandilla de vejstorios no serían capaces de encargarse de algo tan importante. Me fastidia tener que admitirlo, pero vosotros, los piratas de Tejas, sois los tipos adecuados para este asunto.

—¿Se trata de un negocio exclusivamente tuyo?

—Sí; la empresa no sabe nada, y yo he invertido medio millón de mi bolsillo. Es una especie de pasatiempo. Pensé que alguien debería reparar los daños que se están produciendo, la violación de continentes enteros por personas como...

—De acuerdo. Ya conozco la historia, y sin embargo, ¿estás decidido a dárnoslo?

—¿Quién ha hablado de dar?

Se produjo un silencio tenso. Entonces McKenzie dijo cautelosamente:

—Por supuesto, no tengo que decirte que estaríamos interesados, muy interesados. Si nos proporcionas las cifras correspondientes a rendimiento, tantos por ciento de extracción, y demás datos relevantes —no tienes que darnos detalles técnicos, si no quieres—, podríamos iniciar las negociaciones. No puedo hablar por mis socios, pero estoy seguro de que podrían reunir suficiente dinero como para firmar un trato...

—Scott —le interrumpió Romano, con un deje de cansancio en la voz que por primera vez reflejaba su edad—. No me interesa hacer un negocio con tus socios. No tengo tiempo para discutir con los jefes y sus abogados y los abogados de sus abogados. He hecho eso durante cincuenta años y, créeme, estoy cansado. Este es *mi* negocio. Se ha llevado a cabo con *mi* dinero, y todo el equipo está en *mi* barco. Quiero hacer un trato personal, directamente contigo. A partir de entonces, tú te encargarás del asunto.

McKenzie parpadeó.

—No puedo encargarme de algo tan importante yo solo —protestó—. Por supuesto, te agradezco la oferta, pero si realmente es como tú lo describes, vale billones. Y yo no soy más que un pobre y honrado millonario.

—No me interesa el dinero. ¿Qué haría con él a mi edad? No, Scott, sólo hay una cosa que deseo, y la quiero ahora, en este mismo momento. Dame el *Sea Spray* y quédate con mi aparato.

—¡Estás loco! Incluso con la inflación podrías construir un *Spray* por menos de un millón. Y tu proceso debe valer al menos...

—No quiero discutir, Scott. Lo que dices es verdad, pero soy viejo y tengo prisa, y tardarían un año en construir un barco como el tuyo. He querido tenerlo desde que me lo enseñaste en Miami. Mi propuesta es que te traslades al *Valency*, con todo el equipo y todos los materiales. Sólo tardaríamos una hora en cambiar de lugar nuestros efectos personales; tenemos aquí a un abogado para legalizarlo. Después pondré rumbo al Caribe, bajaré por las islas y cruzaré el Pacífico.

—¿Estás completamente decidido? —preguntó McKenzie con preocupación.

—Sí. Lo tomas o lo dejas.

—No me había visto ante un negocio tan descabellado en mi vida —dijo McKenzie con cierta petulancia—. Por supuesto que lo tomo. Ya sé que eres más terco que una mula.

La siguiente hora transcurrió en medio de una actividad febril. Los sudorosos miembros de la tripulación iban y venían cargados con maletas y fardos, mientras el doctor Romano permanecía sentado felizmente en medio de la confusión que había provocado, con una sonrisa beatífica en su cara arrugada y vieja. George y el profesor McKenzie hicieron un aparte para arreglar las cuestiones legales, y volvieron con un documento que el doctor Romano firmó sin apenas mirarlo.

Empezaron a aparecer cosas inesperadas procedentes del *Sea Spray*, tales como un maravilloso visón mutante y una maravillosa rubia no-mutante.

—Hola, Sylvia —dijo cortésmente el doctor Romano—. Me temo que encontrarás estas habitaciones un poco más estrechas. El profesor no me dijo que estuvieras a bordo. No importa, nosotros tampoco lo mencionaremos. No constará en el contrato, haremos un... digamos, un acuerdo entre caballeros. Sería una lástima preocupar a la señora McKenzie.

—¡No sé a qué se refiere usted! —exclamó Sylvia de mal humor—. Alguien tiene que mecanografiar las cosas del profesor.

—Y tú lo haces realmente mal, querida —dijo McKenzie, ayudándola a subir a bordo con auténtica galantería sureña. Harry no tuvo más remedio que admirar su serenidad en una situación tan vergonzosa; no sabía si, de estar él en su lugar, lo habría hecho tan bien. Pero deseó tener la oportunidad de comprobarlo.

Por fin disminuyó el caos; el aluvión de cajas y bultos se convirtió en un débil

chorro. El doctor Romano estrechó la mano a todos, dio las gracias a George y a Harry por su colaboración, recorrió a grandes zancadas el puente del *Sea Spray* y, diez minutos más tarde, se hallaba a medio camino del horizonte.

Harry se preguntaba si no sería hora de que ellos también se marcharan —aparte de todo, porque ni siquiera habían tenido oportunidad de explicar al profesor McKenzie por qué estaban allí—, cuando de pronto, el radioteléfono empezó a sonar. Era el doctor Romano quien llamaba.

—Habrás olvidado su cepillo de dientes, supongo —dijo George. Pero no se trataba de algo tan trivial. Afortunadamente, el altavoz estaba enchufado, y resultaba casi obligatorio que escucharan la conversación, sin necesidad de hacer esos esfuerzos que tanto avergüenzan a un caballero.

—Escucha, Scott —dijo el doctor Romano—. Creo que te debo una explicación.

—Si me has estafado, te haré pagar hasta el último centavo.

—No, no se trata de eso. Te presioné un poco, pero todo lo que dije es cierto. No te enfades demasiado conmigo; has conseguido una ganga. Pasará algún tiempo, sin embargo, hasta que rinda algún beneficio, y antes tendrás que invertir unos cuantos millones. Verás, el rendimiento debe incrementarse en una cantidad tres veces mayor antes de que sea comercialmente ventajoso; la barra de uranio me costó doscientos mil dólares. No vayas a pegarte un tiro; puede conseguirse, estoy completamente seguro. El doctor Kendall es el hombre adecuado; él realizó el trabajo esencial; quítaselo a mis socios y contrátalo por mucho que te cueste. Eres testarudo y sé que acabarás el asunto ahora que está en tus manos. Por eso quería que lo tuvieras tú. También es por una cuestión de justicia poética; podrás reparar, en parte, el daño que has hecho a la tierra. Lo peor que podría ocurrir es que te convirtieses en billonario, pero eso no se puede evitar.

Espera un momento, no cuelgues. Yo habría terminado el trabajo si hubiera tenido tiempo, pero tardaría al menos otros tres años. Y los médicos dicen que sólo me quedan seis meses; no estaba bromeando al decirte que tenía prisa. Me alegra que hayamos cerrado el trato sin tener que habértelo dicho, pero créeme, hubiera utilizado esa arma si la hubiera necesitado. Sólo otra cosa más; cuando el proceso empiece a funcionar, ponle mi nombre, por favor. Eso es todo. Es una tontería que me vuelvas a llamar, porque no contestaré. Y sé que no puedes alcanzarme.

El profesor McKenzie no se inmutó.

—Me lo imaginaba —dijo sin dirigirse a nadie en particular. Después se sentó, sacó una regla de cálculo de aspecto complicado, y se olvidó del mundo. Apenas levantó la vista cuando George y Harry, sintiéndose fuera de lugar, se despidieron cortésmente y desaparecieron.

—Como muchas otras cosas que ocurren hoy en día —concluyó Harry Purvis— todavía no conozco el resultado final de este encuentro. Me imagino que el profesor



McKenzie habrá encontrado algunas dificultades o a estas alturas habríamos oído algo sobre el proceso. Pero no me cabe la menor duda de que, tarde o temprano, lo perfeccionará, así que preparaos a vender vuestras acciones mineras...

Con respecto al doctor Romano, no estaba bromeando, aunque los médicos se equivocaron un poco en el diagnóstico. Duró un año entero, y supongo que el *Sea Spray* ayudó a que así fuera. Su cuerpo descansa en el Pacífico, y creo que al viejo le habría gustado. Ya os he dicho que era un ecologista fanático, y es muy divertido pensar que, incluso ahora, algún átomo suyo puede estar atravesando su criba molecular...

Observo algunas miradas incrédulas, pero es un hecho. Si se llena un vaso con agua, se tira al océano, se mezcla bien y después se llena un vaso con agua del mar, aún quedarán restos de moléculas del agua del primer vaso. Así que —emitió una risita horripilante— es sólo cuestión de tiempo el que tanto el doctor Romano como todos nosotros aportemos algo a la criba. Y con esto, caballeros, me despido de todos ustedes deseándoles muy buenas noches.

## LA ORQUÍDEA INDECISA

Muy pocos clientes de «El Ciervo Blanco» admitirían que los relatos de Harry Purvis sean *ciertos*, pero todos estarán de acuerdo en que algunos son más verosímiles que otros. Y en cualquier escala de probabilidades, el asunto de la orquídea indecisa ocuparía un lugar muy bajo.

No recuerdo qué táctica ingeniosa utilizó Harry para iniciar su relato; puede que algún aficionado a las orquídeas trajera su último engendro al bar y eso le proporcionara una buena excusa. No importa. Recuerdo la historia que, al fin y al cabo, es lo que cuenta.

Esta vez la aventura no estaba relacionada con ninguno de los numerosos parientes de Harry, y evitó explicar cómo se las había arreglado para conocer tantos detalles sórdidos. El héroe —si así puede llamársele— de esta epopeya de invernadero era un inofensivo oficinista, muy bajito, llamado Hércules Keating. Y si piensan que *ésta* es la parte más inverosímil del relato, esperen a lo que sigue.

Hércules no es un nombre que pueda llevarse con facilidad en la mayoría de los casos, y si a ello añadimos una estatura de cuatro pies y nueve pulgadas y el aspecto de necesitar un año de gimnasia incluso para poder parecer un alfeñique de noventa y siete libras, puede ser realmente vergonzoso. Quizá esto ayude a explicar el hecho de que Hércules tuviera muy poca vida social y que sus amigos fueran las macetas de un invernadero situado en la parte trasera de su jardín. Era de gustos sencillos y necesitaba poco dinero para vivir, gracias a lo cual había llegado a conseguir una colección de orquídeas y cactus realmente notable. Disfrutaba de muy buena reputación entre los cactófilos y a menudo recibía paquetes que olían a tierra y a selvas tropicales desde los lugares más remotos del globo.

A Hércules sólo le quedaba un pariente con vida, la tía Henrietta, y sería difícil encontrar dos personas más dispares. Se trataba de una mujer imponente, de seis pies de altura, que usaba trajes de «tweed» de hechura un tanto hombruna, conducía un Jaguar imprudentemente y fumaba puros, uno tras otro. Sus padres habían querido un chico, y nunca llegaron a convencerse de que su deseo no se hubiera cumplido. Henrietta se ganaba la vida —y ganaba bastante— con la crianza de perros de diferentes tamaños y razas. A menudo paseaba con dos de sus últimas adquisiciones, que no eran precisamente el tipo de canes portátiles que caben en el bolso de una dama. Las perreras Keating se especializaban en grandes daneses, alsacianos, san bernardos...

Henrietta consideraba a los hombres, con razón, como el sexo débil y, por tanto, no se había casado. Pero por alguna razón extraña, se tomaba un interés de tía (sí, esa es la palabra adecuada) por Hércules, y le visitaba casi todos los fines de semana. Mantenían una relación muy curiosa; es posible que Hércules contribuyera a reforzar

los sentimientos de superioridad de Henrietta. Si se le tomaba como un ejemplar típico del sexo masculino, habría que reconocer que se trataba de una especie realmente despreciable. Pero si éste era el motivo de la actitud de Henrietta, no era consciente de ello y parecía profesarle a su sobrino auténtico cariño. Mostraba hacia él una actitud protectora, pero amable.

Como era de esperar, su comportamiento no ayudaba precisamente a paliar el complejo de inferioridad de Hércules. Al principio, toleraba a su tía; después empezó a temer sus visitas, su voz atronadora y sus apretones de manos, capaces de romper los huesos a cualquiera y, al final, acabó por odiarla. Llegó un momento en que el odio se convirtió en el sentimiento dominante de su vida, por encima, incluso, del amor a sus orquídeas. Pero no se atrevía a mostrarlo, consciente de que si la tía Henrietta lo descubría, sería capaz de partirle en dos y arrojar los trozos a su manada de lobos.

No había forma alguna de que Hércules pudiera expresar sus sentimientos reprimidos. Tenía que mostrarse amable con la tía Henrietta, aunque sintiera deseos de asesinarla. Y se sentía así muy a menudo, pero sabía que nunca lo haría. Hasta que un día...

Según el vendedor, la orquídea provenía de «algún lugar de la región amazónica», dirección un tanto vaga. Cuando Hércules la vio por primera vez no le pareció demasiado atrayente, a pesar de gustarle tanto las orquídeas. Una raíz informe, del tamaño aproximado del puño de un hombre; eso era todo. Exhalaba un perfume como de putrefacción, un olor inconfundible a carroña. Hércules no estaba seguro de que pudiera crecer y así se lo dijo al vendedor, con la esperanza de adquirirla por un precio módico. La llevó a su casa sin mucho entusiasmo.

La planta no dio muestras de crecimiento durante el primer mes, pero Hércules no se preocupó por eso. Un día, apareció un minúsculo brote verde que empezó a trepar hacia la luz. Después, el avance fue rápido. Se desarrolló un tallo grueso y carnoso, tan grande como el antebrazo de un hombre, de un color verde virulento. Cerca de la parte superior del tallo, una serie de protuberancias muy curiosas rodeaban la planta; por lo demás, carecía totalmente de forma. Hércules parecía muy interesado; tenía la seguridad de haber descubierto una especie completamente nueva.

La velocidad de crecimiento era fantástica; pronto excedió a Hércules en altura, aunque esto no signifique mucho. Las protuberancias se desarrollaban, dando la impresión de que en cualquier momento la orquídea haría eclosión.

Hércules esperaba con ansiedad, sabiendo que algunas flores tienen una vida muy corta, y pasaba el mayor tiempo posible en el invernadero. A pesar de la vigilancia, la transformación ocurrió una noche mientras dormía.

Por la mañana, la orquídea apareció rodeada de ocho zarcillos que colgaban casi hasta llegar al suelo. Debían haberse desarrollado en el interior de la planta y brotado

con una velocidad inusitada para el mundo vegetal. Hércules se quedó mirando el fenómeno con incredulidad, y se fue a trabajar muy pensativo.

Aquella noche, mientras regaba la planta y comprobaba el estado de la tierra, observó un hecho aún más extraño. Los zarcillos aumentaban de grosor y no estaban completamente inmóviles. Mostraban una tendencia, ligera pero inconfundible, a vibrar, como si poseyeran vida propia. A pesar de su interés y entusiasmo, Hércules encontró esta circunstancia más que inquietante.

Días más tarde, ya no le quedaba la menor duda. Cuando se aproximaba a la orquídea, los zarcillos se inclinaban hacia él de una forma muy alarmante. La impresión de que tenía hambre era tan fuerte que Hércules empezó a sentirse muy incómodo, y una idea comenzó a rondarle la cabeza. Hubo de pasar algún tiempo antes de que recordara de qué se trataba; entonces se dijo a sí mismo: «¡Por supuesto! ¡Qué tonto soy!», y se dirigió a la biblioteca local. Allí pasó media hora muy provechosa, releendo un librito escrito por un tal H. G. Wells, titulado «La floración de la orquídea extraña».

«¡Dios mío!», pensó Hércules cuando hubo terminado el relato. Hasta el momento no había apreciado en su planta ningún aroma soporífero capaz de subyugar a una posible víctima, pero las demás características se parecían demasiado. Hércules regresó a su casa muy agitado.

Abrió la puerta del invernadero y observó la avenida de plantas, hasta que su vista alcanzó a la reina de todas ellas. Examinó con cuidado la largura de los zarcillos —se sorprendió llamándolos tentáculos— y se acercó hasta donde le pareció una distancia prudencial. La planta daba la impresión de estar alerta y al acecho, actitudes más propias del reino animal que del vegetal. Hércules recordó la infortunada historia del doctor Frankenstein y no le pareció demasiado divertido.

¡Pero aquello era ridículo! Semejantes cosas no ocurrían en la vida real. Bueno, sólo había una forma de comprobarlo...

Hércules fue a la casa y volvió a los pocos minutos con una escoba, en cuyo extremo había colocado un trozo de carne cruda. Sintiendo como un idiota, avanzó hacia la orquídea del mismo modo que un domador de leones se acercaría a una de sus fieras a la hora de comer.

No pasó nada al principio. Pero un instante después, dos zarcillos se retorcieron bruscamente. Empezaron a contraerse hacia delante y hacia atrás, como si la planta estuviera tomando una decisión. De improviso, se movieron a tal velocidad, que prácticamente se hicieron invisibles. Se enroscaron alrededor de la carne y Hércules notó un estirón en el extremo de la escoba. La carne desapareció en un momento; la orquídea la sostenía contra su pecho —si es que puede utilizarse tal metáfora.

—¡Por las barbas del Profeta!— gritó Hércules, que no se permitía muy a menudo semejante lenguaje.

La orquídea no volvió a mostrar signos de vida durante veinticuatro horas. Estaba esperando a que la carne estuviera un poco pasada y desarrollando, al mismo tiempo, su aparato digestivo. Al día siguiente, una red de lo que parecían raíces cortas cubría la carne, aún visible. Por la noche, la carne había desaparecido. La planta había probado el sabor de la sangre.

Las emociones de Hércules mientras observaba a su favorita eran muy confusas. A veces, casi le producía pesadillas, y vislumbraba todo tipo de horribles acontecimientos. La orquídea era por entonces muy grande y si él se colocaba al alcance de sus garras, no tendría escapatoria. Pero no correría el menor riesgo. Había instalado un sistema de tuberías para regarla a una distancia conveniente, y en cuanto al alimento menos ortodoxo, se limitaba a arrojarlo al alcance de sus tentáculos. Comía una libra de carne cruda al día, pero Hércules pensaba con desasosiego que sería capaz de engullir mayores cantidades si tuviera la oportunidad de hacerlo. El sentimiento de triunfo por haber conseguido semejante maravilla botánica superaba sus escrúpulos naturales. Cuando quisiera, podría convertirse en el cultivador de orquídeas más famoso del mundo. Era muy propio de sus cortas luces el que no se le ocurriera pensar que otras personas, aparte de los aficionados a las orquídeas, pudieran interesarse por su mascota.

La criatura medía ya seis pies, y parecía que aún seguiría creciendo, aunque mucho más lentamente que hasta entonces. Hércules había quitado el resto de las plantas de aquella parte del invernadero, no tanto por temor al canibalismo, sino para poder cuidarlas sin peligro. Había tendido una cuerda a lo largo de la nave central para evitar el riesgo de que, accidentalmente, quedara al alcance de aquellos ocho brazos colgantes.

Era evidente que la orquídea poseía un sistema nervioso muy desarrollado y algo que podía aproximarse a inteligencia. Sabía cuándo la iban a alimentar y mostraba señales inconfundibles de alegría. Lo más fantástico —aunque Hércules aún no estaba seguro— era que podía producir sonidos. A veces, antes de la comida, le parecía oír un silbido increíblemente agudo, rayano con el límite de audibilidad. Un murciélago recién nacido emitiría un sonido semejante; se preguntaba qué finalidad tendría. ¿Acaso atraía la orquídea a su presa mediante la emisión de sonidos? Si así fuera, el truco no funcionaría con él.

Mientras Hércules hacía estos descubrimientos tan interesantes, su tía Henrietta seguía dándole la lata, y sus sabuesos atacándole. Porque lo cierto es que no estaban tan bien educados como su tía pretendía. Venía zumbando en su coche los domingos por la tarde, con un perro en el asiento delantero y otro ocupando la mayor parte del maletero. Después subía las escaleras de dos en dos, ensordecía a Hércules con sus saludos, le paralizaba con un apretón de manos y le lanzaba el humo de su puro en plena cara. Hubo un tiempo en que le atemorizó la idea de que le besara, pero pronto

comprendió que un comportamiento tan afeminado era totalmente imposible.

La tía Henrietta despreciaba bastante las orquídeas de Hércules. Opinaba que emplear el tiempo libre en un invernadero era un entretenimiento decadente. Su válvula de escape consistía en ir de caza mayor a Kenya. Esto no contribuía a aumentar las simpatías de Hércules, que detestaba los deportes sangrientos. Pero, a pesar del odio que le inspiraba su arrolladora tía, todas las tardes de domingo preparaba puntualmente el té y mantenían un «tete-á-tete» de lo más amistoso, al menos en apariencia. Henrietta nunca llegó a sospechar que Hércules, mientras servía el té, deseaba que estuviera envenenado; tras su máscara de rudeza se escondía un gran corazón y el conocimiento de tal deseo la hubiera herido profundamente. Hércules no habló a su tía del pulpo vegetal. A veces, le mostraba los ejemplares más interesantes, pero éste quería mantenerlo en secreto. Quizá antes de planear con todo detalle el diabólico plan, su subconsciente ya preparaba el terreno...

Un domingo por la noche, ya muy tarde, cuando el rugido del Jaguar acababa de desvanecerse en la oscuridad y Hércules se encontraba en el invernadero tratando de recobrar el equilibrio nervioso, la idea se le presentó, totalmente definida, en su mente. Estaba contemplando la orquídea, observando que los zarcillos habían alcanzado el grosor del pulgar de un hombre, cuando una imagen muy placentera apareció ante sus ojos. Se imaginó a la tía Henrietta en poder del monstruo, luchando en vano por escapar de las garras carnívoras. ¿Por qué no? Sería el crimen perfecto. El sobrino, enloquecido, llegaría demasiado tarde al lugar de los hechos para prestarle ayuda y, cuando la policía atendiera su frenética llamada, podrían comprobar que se trataba de un desgraciado accidente. Por supuesto que habría una investigación, pero el comisario sería benévolo a la vista de la tristeza evidente de Hércules...

Mientras más lo pensaba, más le gustaba la idea. No podía haber ningún fallo, con tal que la orquídea cooperase. Ese era el principal problema. Tendría que llevar a cabo un plan de entrenamiento con aquella criatura. Ya tenía un aspecto realmente diabólico, pero debía de cuidar todos los detalles, para que actuara de acuerdo con su apariencia.

Teniendo en cuenta que no poseía experiencia alguna en tales asuntos, y que no podría consultar con ninguna autoridad en la materia. Hércules adoptó una táctica prudente, como si de un negocio se tratase. Suspendió varios trozos de carne del extremo de una caña de pescar, fuera del alcance de la orquídea, hasta conseguir que la criatura agitara los tentáculos con desesperación. En esos momentos sus fuertes silbidos podían oírse con claridad, y Hércules se preguntaba cómo podía producir el sonido. También se preguntaba cuáles serían sus órganos de percepción, pero esto constituía otro misterio imposible de resolver sin un acercamiento peligroso. Si todo iba bien, quizá tía Henrietta tendría la oportunidad de descubrir estos hechos tan interesantes, aunque seguramente estaría demasiado ocupada en aquellos momentos

como para que la posteridad pudiera beneficiarse de ellos. No cabía duda de que la bestia era lo suficientemente poderosa como para entendedérselas con su presunta víctima. Una vez había arrebatado una escoba de las manos de Hércules y, aunque ello en sí probase muy poco, el terrible «crac» de la madera un momento más tarde había provocado una sonrisa de satisfacción en los finos labios del entrenador. Empezó a mostrarse mucho más amable y atento con su tía. Se convirtió en un sobrino modelo en todos los sentidos.

Cuando Hércules consideró que sus tácticas de picador<sup>[7]</sup> habían puesto a la orquídea en el estado adecuado, se preguntó si debería ponerla a prueba con carnaza viva. Este problema le preocupó durante varias semanas, en las que miraba con ojos calculadores a cada gato o perro que transitaba por la calle, pero finalmente abandonó la idea, por una razón muy peculiar. Tenía demasiado buen corazón para llevarla a la práctica. Tía Henrietta sería la primera víctima.

No dio de comer a la orquídea durante las dos semanas previas a su plan. No se atrevió a dejar pasar más tiempo; no quería debilitar a la bestia, sino simplemente aumentar su apetito, para que el resultado del encuentro fuera el previsto. Y un buen día, después de llevar las tazas a la cocina, se sentó de cara al humo del puro de tía Henrietta y dijo inocentemente:

—Me gustaría enseñarte una cosa, tía. Quiero darte una sorpresa. Vas a morirte de risa.

Pensó que no era una descripción demasiado exacta, pero podía dar una idea general.

La tía se quitó el puro de la boca y miró a Hércules con auténtico asombro.

—¡Vaya! —bramó—. No gana una para sorpresas. ¡Qué habrás estado haciendo, sinvergüenza!

Le dio una palmada amistosa en la espalda que le hizo expulsar todo el aire de sus pulmones.

—No te lo puedes imaginar —dijo Hércules tras recobrar el aliento—. Está en el invernadero.

—¿Cómo? —exclamó la tía evidentemente confusa.

—Sí, ven a echar un vistazo. Va a causarte verdadero asombro.

La tía dio un bufido, que podía haber indicado incredulidad, pero siguió a Hércules sin más preguntas. Los dos alsacianos, muy ocupados en comerse la alfombra, la miraron ansiosamente y se levantaron, pero ella los alejó con un movimiento de la mano.

—No preocupaos, chicos —gritó bruscamente—. Volveré dentro de un minuto.

Hércules no lo creyó muy probable. Era una tarde oscura y las luces del invernadero estaban apagadas. Cuando entraron, la tía bufó:

—Dios mío. Hércules, este lugar huele como un matadero. No recuerdo una peste

semejante desde que maté a un elefante en Bulawayo y tardamos una semana en encontrarlo.

—Lo siento, tía —se disculpó Hércules mientras la conducía a través de las tinieblas—. Estoy usando un nuevo fertilizante. Produce unos resultados sorprendentes. Vamos..., un par de yardas más. Quiero que sea una auténtica sorpresa.

—Espero que no se trate de una broma —dijo la tía en tono de sospecha, mientras proseguía la marcha con determinación.

—Te aseguro que no es ninguna broma —contestó Hércules con la mano en el interruptor de la luz. Podía ver la protuberancia amenazante de la orquídea; la tía se encontraba a diez pies de ella. Esperó hasta que llegó a la zona de peligro, y pulsó el interruptor. La estancia quedó iluminada por una luz fría. Tía Henrietta se detuvo, con los brazos en jarras, delante de la orquídea gigante. Hércules creyó que se retiraría antes de que la planta entrara en acción, pero, unos segundos más tarde, vio que la observaba tranquilamente, incapaz de hacerse una idea de qué demonios era aquello. Pasaron cinco segundos hasta que la orquídea empezó a moverse. Entonces, los tentáculos colgantes se pusieron en acción, pero no en la forma que Hércules esperaba. La planta los dobló cuidadosamente, pero en torno a *sí misma*, como protegiéndose, y emitiendo al mismo tiempo un grito de auténtico terror. Hércules comprendió la triste realidad en un momento de indescriptible desilusión.

Su orquídea era una cobarde redomada. Era capaz de afrontar los peligros de la vida salvaje del Amazonas, pero al enfrentarse con tía Henrietta su valor se había venido abajo.

En cuanto a su presunta víctima, se quedó mirando a la criatura con perplejidad, que pronto se convirtió en una actitud muy diferente. Giró sobre sus talones y apuntó a su sobrino con un dedo acusador.

—¡Hércules! —bramó—. La pobrecilla está muerta de miedo. *¿Has estado maltratándola?*

Hércules permanecía de pie con la cabeza colgando, avergonzado y frustrado.

—No, no, tía —acertó a decir—. Debe ser nerviosa por naturaleza.

—Bueno, estoy acostumbrada a tratar con animales. Deberías haberme avisado antes. Hay que tratarlos con firmeza, pero con suavidad al mismo tiempo. La dulzura da siempre buenos resultados, con tal de que aprendan a distinguir quién es el amo. Venga, venga, pequeñita, no tengas miedo de la tía; no va a hacerte daño.

Era una visión repugnante, pensó Hércules en su negra desesperación. Con sorprendente delicadeza, tía Henrietta empezó a hacer mimos a la bestia, dándole golpecitos y acariciándola hasta que los tentáculos se relajaron y el grito penetrante se desvaneció. Hércules salió apresuradamente, conteniendo un gemido, al ver como uno de los tentáculos avanzaba y empezaba a acariciar los dedos nudosos de



Henrietta.

Desde entonces es un hombre acabado. Y lo que es peor, nunca pudo escapar a las consecuencias de su crimen malogrado. Henrietta tenía una nueva mascota y a veces le visitaba no sólo los fines de semana, sino dos o tres veces entre semana. Evidentemente, no confiaba en que Hércules tratara a la orquídea adecuadamente, y aún sospechaba que la maltrataba. Traía piltrafas sabrosísimas, que incluso los perros rechazaban pero que la orquídea aceptaba encantada. El olor, que hasta entonces se había limitado al invernadero, empezó a introducirse en la casa...

Y así continúa la situación, concluyó Harry Purvis, dando por finalizado este relato tan inverosímil, para satisfacción de, al menos, dos de las partes interesadas. La orquídea es feliz y tía Henrietta, puede ejercer, sin duda, su dominio sobre otra criatura. La bestia sufre un ataque de nervios cada vez que un ratón se cuele en el invernadero, y Henrietta se desvive por consolarla.

En cuanto a Hércules, no hay posibilidad de que vuelva a causar problemas a ninguna de las dos. Parece como si se hubiera sumido en una especie de abulia vegetal; en realidad, añadió Harry pensativamente, cada día se parece más a una orquídea.

De una especie inofensiva, por supuesto...

# GUERRA FRÍA

Una de las cosas que hacen que los relatos de Harry Purvis sean tan convincentes es la exactitud de los detalles. Consideremos, por ejemplo, el siguiente caso. He comprobado los lugares y las circunstancias —tuve que hacerlo para escribir estos cuentos— y todo parece encajar. ¿Cómo se explica? A no ser que...; pero juzguen Vds. mismos.

—Muchas veces he encontrado en los periódicos —empezó a decir Harry— retazos de información muy prometedores, cuyas consecuencias se descubren, a veces, varios años más tarde. Veamos un ejemplo muy adecuado. En la primavera de 1954— verifiqué la fecha; era el 19 de abril— apareció la noticia de que se había encontrado un iceberg a la altura de la costa de Florida.

Recuerdo que al leerlo me pareció muy extraño. Como todos sabéis, la Corriente del Golfo tiene su origen en el estrecho de Florida; no me cabía en la cabeza cómo un iceberg podía haber llegado tan al sur sin derretirse. Pero lo olvidé casi por completo inmediatamente, pensando que se trataba de una de esas invenciones que los periódicos son tan aficionados a publicar cuando no encuentran noticias reales.

Hace poco más de una semana, me encontré a un amigo que había sido comandante de la Marina de los Estados Unidos, y me contó toda la historia. Es tan sorprendente que debería conocerse mejor, aunque estoy seguro de que muchos de vosotros no me creeréis.

Los que estéis al tanto de los asuntos internos americanos sabréis que la pretensión de Florida de ser el «Estado del Sol» se la disputan algunos de los otros cuarenta y siete miembros de la Unión.

No puede decirse que Nueva York o Maine o Connecticut sean rivales muy serios, pero el estado de California considera la pretensión de Florida casi como una ofensa personal, y hace cuanto puede para rebatirla. Los habitantes de Florida devuelven el golpe sacando a relucir las famosas nieblas de Los Ángeles, a lo que los californianos responden, con cierta sorna: «¿No va siendo hora de que tengáis otro huracán?», y de nuevo los floridanos contestan: «Podéis contar con nosotros para ayudaros en el próximo terremoto». Y así hasta el infinito.

Aquí es cuando mi amigo el comandante Dawson entra en escena. El comandante había prestado servicio en submarinos, pero ya estaba retirado. Trabajaba como asesor técnico en una película sobre las hazañas de la flota de submarinos, cuando le propusieron algo realmente extraño. No diré que la Cámara de Comercio de California respaldara el proyecto, porque podría considerarse como calumnia, pero podéis sacar vuestras propias conclusiones...

Desde luego, la idea era propia de un típico montaje de Hollywood. Así lo creí al principio, hasta que recordé cómo el viejo Lord Dunsany <sup>[8]</sup> había utilizado un tema

similar para uno de sus relatos. Posiblemente el patrocinador californiano fuera un admirador de Jorkens, como yo.

La idea era maravillosa, osada y sencilla a la vez. Ofrecieron una considerable suma de dinero al comandante Dawson para que pilotase un iceberg artificial a Florida, más una prima si lograba mantenerlo en la playa de Miami en plena época de vacaciones.

No es necesario decir que el comandante aceptó rápidamente; había nacido en Kansas, por lo que podía considerar el asunto como una proposición estrictamente comercial. Reunió parte de su antigua tripulación, les hizo jurar que mantendrían el secreto y, tras largas esperas en los pasillos de Washington, consiguió que le prestaran un submarino en desuso. Fue a una importante empresa de aparatos de aire acondicionado, les convenció de su buena reputación y sano juicio, e hizo que le instalaran una cámara frigorífica en el interior de una ampolla en la cubierta del submarino.

Se necesita una cantidad de energía impresionante para obtener un iceberg sólido, incluso uno pequeño, por lo que tuvieron que adoptar ciertas medidas. Freda la Frígida —que así lo bautizaron— llevaría una capa exterior de hielo de dos pies de espesor, pero sería hueca. Tendría un aspecto impresionante desde el exterior, pero en su interior no sería más real que un decorado de Hollywood. Sin embargo, nadie podría descubrir sus secretos íntimos, a excepción del comandante y sus hombres. Lo soltarían a la deriva cuando los vientos y corrientes dominantes fueran favorables, durante el tiempo necesario para provocar la alarma y el desaliento previstos.

Por otra parte, había que resolver un sinfín de problemas prácticos. Se necesitarían varios días de refrigeración ininterrumpida para crear a Freda, y la botadura habría de llevarse a cabo lo más cerca posible de su objetivo. Esto significaba que el submarino —que llamaremos *Marlin*— tendría que utilizar una base no lejos de Miami.

Se consideraron los Cayos de Florida, pero inmediatamente se descartó esta posibilidad. No podría guardarse el secreto, porque el número de pescadores en esa zona excede al de mosquitos, y descubrirían el submarino rápidamente.

Incluso si el *Marlin* simulaba no ser más que un submarino de contrabandistas, no podría pasar desapercibido. Rechazaron el plan sin más cavilaciones.

El comandante tuvo que considerar otro problema. Las aguas costeras de Florida son poco profundas y, aunque el calado de Freda no excedería los dos pies, todo el mundo sabe que la mayor parte de un iceberg como Dios manda está sumergida. No resultaría muy realista un iceberg impresionante navegando sobre dos pies de agua. Bastaría para descubrir el truco inmediatamente.

No sé con exactitud cómo solucionó el comandante estos problemas técnicos, pero supongo que hizo varias pruebas en el Atlántico, lejos de las rutas de

navegación. El iceberg al que se refería la noticia fue uno de sus primeros intentos. Ni Freda ni sus hermanos, por cierto, hubieran supuesto peligro alguno para la navegación; al ser huecos, se habrían roto con el choque.

Finalmente, todos los preparativos estuvieron listos. El *Marlin* se hizo a la mar en el Atlántico, a cierta distancia en dirección norte de Miami, con el equipo refrigerador a pleno rendimiento. Era una noche excepcionalmente clara, con la luna en cuarto creciente asomándose por el oeste. El *Marlin* no llevaba luces de navegación, pero el comandante Dawson mantenía una vigilancia muy estrecha para evitar posibles colisiones con otros barcos. En una noche como aquella, sería posible eludirlos sin ser descubiertos.

Freda se encontraba aún en estado embrionario. Supongo que utilizaron el procedimiento de inflar una gran bolsa de plástico con aire frío y rociarla con agua hasta formar una capa de hielo. Retirarían la bolsa cuando el hielo tuviera el espesor suficiente como para mantenerse a flote por su propio peso. El hielo no es buen material desde el punto de vista estructural, pero no había necesidad de que Freda fuera muy grande. La Cámara de Comercio de Florida quedaría tan desconcertada ante un iceberg, por muy pequeño que éste fuera, como una mujer soltera ante un bebé.

El comandante Dawson se encontraba en la torreta, supervisando a los hombres que trabajaban con los rociadores de agua helada y los inyectores de aire frío. Estaban ya muy adiestrados en esta ocupación tan poco corriente, y se complacían en añadir pequeños toques artísticos aquí y allá, como por ejemplo reproducir a Marilyn Monroe en hielo, cosa que prohibió inmediatamente, aunque archivó la idea para futuros trabajos.

Unos segundos después de medianoche le sorprendió un fogonazo de luz en el cielo, hacia el norte, y se volvió justo a tiempo para ver desaparecer un destello rojo en el horizonte.

«¡Un avión, capitán!», gritó uno de los vigías. «¡Acaba de estrellarse!»

Sin vacilar, el comandante llamó a la sala de máquinas y viró rumbo al norte. Recordaba con precisión el lugar donde se produjo el destello y calculó que estaría sólo a unas cuantas millas de distancia. La presencia de Freda, que cubría la mayor parte de la popa, no afectaría demasiado a la velocidad y, de todos modos, no había forma alguna de deshacerse de ella con rapidez. Paró los congeladores para que los motores principales ganaran potencia y ordenó proseguir a toda máquina.

Al cabo de unos treinta minutos el vigía, utilizando unos prismáticos muy potentes, especiales para la oscuridad, descubrió algo sobre el agua.

«Todavía flota», dijo. «Desde luego se trata de un aeroplano, pero no veo ninguna señal de vida. Y creo que las alas se han desprendido.»

Apenas había terminado de hablar cuando llegó el informe urgente de otro vigía.

«¡Mire, capitán, a treinta grados a estribor! ¿Qué es eso?»

El comandante Dawson se volvió bruscamente y le arrebató los prismáticos. Entonces observó un pequeño objeto oval girando sobre su eje, apenas visible sobre el agua.

«¡Vaya, vaya!», exclamó. «Me temo que tenemos compañía. Eso es una antena de radar; aquí hay otro submarino.»

Inmediatamente se animó.

«A pesar de todo, es posible que nos mantengamos fuera de este asunto», comentó al segundo de a bordo. «Esperaremos hasta asegurarnos de que inician operaciones de rescate, y entonces nos largaremos.» «A lo mejor tenemos que sumergirnos y abandonar a Freda. No olvide que ya nos habrán descubierto con el radar. Será mejor que disminuyamos la velocidad y nos comportemos como un auténtico iceberg.»

Dawson asintió silenciosamente y dio la orden. Aquello empezaba a complicarse y podía ocurrir cualquier cosa en los próximos minutos. El otro submarino habría observado al *Marlin* como un simple puntito en la pantalla del radar, pero tan pronto como utilizaran el periscopio, el comandante empezaría las investigaciones y, entonces, la suerte estaría echada.

Dawson analizó la táctica a seguir. Decidió que lo mejor sería explotar al máximo su camuflaje. Dio la orden de virar, de tal manera que la popa del *Marlin* apuntase hacia el intruso aún sumergido. Cuando el otro submarino emergiera, su comandante se llevaría una sorpresa mayúscula al ver un iceberg, pero Dawson esperaba que estuviera demasiado ocupado con las operaciones de rescate como para preocuparse de Freda.

Dirigió los prismáticos hacia los restos del avión, y se llevó el segundo susto. Era un tipo de avión muy peculiar; había algo raro...

«Pero, ¡claro!», dijo Dawson al primer oficial. «Deberíamos haber pensado en esto, no se trata de un avión en absoluto. Es un proyectil de la base de Cacao... mire, ahí están las bolsas de flotación. Deben haberse inflado con el impacto, y el submarino está esperando aquí para recogerlo.»

Acababa de recordar que había una base de lanzamiento de proyectiles en la costa este de Florida, en un lugar con un nombre tan curioso como Cacao, en el aún más curioso río Banana. Bueno, al menos nadie corría peligro, y si el *Marlin* se quedaba quietecito tendrían una ocasión inmejorable para divertirse.

Pararon los motores para poder controlar mejor la situación y mantenerse escondidos tras su camuflaje. Freda era lo suficientemente grande como para disimular la torreta, y desde lejos, incluso con mayor iluminación, el *Marlin* sería totalmente invisible. Existía una posibilidad terrible, sin embargo. El otro submarino podía bombardearlos si los consideraba un peligro para la navegación. Pero no;

simplemente los denunciarían por radio a los guardacostas, lo que supondría una molestia, pero no una interferencia para sus planes.

«¡Aquí llega!», exclamó el primer oficial. «¿De qué clase es?»

Ambos miraron por los prismáticos, cuando el submarino, chorreando agua por los costados, emergió de las aguas ligeramente fosforescentes del océano. La luna casi había desaparecido, por lo que era difícil apreciar detalles. Dawson se alegró al ver que la antena del radar había dejado de girar y apuntaba hacia el proyectil. Sin embargo, había algo extraño en la forma de aquella torreta...

Dawson tragó saliva, se llevó el micrófono a los labios y susurró a los tripulantes perdidos en las entrañas del *Marlin* «¿Hay alguien ahí abajo que hable ruso...?»

Se produjo un largo silencio, tras el cual el oficial de máquinas trepó a la torreta.

«Yo hablo un poco, capitán», dijo. «Mis abuelos eran ucranianos. ¿Qué ocurre?»

«Eche un vistazo», contestó Dawson severamente. «Ahí abajo hay un pez muy interesante. Creo que deberíamos pescarlo...»

Harry Purvis tiene la enervante costumbre de pararse justo en el momento en que un relato va a llegar a su punto culminante y pedir otra cerveza o, más a menudo, hacer que alguien le invite a una. Le he visto hacerlo tantas veces, que puedo precisar cuándo va a llegar ese momento culminante por el nivel de cerveza de su vaso. Tuvimos que esperar, armados de paciencia, mientras reponía combustible.

—El comandante del submarino ruso tuvo muy mala suerte —dijo pensativamente—. Supongo que le fusilarían cuando regresó a Vladivostok, o donde fuera. Porque ¿qué comisión investigadora podría creer su historia? Si fue lo suficientemente estúpido como para contar la verdad, tendría que haber dicho: «Nos encontrábamos a la altura de la costa de Florida cuando un iceberg nos gritó en ruso: ‘¡Ustedes perdonen, pero creo que eso es *nuestro*!’» Como habría un par de miembros del Departamento de Vigilancia Militar a bordo, el pobre hombre tendría que inventarse *algo*, pero en cualquier caso, no sería muy convincente...

Tal y como Dawson había previsto, el submarino ruso huyó tan pronto como supo que había sido descubierto. Y, recordando que él era un oficial de la reserva, y que la obligación para con su país era más importante que cualquier compromiso contraído con un solo estado, el comandante del *Marlin* no pudo elegir más que un camino. Recogió el proyectil, descongeló a Freda, y puso rumbo a Cacao, previo envío de un mensaje por radio, que provocó gran agitación en el Departamento de Marina e inició una desbandada general de bombarderos hacia el Atlántico. Quizá Iván el Inquisitivo nunca llegó a Vladivostok, después de todo...

Las explicaciones consiguientes fueron un tanto embarazosas, pero supongo que el rescate del proyectil les parecería tan importante que nadie haría demasiadas preguntas acerca de la guerra privada del *Marlin*.

La arremetida contra Miami quedó en el olvido, al menos hasta la temporada

siguiente. Es agradable saber que ni siquiera los patrocinadores del proyecto, a pesar de haber perdido mucho dinero, quedaron demasiado descontentos. Todos tienen un certificado firmado por el jefe de Operaciones Navales, agradeciéndoles los servicios prestados al país, aunque no se especifica de qué servicios se trata, y provocan tal envidia y confusión entre sus amigos de Los Ángeles, que no se desharían de ellos por nada del mundo...

Pero no debéis creer que el proyecto se ha olvidado por completo; conociendo a los publicitarios americanos, sería impensable. Freda estará inactiva ahora, pero algún día la reanimarán. Todos los planes están a punto, incluyendo detalles mínimos como la presencia casual de una unidad de filmación de Hollywood en la playa de Miami, cuando Freda aparezca en el Atlántico.

Esta es una de esas historias que no desembocan en un final feliz. Ya han tenido lugar las escaramuzas preliminares, pero el desenlace está aún por llegar. A menudo, me pregunto: *¿Qué medidas tomará Florida contra los californianos cuando descubra lo que han tramado? ¿Alguna sugerencia ?*

## UN ASUNTO DE GRAVEDAD

Una de las razones por las que nunca me muestro muy explícito con respecto a la situación exacta de «El Ciervo Blanco» es, para ser sincero porque no queremos más gente. No se trata simplemente de una actitud egoísta; tenemos que hacerlo para protegernos. En cuanto se propaga la noticia de que los científicos, editores y escritores de ciencia ficción se reúnen en un determinado lugar, empiezan a dejarse ver los tipos más extraños. Gente rara con nuevas teorías sobre el universo, personajes «iluminados» por la Dianética, (Dios sabe cómo serían antes), damas espirituales capaces de ponerse en plan clarividente a la cuarta ginebra... y éstos son los especímenes menos exóticos. Los peores son los Brujos Voladores; aún no se ha descubierto más antídoto contra ellos que llevarles al paredón.

En un día aciago, uno de los máximos portavoces de la religión del Platillo Volante descubrió nuestro escondrijo y cayó sobre nosotros con gritos estridentes de satisfacción. Sin duda pensó que aquí encontraría terreno fértil para sus actividades misioneras. Las personas ya interesadas en los vuelos espaciales, algunas de las cuales incluso escribían libros sobre su realización inmediata, serían presas fáciles. Abrió su maletín negro y sacó de él las últimas novedades sobre platillos volantes.

Se trataba de una buena colección. Había varias fotografías de platillos volantes tomadas por un astrónomo aficionado que vive al lado del Observatorio de Greenwich, y cuya cámara había registrado tal cantidad de naves espaciales, de todos los tamaños y formas, que uno se pregunta qué harán los profesionales del edificio vecino para justificar sus sueldos. A continuación nos mostró el testimonio de un caballero de Tejas que había mantenido recientemente una charla con los ocupantes de un platillo que se habían parado a descansar camino de Venus. Por lo visto, el lenguaje no había supuesto ningún inconveniente; diez minutos de agitar los brazos habían sido suficientes para pasar del «Yo, hombre. Esto, Tierra» a informaciones esotéricas sobre el uso de la cuarta dimensión en los viajes espaciales.

La obra maestra, sin embargo, era una exaltada carta de un personaje de Dakota del Sur a quien los extraterrestres, invitándole a subir a un platillo volante, habían llevado a dar una vuelta por la luna. Explicaba con cierta largueza cómo el platillo funcionaba impulsándose a través de líneas magnéticas, parecido a una araña escalando su tela.

Fue en ese momento cuando Harry Purvis se rebeló. Había escuchado con dignidad profesional unas historias que ni siquiera él se hubiera atrevido a inventar porque, como todo experto, conocía el límite de credulidad de su auditorio. Cuando oyó lo de las líneas de fuerza magnética, su formación científica pudo más que su abierta admiración por estos aventureros de última hora, e hizo un gesto de disgusto.

—Eso no tiene sentido —dijo—. Puedo demostrarlo; el magnetismo es mi



especialidad.

—La semana pasada —replicó Drew con dulzura mientras llenaba dos vasos de cerveza a la vez— dijiste que tu especialidad es la estructura molecular.

Harry le dedicó una sonrisa de superioridad.

—Yo soy un especialista *general* —dijo con arrogancia—. Volviendo a donde estaba antes de la interrupción, lo que quiero dejar claro es que no existe semejante línea de fuerza magnética. Es una convención matemática, exactamente igual que las líneas de longitud y latitud. Si alguien asegurara haber inventado una máquina que funcionase moviéndose a través de paralelos de latitud, todos sabrían inmediatamente que estaba diciendo tonterías. Pero como muy pocas personas saben algo acerca del magnetismo, y como suena muy misterioso, idiotas como ese de Dakota del Sur engañan a la gente con estupideces tales como lo que acabamos de escuchar.

Hay algo muy característico de «El Ciervo Blanco»: podemos pelearnos, pero demostramos una solidaridad impresionante en momentos de crisis. Todos pensamos que había que hacer algo con el visitante intruso, aunque sólo fuera porque estaba interfiriendo en el serio asunto de beber. Los fanatismos de cualquier tipo tienen la cualidad de ensombrecer la reunión más alegre, y varios clientes habían mostrado signos de querer marcharse, a pesar de que aún faltaban dos horas para cerrar.

De modo que cuando Harry continuó su ataque, inventando la historia más descabellada que jamás haya contado en «El Ciervo Blanco», nadie le interrumpió ni trató de poner en evidencia los puntos débiles de la narración. Sabíamos que Harry lo hacía por todos nosotros, combatiendo el fuego con fuego, por así decirlo. Y como sabíamos que no esperaba que le creyésemos (si es que alguna vez lo esperó), simplemente nos arrellanamos en nuestros asientos dispuestos a divertirnos.

—Si quiere usted saber cómo se propulsa una nave espacial, y conste que no digo nada a favor ni en contra de la existencia de platillos volantes, será mejor que se olvide del magnetismo. La clave del asunto está en la gravedad; esa es la fuerza básica del Universo, al fin y al cabo. Pero se trata de una fuerza muy astuta, que no se deja dominar con facilidad, y si no me cree, escuche lo que le ocurrió a un científico en Australia hace tan sólo un año. Supongo que no debería contárselo, porque no sé si aún es materia reservada, pero si surge algún problema juraré que no he dicho ni media palabra.

Los australianos, que como usted sabrá, siempre han sido auténticos linceas para la investigación científica, mantenían un equipo que trabajaba con reactores rápidos, esas bombas atómicas amansadas que son mucho más compactas que las antiguas pilas de uranio. El jefe del grupo era un físico nuclear, joven y un tanto impetuoso, a quien llamaremos doctor Cavor. Ese no era su verdadero nombre, por supuesto, pero le cuadra perfectamente. Estoy seguro de que todos recordaréis al científico Cavor que aparecía en *Los primeros hombres en la Luna*, de Wells, y el maravilloso material

que descubrió, la cavorita, capaz de contrarrestar la gravedad.

Me temo que nuestro querido Wells no profundizó demasiado en la cuestión de la cavorita. Tal y como él la presentaba, era insensible a la gravedad, de la misma forma en que una lámina de metal es insensible a la luz. Por tanto, cualquier cosa colocada por encima de una lámina horizontal de cavorita carecería de peso y flotaría en el espacio.

Pero no es tan simple. El peso representa energía —una cantidad enorme de energía— que no puede destruirse sin más ni más. Supone un tremendo esfuerzo conseguir que un objeto, incluso uno pequeño, no pese nada.

Las pantallas antigravitatorias del tipo de la cavorita, por tanto, son prácticamente imposibles; pertenecen al mismo grupo que el movimiento perpetuo.

—Tres amigos míos han construido máquinas de movimiento perpetuo —empezó a decir el intruso remilgadamente. Harry no le dejó ir más lejos. Ignorando la interrupción, prosiguió el relato.

—Nuestro doctor Cavor australiano no intentaba descubrir la antigravedad ni nada por el estilo. En ciencia pura, puede darse por seguro que nunca se descubre nada importante cuando se busca; en eso consiste la mitad de la diversión.

El doctor Cavor estaba interesado en producir potencia atómica; lo que encontró fue la antigravedad. Y pasó bastante tiempo antes de que se diera cuenta de lo que había descubierto.

Supongo que ocurrió de la siguiente manera: el diseño del reactor era nuevo y bastante audaz, con más de una posibilidad de que explotara al insertar las últimas piezas de material fisible. Por eso se acabó de montar por control remoto, en uno de los numerosos desiertos de Australia, y las últimas operaciones se observaron por televisión. No se produjo ninguna explosión; y en caso de haberse producido, habría originado un zafarrancho radiactivo muy desagradable, además de desperdiciar mucho dinero, pero no habría causado daño a nada salvo a la reputación de los fabricantes. Ocurrió algo mucho más complicado, y mucho más difícil de explicar.

Cuando la última pieza de uranio enriquecido quedó insertada y se tiró de las barras de regulación, y el reactor llegó al punto de criticidad, todo se paró. Los contadores de la sala de control remoto, a dos millas de distancia del reactor, bajaron a cero. La pantalla de televisión quedó en blanco. Cavor y sus colegas esperaron a que sonara la detonación, pero no se produjo. Se miraron unos a otros haciendo mil conjeturas y, sin cruzar una palabra, salieron de la cámara de control subterránea.

El edificio que albergaba el reactor no había sufrido ningún percance; allí seguía, en el desierto, un cubo de ladrillo normal y corriente, conteniendo un millón de libras en material fisible y varios años de diseño y desarrollo minuciosos. Cavor no perdió el tiempo. Cogió el todo terreno, puso en funcionamiento un contador Geiger portátil y fue inmediatamente a ver qué había ocurrido.

Recobró el conocimiento un par de horas más tarde en el hospital. No le había pasado nada, excepto un fuerte dolor de cabeza, que no era nada en comparación con los que su experimento le iba a procurar durante los próximos días. Parece ser que cuando llegó a una distancia de veinte pies del reactor, el coche había chocado con algo, produciendo un gran estrépito. Cavor quedó atrapado por el volante y consiguió una hermosa colección de moretones; lo curioso es que el contador Geiger no sufrió ningún desperfecto y continuó su cloqueo tranquilamente, sin detectar más que el fondo normal de rayos cósmicos.

A simple vista, podría parecer un accidente común y corriente, probablemente causado por el encuentro del coche con un bache. Pero, por fortuna para él, Cavor no conducía muy deprisa, y, además, no se encontró ningún bache en el lugar del accidente. El coche había chocado contra algo increíble. Se trataba de una pared invisible, el borde inferior de una cúpula semiesférica que rodeaba por completo al reactor.

Lanzaron piedras contra ella y caían al suelo resbalando por la superficie de la cúpula, que se extendía subterráneamente hasta donde pudieron excavar. Parecía que el reactor era el centro exacto de un caparazón esférico totalmente impenetrable.

Al llegarle estas maravillosas noticias, Cavor no esperó ni un minuto para saltar de la cama, ahuyentando a las enfermeras en todas direcciones. No tenía ni idea de lo que había pasado, pero le parecía mucho más emocionante que la vulgar pieza de ingeniería nuclear con que se había iniciado el asunto.

Os estaréis preguntando qué demonios tiene que ver una esfera de fuerza —como la llamaríais vosotros, los escritores de ciencia-ficción— con la antigravedad. Me saltaré varios días para daros la respuesta que Cavor y su equipo descubrieron tras mucho esfuerzo y muchos galones de la potente cerveza australiana.

Al activar el reactor se produjo un campo antigravitatorio, por lo que todos los objetos en un radio de veinte pies se hicieron ingravidos, y, de alguna forma misteriosa, el uranio había suministrado la enorme cantidad de energía requerida. Los cálculos demostraron que la cantidad de energía contenida en el reactor era suficiente para hacerlo posible. Seguramente la esfera de fuerza habría sido mayor si la fuente de potencia hubiera dispuesto de más ergios.

Veo que alguien está esperando para hacer una pregunta, así que me anticiparé. ¿Por qué no flotaba en el espacio la esfera ingravida de aire y tierra? Bueno, la tierra se mantenía unida debido a su propia cohesión, por lo que no había razón alguna para que quedase a la deriva. El aire se veía obligado a permanecer en la zona de gravedad cero por una razón sorprendente y sutil, que nos lleva al punto esencial de este asunto.

Será mejor que os abrochéis los cinturones para oír lo que sigue, porque nos adentramos en una zona de baches. Quienes sepan algo sobre la teoría de la

potencialidad no encontrarán ningún problema, y haré lo que pueda para facilitar las cosas al resto.

Los que hablan con facilidad sobre la antigravedad, no se paran a menudo a considerar sus implicaciones, así que recordemos algunos principios elementales. Como ya he dicho, el peso supone energía en grandes cantidades. Esto es debido enteramente al campo de gravedad de la tierra. Cuando se libera a un objeto de su peso, equivale a alejarlo de la gravedad terrestre. Cualquier ingeniero aeronáutico podría decirnos cuánta energía se requiere para eso.

Harry se volvió hacia mí y dijo:

—Me gustaría utilizar una analogía que leí en uno de tus libros, Arthur, porque aclararía lo que estoy tratando de explicar; es la que compara la lucha contra la gravedad terrestre con el intento de salir de un abismo.

—Adelante —dije—. Al fin y al cabo, yo lo tomé del doctor Richardson.

—¡Ah! —replicó Harry—. Ya decía yo que era demasiado buena para ser original. En fin, sigamos. Con esta idea tan simple, lo entenderéis. Para alejar un cuerpo de la tierra se requiere tanto trabajo como para levantarlo *cuatro mil millas* contra la barrera de la gravedad normal. Lo que había dentro de la zona de fuerza creada por Cavor permanecía en la superficie de la tierra, pero era ingrávigo. Por tanto, desde el punto de vista de la energía, se encontraba fuera del campo de gravedad terrestre. Era tan inaccesible como si estuviese en la cima de una montaña de cuatro mil millas de altura.

Cavor podía observar la zona de antigravedad desde un punto a varias pulgadas de distancia, pero para cruzar esas pocas pulgadas, necesitaría realizar un trabajo equivalente a escalar el Everest setecientas veces. No puede sorprendernos que el coche se detuviera con tanta rapidez. No lo había parado ningún objeto material, pero desde el punto de vista de la dinámica, puede decirse que había chocado contra un acantilado de cuatro mil millas de altura...

Esas miradas inexpresivas que veo a mi alrededor no se deben enteramente a que sea tan tarde. No importa, si no lo entendéis, confiad en mi palabra. No influirá en la comprensión de lo que sigue o, al menos, eso espero.

Cavor comprendió en seguida que había hecho uno de los descubrimientos más importantes del siglo, aunque tardó un poco en calcular exactamente lo que había ocurrido. La pista final para comprender la naturaleza antigravitatoria del campo se la dio el disparo de una bala de rifle, cuya trayectoria observaron a cámara lenta. Ingenioso, ¿no os parece?

El siguiente problema consistía en hacer experimentos con el generador del campo para descubrir lo que había ocurrido cuando el reactor empezó a funcionar. Y se trataba de un gran problema. El reactor estaba allí, a plena vista, a una distancia de veinte pies, pero para alcanzarlo necesitarían un poco más de energía que para llegar

a la luna...

Cavor no se desanimó por esto ni por la inexplicable incapacidad del reactor para responder a ninguno de los controles remotos. Según su teoría, y utilizando unos términos un tanto confusos, el reactor había consumido toda la energía y, una vez establecido el campo antigraavitatorio, se necesitaría poca o ninguna potencia para mantenerlo. Esta era una de las múltiples cuestiones que sólo podrían resolverse mediante el examen sobre el terreno. Por las buenas o por las malas, el doctor Cavor tendría que trasladarse allí.

La idea inicial consistía en utilizar una carreta eléctrica, cuyo suministro de potencia se realizaría a través de unos cables que arrastraría tras de sí a medida que se adentrara en el campo. Un generador de cien caballos, funcionando ininterrumpidamente, durante diecisiete horas podría suministrar la energía suficiente para trasladar a un hombre de peso normal a través de los veinte pies del peligroso trayecto. Una velocidad de poco más de un pie por hora no es como para enorgullecerse, pero hay que tener en cuenta que un pie en el campo antigraavitatorio equivalía a un ascenso vertical de doscientas millas.

La teoría era sólida, pero la carreta eléctrica no funcionó en la práctica. No tuvo tiempo siquiera de avanzar media pulgada por el campo, porque inmediatamente derrapó. La razón es evidente. Poseían la potencia, pero no la tracción. Ningún vehículo con ruedas puede escalar una pendiente de doscientas millas por pie.

Este pequeño retroceso no desanimó al doctor Cavor. En seguida comprendió que la solución estaba en producir la tracción en un punto situado fuera del campo. Para levantar un peso en vertical no se utiliza una carreta, sino un gato mecánico o hidráulico.

El resultado fue uno de los vehículos más extraños que jamás se hayan construido. En el extremo de una viga horizontal de veinte pies de largo colocaron una jaula, pequeña pero cómoda, provista de alimentos suficientes para varios días. Unas ruedas neumáticas la levantaban del suelo y esperaban que la jaula pudiera llegar hasta el centro del campo mediante el impulso de una máquina situada fuera de su radio de influencia. Tras mucho pensarlo, decidieron que la mejor máquina motriz sería una apisonadora corriente, e hicieron una prueba con unos conejos a los que colocaron en el compartimento de pasajeros. Fue una coincidencia bastante curiosa, y la causa de que los autores del experimento se debatieran entre dos extremos: como científicos, les hubiera gustado que los animales volvieran vivos, mientras que, como australianos, no se hubieran sentido menos contentos si volvieran muertos. Pero quizá esté exagerando... Aunque ya sabéis la inquina que los australianos tienen a los conejos.

La niveladora avanzaba lentamente hora tras hora, levantando el peso de la viga y su insignificante carga por la enorme pendiente. Era una escena extraordinaria: todo

ese gasto de energía para transportar a dos conejos veinte pies a través de un plano totalmente horizontal. Observaron a los protagonistas del experimento durante toda la operación; parecían muy contentos e inconscientes de su papel histórico.

El compartimento de pasajeros llegó al centro del campo, permaneció allí durante una hora y después la viga retrocedió lentamente. Los conejos estaban vivos, con buena salud, y nadie se sorprendió de que volvieran seis en lugar de dos.

Naturalmente, el doctor Cavor insistió en ser el primer hombre que se aventurase en un campo de gravedad cero. Llenó el compartimento de balanzas de torsión, detectores de radiación y periscopios, con objeto de examinar el reactor. Dio la señal, la apisonadora comenzó su avance y así se inició el extraño viaje.

Había comunicación telefónica entre el compartimento de pasajeros y el mundo exterior. Las ondas de sonido ordinario no podían atravesar la barrera, por razones un tanto oscuras, pero tanto la radio como el teléfono funcionaban sin dificultad. Cavor iba informando de todo mientras avanzaba hacia el campo, describiendo sus reacciones y proporcionando la lectura de los instrumentos a sus colegas.

Lo primero que le ocurrió fue realmente perturbador, a pesar de que ya lo había previsto. Al recorrer las primera pulgadas, mientras traspasaba el borde del campo, la dirección de la vertical pareció oscilar. El término «arriba» ya no se refería al cielo, sino a la caseta del reactor. Cavor se sentía como si le estuvieran empujando por la pared de un acantilado vertical, con el reactor a veinte pies sobre su cabeza. Por primera vez, sus ojos y sus sentidos humanos le mostraban lo mismo que sus conocimientos científicos. Podía ver cómo el centro del campo se encontraba, en términos de gravedad, más alto que el lugar del que había partido. La imaginación no es capaz de representarse toda la energía que se necesitaba para escalar aquellos veinte pies de aspecto tan inocente, ni los cientos de galones de combustible que habían de quemarse para llevarle hasta allí.

No encontró nada interesante que comunicar durante el resto del viaje, y al fin, veinte horas después de haber empezado, Cavor llegó a su destino.

La pared de la caseta del reactor apareció ante sus ojos, pero él tuvo la impresión de encontrarse, no frente a una pared, sino frente a un suelo sin soportes, que sobresalía en ángulo recto del acantilado que acababa de escalar. La entrada se encontraba justo sobre su cabeza, como una escotilla hasta la cual tendría que trepar. No suponía ningún problema, porque el doctor Cavor era joven y fuerte, y estaba muy impaciente por descubrir cómo había creado aquel milagro.

Quizá demasiado impaciente, porque cuando trataba de abrirse camino hacia la puerta, se escurrió y cayó de la plataforma que le había conducido hasta allí.

Esa fue la última vez que le vieron, pero no la última vez que le oyeron. ¡Ni mucho menos! Hizo un ruido terrible...

Entenderéis por qué al considerar la situación en que el infortunado científico se

encontraba. Se habían utilizado cientos de kilowatios-hora para impulsarle, una cantidad suficiente como para hacerle llegar a la luna e incluso más lejos. Se había necesitado todo ese trabajo para llevarle al punto de potencial gravitatorio cero. En cuanto perdió los medios de soporte, esa energía empezó a reaparecer. Volviendo a la anterior analogía, tan pintoresca, el pobre doctor había resbalado desde el borde de la montaña de cuatro mil millas de altura a la que había ascendido.

Había desandado los veinte pies que había tardado casi un día completo en recorrer. ¡Qué caída, amigos! El equivalente exacto, en términos de energía, a una caída libre desde la más lejana estrella hasta la superficie de la tierra. Y todos sabéis la velocidad que un objeto adquiere en una caída semejante. Es la misma que se requiere para llegar hasta allí, la famosa velocidad de fuga. Siete millas por segundo, o veinticinco mil millas por hora.

Esa era la velocidad del doctor Cavor cuando volvió al punto de partida. O, para ser más preciso, ésa es la velocidad que trataba de alcanzar involuntariamente. En cuanto sobrepasó Mach 1 o 2, la resistencia del aire empezó a presentar problemas. La pira funeraria del doctor Cavor fue el mejor y, sin duda, el único alarde meteórico que haya tenido lugar enteramente al nivel del mar...

Siento que esta narración no tenga un final feliz. De hecho, no tiene final, porque esa esfera de potencial gravitatorio cero permanece aún en el desierto australiano, sin hacer otra cosa más que provocar frustración tras frustración en círculos científicos y oficiales. No sé cómo esperan las autoridades mantenerlo en secreto por más tiempo. A veces pienso en el hecho curioso de que la montaña más alta del mundo se encuentre en Australia, y que, a pesar de tener una altura de cuatro mil millas, los aviones la sobrevuelan sin siquiera saber que está allí.

No les sorprenderá que Harry Purvis terminara su narración en este punto; ni él mismo podría alargarla, y nadie quería que lo hiciese. Todos, incluso los críticos más recalcitrantes, le mirábamos con admiración y respeto. Después he encontrado seis falacias de importancia capital en su descripción del destino frankensteiniano del doctor Cavor, pero entonces no se me ocurrieron. (Y no me propongo revelarlas ahora. Las dejaré, como en los libros de matemáticas, como un ejercicio para el lector.) Lo que ganó nuestra gratitud eterna es el hecho de que, aun a costa de un ligero sacrificio de la verdad, había conseguido evitar que los Platillos Volantes invadieran «El Ciervo Blanco».

Ya era casi hora de cerrar, demasiado tarde para que el intruso iniciara un contraataque.

Es por eso que la continuación de la historia me parece un tanto injusta. Un mes más tarde, alguien trajo una publicación muy extraña a una de nuestras reuniones. La impresión y confección eran realmente buenas, hechas con habilidad profesional; pero era triste ver a qué fines servían. Se llamaba «Revelaciones sobre Platillos

Volantes», y en la primera página daban cuenta detallada y completa de la historia que Purvis nos había contado. La habían publicado tal cual, y lo que es peor, al menos desde el punto de vista del pobre Harry, se citaba su nombre.

Desde entonces ha recibido 4.375 cartas sobre el asunto, la mayoría procedentes de California. En veinticuatro le acusaban de mentiroso; en 4.205 le creían a pies juntillas. (No pudo descifrar el resto, y su contenido es aún objeto de especulación.)

Me temo que nunca llegó a recobrase, y a veces pienso que va a emplear el resto de su vida en tratar de impedir que la gente se crea la única historia que nunca esperó que tomaran en serio.

Podría deducirse una moraleja de todo esto. Pero les juro que yo no soy capaz de encontrarla.



## EL BELLO DURMIENTE

Se había iniciado una de esas discusiones poco entusiastas, tan corrientes en «El Ciervo Blanco» cuando a nadie se le ocurre nada mejor que hacer. Tratábamos de recordar los nombres más extraordinarios con los que nos habíamos topado, y yo acababa de mencionar «Obediah Polkinghorn» cuando —¡cómo no!— Harry Purvis apareció en escena.

—Es muy fácil buscar nombres extraños —dijo, regañándonos por nuestra frivolidad—, pero, ¿os habéis parado a considerar un punto mucho más importante: el efecto de semejantes nombres en sus propietarios? A veces, una cosa así puede cambiar la vida de un hombre, y eso es lo que le ocurrió al joven Sigmund Snoring<sup>[9]</sup>.

—¡Oh, no! —gimió Charles Willis, uno de los más implacables críticos de Harry—. ¡No lo puedo creer!

—¿Piensas que sería capaz de inventar un nombre como ese? —contestó Harry indignado—. De hecho, el apellido de la familia de Sigmund era judío, procedente de Europa Central; empezaba con SCH y durante algún tiempo continuó utilizándolo. Snoring no era más que una adaptación al inglés. Pero, dejémonos de rodeos; me gustaría que no me hicierais perder tiempo en semejantes detalles.

Charlie, que es el escritor más prometedor que conozco (lleva siendo una promesa desde hace más de veinticinco años), comenzó a emitir vagos sonidos de protesta, pero alguien con espíritu colectivo le entretuvo con un vaso de cerveza.

—Sigmund —prosiguió Harry— llevó su carga con dignidad hasta la edad adulta. Sin embargo, no cabe duda de que su nombre le obsesionaba, y finalmente le produjo lo que podríamos llamar un efecto psicósomático. Si Sigmund hubiera tenido otros padres, estoy seguro de que no habría llegado a ser un roncador incesante y estruendoso en la vida cotidiana tanto como en el nombre.

Pero hay peores tragedias en la vida. La familia de Sigmund disponía de una respetable cantidad de dinero, por lo que no les resultó gravoso insonorizar un dormitorio para proteger a los criados contra las noches en vela. Como es corriente, Sigmund no era consciente de sus sinfonías nocturnas, y nunca llegó a entender el por qué de tanta protesta.

Sólo al casarse tomó su desgracia —si así se le puede llamar, puesto que sólo afectaba a otras personas— con toda la seriedad que el caso requería. No tiene nada de particular que una recién casada vuelva de su luna de miel un tanto aturdida, pero la pobre Rachel Snoring había pasado por una experiencia demoledora y única.

Tenía los ojos enrojecidos por falta de sueño, y todos sus esfuerzos por conseguir la comprensión de sus amigos acababan en carcajadas... No es sorprendente, por tanto, que diera a Sigmund un ultimátum: a no ser que pusiera algún remedio para evitar roncar, el matrimonio se desharía.

Este era un asunto muy serio para Sigmund y su familia. Eran bastante acomodados, pero no poseían una gran fortuna —a diferencia del tío-abuelo Reuben, que había muerto el año anterior dejando un testamento un tanto complicado. Le había tomado cariño a Sigmund, y le había dejado una suma de dinero considerable, que recibiría al cumplir los treinta años. Desgraciadamente, el tío-abuelo era muy anticuado y remilgado, y no confiaba en las generaciones modernas. Una de las condiciones del legado consistía en que Sigmund no podría divorciarse o separarse antes de la fecha señalada. Si las condiciones no se cumplían, el dinero se emplearía en la construcción de un orfanato en Tel-Aviv.

Era una situación difícil, y no puedo imaginarme cómo se habría resuelto si alguien no le hubiera sugerido a Sigmund que fuera a ver a tío Hymie. A Sigmund no le hacía ninguna gracia, pero los problemas desesperados necesitan soluciones igualmente desesperadas, y decidió ir.

Debo decir que el tío Hymie era un profesor muy conocido de fisiología, y miembro de la Royal Society, con todo un montón de documentos que lo acreditaban. En aquella temporada andaba mal de dinero, debido a una riña con los administradores de la universidad, que le habían obligado a suspender el trabajo de investigación en sus proyectos favoritos. Para aumentar su irritación, acababan de conceder medio millón de libras al Departamento de Física para un nuevo sincrotónomo, así que no estaba precisamente de buen humor cuando su infeliz sobrino fue a verle.

Tratando de ignorar el olor penetrante a desinfectante y a ganado, Sigmund siguió al ayudante del laboratorio a través de pilas de aparatos incomprensibles, y pasó junto a jaulas de ratones y cobayas, apartando los ojos de los diagramas de colores repugnantes que ocupaban gran parte de las paredes. Encontró a su tío sentado en un banco, bebiendo té de un termo y mordisqueando emparedados con aire ausente.

«Sírvete», le dijo sin amabilidad, «Hámster asado; delicioso. Uno del lote que utilizamos para las pruebas del cáncer. ¿Qué te ocurre?»

Pretextando falta de apetito, Sigmund contó a su distinguido tío su historia de infortunio. El profesor le escuchó sin demasiada compasión.

«No sé para qué te casaste», dijo al fin. «Total pérdida de tiempo.» Todos sabían que el tío Hymie mantenía un punto de vista muy particular sobre estas cuestiones. Había tenido cinco hijos, pero no se había casado.

«Sin embargo, es posible que podamos hacer algo al respecto. ¿Cuánto dinero tienes?»

«¿Por qué?», preguntó Sigmund un tanto desconcertado. El profesor movió los brazos en un gesto que abarcaba todo el laboratorio.

«Mantener esto cuesta mucho dinero», dijo.

«Pero yo creía que la universidad...»

«Sí, claro; pero los trabajos especiales tienen que hacerse bajo cuerda. No puedo utilizar fondos de la universidad.»

«Bueno, ¿cuánto necesitarías para empezar?»

El tío Hymie mencionó una suma mucho menor de lo que Sigmund temía, pero su satisfacción no duró mucho. En seguida descubrió que el científico estaba al corriente del testamento del tío-abuelo Reuben; Sigmund debería firmar un contrato comprometiéndose a hacerle partícipe de la herencia cuando, al cabo de cinco años, recibiera el dinero. El primer pago era simplemente un adelanto.

«Aun así, no puedo prometerte nada, pero veremos lo que se puede hacer», dijo el tío Hymie, al tiempo que examinaba cuidadosamente el cheque. «Ven a verme dentro de un mes.»

Eso fue todo lo que Sigmund pudo sacarle, porque en ese momento la atención del profesor se vio atraída por una estudiante de investigación muy decorativa, con un suéter tan apretado que parecía una segunda piel. Empezaron a discutir los asuntos domésticos de las ratas del laboratorio en tales términos que Sigmund, que se avergonzaba con facilidad, tuvo que iniciar una rápida retirada.

Personalmente, no creo que el tío Hymie hubiera aceptado el dinero de Sigmund a no ser que estuviera totalmente seguro de poder prestarle los servicios requeridos. Cuando la universidad le retiró los fondos, debía de estar a punto de finalizar su trabajo, porque es imposible que hubiera fabricado en sólo cuatro semanas un producto tan complicado como el que inyectó en el brazo de su esperanzado sobrino un mes después de recibir el dinero. A Sigmund no le sorprendió demasiado volver a ver a la estudiante en la casa de su tío.

«¿Qué efecto tendrá esto?», preguntó.

«Hará que dejes de roncar... espero», contestó el tío Hymie. «Mira, ahí tienes una butaca muy cómoda, y un montón de revistas. Irma y yo nos turnaremos para cuidarte en caso de que se produjera alguna reacción secundaria.»

«¿Reacción secundaria?», exclamó Sigmund con nerviosismo, mientras se frotaba el brazo.

«No te preocupes; quédate tranquilo. Dentro de un par de horas sabremos si funciona.»

Sigmund esperó a que le llegara el sueño, mientras los dos científicos trajinaban a su alrededor (por no hablar del trajín entre ellos dos), comprobando la presión de la sangre, el pulso, la temperatura. Sigmund se sentía como un inválido crónico. Al llegar la medianoche todavía no tenía sueño, pero el profesor y su ayudante se caían de cansancio. Sigmund se dio cuenta de que habían estado trabajando varias horas por él, y se sintió enternecido durante un segundo o dos.

La medianoche llegó y pasó. Irma ya no se tenía de pie y el profesor la llevó hasta el sillón dejándola caer sin demasiada delicadeza.

«¿Seguro que no estás cansado todavía?», preguntó bostezando a Sigmund.

«Ni pizca. Es muy extraño; a estas horas suelo estar profundamente dormido.»

«¿Te sientes bien?»

«Mejor que nunca.»

El profesor bostezó ampliamente otra vez. Murmuró algo así como: «Debería haber tomado un poco yo también», y se desplomó en una butaca.

«Danos una voz», dijo adormilado, «si sientes algo anormal. No tiene sentido que nos quedemos levantados más tiempo.» Un momento después Sigmund, todavía un tanto confuso, era la única persona consciente en la habitación.

Leyó una docena de ejemplares de *Punch*, todos con una etiqueta que decía: «No debe llevarse fuera de la sala común», hasta las 2 de la madrugada. A las 4 había acabado con todos los números del *Saturday Evening Post*. Se distrajo con un montoncito de *New Yorkers* hasta las 5, y a esta hora tuvo un golpe de suerte. Una dieta exclusiva de caviar pronto se hace monótona, y a Sigmund le encantó descubrir un volumen, un tanto flácido y muy manoseado, titulado «La rubia complaciente». Esto le absorbió completamente hasta el amanecer, momento en que el tío Hymie se desesperó convulsivamente, saltó de la butaca, despertó a Irma con una palmada bien dirigida, y volcó toda su atención sobre Sigmund.

«Bueno, hijo mío», dijo en un tono tan animado que inmediatamente despertó las sospechas de Sigmund, «esto es lo que querías. Has pasado la noche sin roncar, ¿no es así?»

«No he roncado», admitió, «pero tampoco he dormido.» «¿Pero estás completamente despierto?» «Sí... no entiendo absolutamente nada.» El tío Hymie e Irma se miraron con aire triunfal. «Vas a hacer historia, Sigmund», dijo el profesor. «Eres el primer hombre que puede sobrevivir sin necesidad de dormir.» De esta forma le comunicaron la noticia al cobaya humano, atónito pero todavía no indignado.

—Me imagino —prosiguió Harry Purvis—, que a muchos de vosotros os gustaría conocer los detalles del descubrimiento del tío Hymie. Pero yo no los conozco y si los supiera, serían demasiado técnicos para contarlos aquí. Simplemente añadiré, ya que veo algunas expresiones que un hombre menos confiado que yo calificaría de escépticas, que no existe nada verdaderamente extraordinario en este asunto. La necesidad de dormir es un factor muy variable. Por ejemplo, Edison no necesitó más que dos o tres horas de sueño a lo largo de toda su vida. Es cierto que los seres humanos no pueden pasarse sin dormir indefinidamente, pero algunos animales sí, por lo que podemos concluir que no constituye un elemento fundamental del metabolismo.

—¿Qué animales son éstos? —preguntó alguien, no tanto por escepticismo como por curiosidad.

—Este... ¡ah, ya!... los peces que viven a gran profundidad, más allá de la plataforma continental. Si durmieran, serían atacados por otros peces o perderían el equilibrio y caerían al fondo. No les queda más remedio que mantenerse despiertos toda la vida.

(Dicho sea de paso, aún estoy tratando de averiguar si esta afirmación de Harry es cierta. Nunca le he cazado en un error en cuanto se refiere a datos científicos, aunque un par de veces haya tenido que concederle el beneficio de la duda. Pero volvamos al tío Hymie.)

—Sigmund tardó un poco —prosiguió Harry— en tomar conciencia de su situación. Los comentarios entusiastas de su tío, glorificando las maravillosas posibilidades a su alcance por haberse liberado de la tiranía del sueño, le impedían concentrarse en el auténtico problema. Pero, por fin, fue capaz de formular la pregunta que le había estado preocupando: «¿Cuánto tiempo durará esta situación?»

El profesor e Irma se miraron. Entonces el tío Hymie tosió nerviosamente y replicó: «No estamos seguros todavía. Tendremos que averiguarlo. Es muy probable que el efecto sea permanente».

«¿Quieres decir que no podré dormir jamás?».

«No es que “no podrás”, sino que “no querrás”. De todas formas podría ingeniármelas para invertir el proceso, si es que estás tan ansioso. Pero costaría mucho dinero.»

Sigmund salió precipitadamente, con la promesa de mantenerse en contacto e informarle de sus progresos diarios. Estaba aún muy confundido, pero pensó que lo más importante era encontrar a su mujer y convencerla de que no volvería a roncar.

Ella estaba más que dispuesta a creerle, y tuvieron un encuentro emocionante. Pero en la madrugada del siguiente día, se aburrió terriblemente, tumbado en la cama sin nadie con quién hablar, y Sigmund salió de puntillas de la habitación en la que dormía su mujer. Su situación empezó a aparecer claramente ante él; ¿qué demonios podía hacer con esas ocho horas más de vigilia que le habían concedido como un regalo no deseado?

Se podría pensar que Sigmund tenía una maravillosa oportunidad —o al menos una oportunidad sin precedentes— para llevar una vida más satisfactoria; podría adquirir el conocimiento y cultura que a todos nos gustaría poseer, si tuviéramos tiempo. Podría leer todos los clásicos que son simplemente nombres para la mayoría de la gente, podría estudiar arte, música o filosofía, llenar su mente con los mejores tesoros del intelecto humano. Probablemente, muchos de vosotros le envidiaríais.

Pero no sucedió así. Es un hecho comprobado que incluso las mentes más poderosas necesitan descanso, y no son capaces de dedicarse a asuntos serios por tiempo indefinido. Es cierto que Sigmund no necesitaba dormir, pero necesitaba algún tipo de entretenimiento durante las largas y vacías horas de oscuridad.

Pronto descubrió que la civilización no estaba pensada para cubrir las necesidades de un hombre sin sueño. Si al menos viviera en París o Nueva York, pero en Londres prácticamente todo se cierra a las once de la noche; sólo unas cuantas cafeterías permanecen abiertas hasta la medianoche, y a la una... bueno, mientras menos se diga sobre los establecimientos que aún funcionan a esas horas, mejor.

Al principio, cuando todavía hacía buen tiempo, mataba las horas dando largos paseos, pero tras varios tropiezos con policías demasiado inquisitivos y escépticos, se dio por vencido. Cogió el coche y condujo por todo Londres de madrugada, y descubrió lugares extraños, cuya existencia ni siquiera había sospechado. Pronto conoció de vista a muchos vigilantes nocturnos, porteros de Covent Garden y lecheros, así como a periodistas de la calle Fleet e impresores que realizaban su trabajo mientras el resto del mundo dormía. Pero como Sigmund no pertenecía al tipo de persona que se interesa por sus semejantes, la diversión desapareció pronto y se encontró de nuevo con sus limitados recursos.

Su mujer, como era de esperar, no estaba contenta con sus vagabundeos nocturnos. Le había contado toda la historia, y aunque a ella le resultó difícil de creer, se vio forzada a aceptar la evidencia. Sin embargo, prefería tener un marido que roncara pero que se quedara en casa, a uno que salía de puntillas a medianoche y que no siempre llegaba a tiempo para el desayuno.

Sigmund estaba muy dolorido. Había gastado o prometido mucho dinero (así se lo recordaba constantemente a Rachel) y corrido un considerable riesgo para curarse de su enfermedad, ¿y acaso se mostraba ella agradecida? No; simplemente exigía una cuenta detallada de sus actividades durante el tiempo que debería de haber estado durmiendo. Era injusto, y mostraba una falta de confianza descorazonadora.

El círculo de los que participaban en el secreto se amplió lentamente, aunque los Snoring (que formaban un clan muy unido) se las arreglaron para que todo quedara en la familia. El tío Lorenz, en el negocio de diamantes, sugirió a Sigmund que tomara un segundo empleo, porque era una lástima desperdiciar todo ese tiempo laboral sobrante. Compuso una lista de ocupaciones que sólo requerían un hombre, en las que podría trabajar igualmente por el día o por la noche, pero Sigmund le dio las gracias amablemente, diciéndole que no veía razón alguna para pagar impuestos por partida doble.

Al cabo de seis semanas de días de veinticuatro horas, Sigmund estaba harto. Se sentía incapaz de leer un libro más, de ir a ningún local nocturno o de escuchar un disco. Su don maravilloso, por el que muchos estúpidos habrían dado una fortuna, se había convertido en una carga intolerable. No quedaba otro remedio que volver a ver al tío Hymie.

El profesor le había estado esperando, y por supuesto, no le amenazó con medidas legales, ni apeló a la solidaridad de los Snoring, ni hizo comentario alguno sobre un

posible rompimiento de contrato.

«De acuerdo, de acuerdo», refunfuñó el científico. «Es como echar margaritas a los cerdos. Ya sabía yo que vendrías a buscar el antídoto tarde o temprano y, como soy un hombre generoso, sólo te costará cincuenta guineas. Pero no me eches la culpa si roncas más que nunca.»

«Prefiero arriesgarme», contestó Sigmund. Al fin y al cabo, Rachel y él ya tenían habitaciones separadas.

Apartó la mirada mientras la asistente del profesor (que ya no era Irma, sino una morena angulosa) llenaba una jeringuilla hipodérmica terrorífica con la última pócima que el tío Hymie había fabricado. Antes de que le inyectara la mitad, ya estaba dormido.

Por una vez, el tío Hymie parecía desconcertado. «No esperaba que actuase tan rápidamente», dijo. «Bueno, vamos a llevarle a la cama; no podemos dejarle tirado en el laboratorio.»

A la mañana siguiente, Sigmund estaba aún profundamente dormido, y no reaccionaba ante ningún estímulo. La respiración se hizo imperceptible; parecía estar sumido en un trance, más que en un sueño normal, y el profesor comenzó a alarmarse.

Su preocupación no duró mucho tiempo. Horas más tarde, un cobayo enfadado le mordió en un dedo, y el envenenamiento se produjo tan rápidamente que el editor de *Nature* tuvo el tiempo justo para insertar la noticia necrológica antes de que el ejemplar se imprimiera.

Sigmund dormía en medio de tanta excitación, y aún seguía felizmente inconsciente cuando su familia volvió del crematorio de Golders Green y se reunió en consejo de familia. *De mortuis nil nisi bonum*, pero era evidente que el profesor Hymie había cometido otro error desafortunado, que nadie sabía cómo reparar.

El primo Meyer, dueño de un almacén de muebles de la calle Mile End, se ofreció a responsabilizarse de Sigmund a cambio de utilizarlo en el escaparate de su tienda para exhibir el lujo y la comodidad de sus camas. Pero todos pensaron que sería indigno, y la familia se opuso a la propuesta.

Les sugirió, sin embargo, ciertas ideas. Ya estaban empezando a cansarse de Sigmund, con tanto pasarse de un extremo a otro. Así que, ¿por qué no coger la vía fácil y, como un listillo apuntó, dejar descansar al Sigmund durmiente?

Consultar a otro especialista no solucionaría nada. Sólo traería gastos e incluso sería muy capaz de empeorar las cosas (aunque nadie sabía cómo). No costaba nada mantener a Sigmund, ya que sólo necesitaba una discreta asistencia médica, y mientras permaneciera dormido, no había peligro de que rompiera los términos del testamento del tío-abuelo Reuben. Cuando presentaron estas razones a Rachel con delicadeza, inmediatamente comprendió que no eran descabelladas. La actitud

adoptada requería paciencia, pero la recompensa final merecía la pena.

Cuando más lo pensaba, más le gustaba a Rachel. La idea de convertirse en una rica semi-viuda le atraía —¡tenía tantas posibilidades interesantes y nuevas!—. Y, a decir verdad, ya estaba tan harta de Sigmund, que no le echaría de menos durante los cinco años que le separaban de la herencia.

El tiempo transcurrió, y Sigmund se convirtió en millonario. Pero todavía dormía profundamente, aunque durante esos cinco años no había emitido ni un sólo ronquido. Su rostro reflejaba tanta paz, que daba pena despertarlo, y además, nadie sabía cómo hacerlo. Rachel pensaba que cualquier entremetimiento podía ser catastrófico, y la familia, tras asegurarse de que Rachel sólo podía percibir los intereses de la fortuna de Sigmund, pero no el capital, se mostraba de acuerdo con ella.

Todo esto ocurrió hace varios años. Lo último que supe de Sigmund es que aún dormía plácidamente, mientras Rachel disfrutaba de lo lindo en la Riviera. Como habréis comprendido, se trata de una mujer muy astuta, y creo que se da cuenta de las conveniencias de tener un marido que se conserve joven para la vejez.

A veces pienso que es una lástima que el tío Hymie nunca tuviera la oportunidad de revelar al mundo sus notables descubrimientos. Pero el caso de Sigmund demuestra que nuestra civilización no está aún madura para tales cambios, y espero no estar presente cuando otro fisiólogo lo intente de nuevo.

Harry miró el reloj.

—¡Dios mío! —exclamó—. No sabía que fuera tan tarde; estoy medio dormido.

Recogió su portafolios y, disimulando un bostezo, nos sonrió beatíficamente.

—Felices sueños a todos —dijo.



## LA DEFENESTRACIÓN DE ERMINTRUDE INCH

Debo cumplir con una obligación, no por pequeña menos penosa. Uno de los muchos misterios que rodean a Harry Purvis —tan comunicativo en otros aspectos— concierne a la existencia o inexistencia de una señora Purvis. Es cierto que no lleva alianza de boda, pero hoy en día este hecho no significa mucho. Como cualquier dueño de hotel sabe, no llevar anillo supone tan poco como llevarlo.

En gran parte de sus relatos, Harry había mostrado una evidente hostilidad hacia lo que un amigo mío polaco, cuyo dominio del inglés no refleja su caballerosidad, denomina señoras del sexo femenino. Y, por una curiosa coincidencia, el último relato de Harry nos proporcionó indicios, y finalmente pruebas definitivas de su situación conyugal.

No recuerdo quién sacó a colación la palabra «defenestración», que, al fin y al cabo, no es uno de los nombres abstractos usados con mayor frecuencia en nuestra lengua. Probablemente fue uno de los miembros más jóvenes de la clientela de «El Ciervo Blanco», con su erudición pasmosa; algunos acaban de dejar la universidad, y a los más antiguos nos hacen sentirnos novatos e ignorantes. Pero del dicho pasamos al hecho. ¿Habíamos sido defenestrados alguna vez o conocíamos a alguien que lo hubiera sido?

—Sí —dijo Harry—. Le ocurrió a una señora muy charlatana que yo conocía. Se llamaba Ermintrude, y estaba casada con Osbert Inch, ingeniero de sonido de la B.B.C.

Osbert, por su trabajo, pasaba varias horas del día escuchando a otras personas, y la mayoría de sus horas libres escuchando a Ermintrude. Desgraciadamente, no podía desconectarla con un simple botón, de manera que raramente se le presentaba la oportunidad de meter baza en la conversación.

Hay algunas mujeres que son totalmente inconscientes de su garrulería, y se sorprenden cuando alguien las acusa de monopolizar la conversación. Ermintrude empezaba a hablar nada más levantarse, cambiaba la frecuencia para que su voz pudiera oírse por encima de las noticias de las ocho, y continuaba incansable hasta que Osbert, dando gracias al cielo, se dirigía a su trabajo. Al cabo de dos años, Osbert se encontraba al borde de la crisis nerviosa, pero una mañana, aprovechando que su mujer se encontraba en inferioridad de condiciones, debido a una fuerte laringitis, protestó airadamente contra el monopolio oral de Ermintrude.

Para su asombro, ella se negó en redondo a aceptar la acusación. Parecía como si el tiempo dejara de correr para Ermintrude cuando *ella* estaba hablando, pero se impacientaba cuando era otra persona el centro de atención. Tan pronto como recobró la voz, le dijo a Osbert que consideraba su acusación totalmente injusta, y se habría iniciado una terrible discusión, si no fuera porque con Ermintrude cualquier discusión

era simplemente imposible.

Osbert llegó al colmo del enfado y la desesperación. Pero era un hombre ingenioso, y pensó que de algún modo podría poner en evidencia, de forma irrefutable, que Ermintrude pronunciaba cien palabras por cada sílaba que él conseguía emitir. Ya he mencionado que era ingeniero de sonido, y su habitación contaba con un equipo de alta fidelidad, una grabadora y todos los aparatos electrónicos propios de su profesión, parte de los cuales habían sido suministrados, involuntariamente, por la B.B.C.

No le llevó mucho tiempo construir un equipo, que podríamos llamar «contador selectivo de palabras». Si entendéis de ingeniería acústica, sabréis que se puede fabricar un aparato así con filtros apropiados y circuitos separados; y si no lo sabéis, tendréis que confiar en mi palabra. La función del aparato era muy simple: un micrófono recogía todas las palabras pronunciadas en el apartamento de los Inch, yendo los tonos más profundos de Osbert en una dirección, donde un contador marcado con las palabras «De él» los registraba, y las frecuencias más agudas de Ermintrude en dirección opuesta, recogidas en otro contador con el rótulo «De ella».

Después de una hora de funcionamiento, el resultado era el siguiente:

De él 23

De ella 2.350

A medida que los números saltaban en los dos contadores, Ermintrude empezó a tomar precauciones y a guardar silencio más a menudo. Osbert, borracho con el vino de la victoria y tomando ventaja de su posición, comenzó a hablar. A la hora en que salió para ir a trabajar, los contadores reflejaban el cambio de posición en la casa:

De él 1.043

De ella 3.397

Para demostrar quién mandaba ahora, Osbert dejó el aparato enchufado; siempre se había preguntado si Ermintrude hablaba sola, como producto de un reflejo puramente automático, incluso cuando no había nadie para escucharla. Pensando en todo, había tomado la precaución de poner una cerradura en el contador para que su mujer no pudiera desconectarlo mientras él se encontraba fuera.

Se sintió un tanto desilusionado cuando al volver a casa aquella noche comprobó que los números no habían cambiado prácticamente, pero, poco después, las cifras comenzaron a aumentar de nuevo. Se convirtió en una especie de juego, aunque terriblemente serio; ambos protagonistas vigilaban la máquina cada vez que decían una palabra. Ermintrude estaba claramente desconcertada; de vez en cuando, sin poder evitar su verbosidad, incrementaba el resultado en varios cientos de palabras, pero inmediatamente se callaba, con un esfuerzo supremo de autocontrol. Osbert, que aún llevaba ventaja suficiente como para permitirse el lujo de ser charlatán, se divertía haciendo comentarios sardónicos, a pesar de que con ello aumentaba sus

puntos.

Aunque en la casa de los Inch se había establecido una cierta igualdad, el contador de palabras había aumentado la discordia. Ermintrude, que poseía cierta inteligencia natural, que algunos llamarían astucia, apeló a los buenos sentimientos de su marido. Señaló que ninguno de los dos podía comportarse de forma natural mientras cada palabra que pronunciasen fuera controlada y contada. Osbert, injustamente, le había dejado a ella tomar la delantera, y ahora se mostraba taciturno, cosa que no habría ocurrido si no se hubiere fijado en los contadores, constantemente ante su vista. Aunque a Osbert le pareció descarada semejante acusación, tuvo que admitir que contenía un elemento de verdad; la prueba sería más justa y definitiva si ninguno de los dos pudiese ver los resultados parciales, si se olvidaban por completo de la presencia de la máquina y se comportaban naturalmente o, al menos, tan naturalmente como cabría esperar en tales circunstancias.

Tras una larga discusión llegaron a un acuerdo. Muy deportivamente, según su propia opinión, Osbert volvió las agujas a cero y selló los recuadros del contador para que ninguno de los dos pudiera ver los resultados. Convinieron que romperían los lacres —en los que antes habían impreso sus huellas dactilares— al final de la semana, y que se atenderían al resultado. Tras ocultar el micrófono bajo una mesa, Osbert trasladó todo el equipo del contador a su laboratorio, y de esta forma, en el cuarto de estar no quedó señal alguna del sabueso electrónico e implacable que controlaba el destino de los Inch.

A partir de entonces, volvió la normalidad poco a poco. Ermintrude, tan charlatana como siempre; pero ahora a Osbert no le importaba, porque sabía que cada una de sus palabras, pacientemente anotadas, serviría como prueba contra ella. Al final de la semana, su triunfo sería completo. Podía derrochar unas doscientas palabras al día, convencido de que Ermintrude marcaría el mismo número en cinco minutos.

Rompieron los lacres con toda ceremonia al final de un día particularmente locuaz, en el que Ermintrude había repetido palabra por palabra tres conversaciones telefónicas mortificantemente banales, en las que, al parecer, había empleado toda la tarde. Osbert se había limitado a sonreír y a contestar «Sí, querida» cada diez minutos, mientras trataba de imaginar qué excusa daría su mujer cuando se enfrentase a la cruda realidad.

Imaginaos cómo se sintió cuando quitaron los sellos y apareció el resultado total:

De él 143.567

De ella 32.590

Osbert miró pasmado las cifras. *Algo* andaba mal, ¿pero, qué? Decidió que el aparato había cometido algún error. Era fastidioso, muy fastidioso, porque sabía perfectamente que Ermintrude nunca le dejaría en paz, incluso si probaba de forma

concluyente que el contador se había vuelto loco.

Aún estaba Ermintrude cantando victoria, cuando Osbert la echó de la habitación y empezó a dismantelar su errante equipo. En medio de la operación descubrió algo en la papelería que estaba seguro de no haber puesto allí. Era un trozo de cinta de grabar, en forma de lazo y de unos dos pies de largo, y no podía explicarse cómo había ido a parar a semejante sitio, puesto que no había utilizado la grabadora desde hacía varios días. La recogió e, inmediatamente, la sospecha se convirtió en certeza.

Miró la grabadora; estaba seguro de que las clavijas no permanecían en la misma posición en que él las había dejado. Ermintrude era astuta pero también descuidada. Osbert le había echado en cara a menudo el que nunca fuera capaz de hacer nada adecuadamente y he aquí la prueba definitiva.

Su estudio estaba repleto de cintas viejas con grabaciones que no había borrado; no habría sido problema para Ermintrude localizar una, cortar unas cuantas palabras, unir los extremos, conectar el «playback» y dejar la máquina en funcionamiento hora tras hora frente al micrófono.

Osbert se enfadó consigo mismo por no haber previsto un truco tan simple; si la cinta hubiera sido más resistente, habría estrangulado a Ermintrude.

No se sabe si intentó hacerlo. Todo lo que sabemos es que Ermintrude salió disparada por la ventana del apartamento; claro que pudo ser un accidente, pero no se lo podemos preguntar a ella, porque los Inch vivían en el cuarto piso.

Ya sé que la defenestración es, normalmente, deliberada, y el comisario hizo algunos comentarios agudos sobre el asunto. Pero nadie pudo probar que Osbert la empujase, y el asunto se olvidó pronto. Al cabo de un año, se casó con una jovencita encantadora, sordomuda, y forman una de las parejas más felices que conozco.

Al terminar Harry, se produjo una larga pausa, aunque sería difícil determinar si por incredulidad o por respeto a la difunta señora Inch. De todos modos, nadie tuvo tiempo de iniciar un comentario, pues la puerta se abrió de par en par y entró una rubia impresionante que avanzó en dirección al bar privado de «El Ciervo Blanco».

Pocas veces se dan en la vida real desenlaces tan perfectos como éste. Harry Purvis palideció y trató en vano de esconderse entre la multitud. Inmediatamente se vio envuelto en un mar de insultos.

—¡Así que aquí —escuchamos interesados— es donde das tus clases de mecánica cuántica los miércoles por la noche! ¡Debería de haberlo comprobado en la Universidad hace años! Harry Purvis, eres un mentiroso, ¡y no me importa que todo el mundo lo sepa! Y con respecto a tus amigos —prosiguió dirigiéndome una mirada fulminante—, hace mucho tiempo que no veía un montón de borrachos tan asquerosos.

—¡Eh, un momento! —protestó Drew al otro lado del mostrador, pero ella le hizo callar con una mirada y se volvió al pobre Harry de nuevo.

—Venga —dijo—, ahora mismo te vienes a casa. Y no pienses en terminar tu cerveza. Estoy segura de que ya has bebido más que suficiente.

Obedientemente, Harry Purvis recogió su maletín. —Ya voy, Ermintrude —dijo dócilmente.

No les aburriré con la discusión larga, y aún no resuelta, sobre si la Sra. Purvis se llamaba Ermintrude o si Harry, en su azaramiento, la llamó así. Todos tenemos nuestras propias teorías sobre el caso, como sobre todo lo concerniente a Harry. Lo único que importa es el hecho, triste e indiscutible, de que no hemos vuelto a verle desde aquella noche.

Posiblemente no sabe dónde nos reunimos ahora, porque unos meses más tarde «El Ciervo Blanco» cambió de dueño, y todos seguimos a Drew a su nuevo establecimiento. Las reuniones semanales tienen lugar en «La Esfera», y durante mucho tiempo, todos levantábamos la cabeza cada vez que se abría la puerta, esperando que Harry se las hubiera arreglado para escapar y encontrarnos. Es una de las razones que me han impulsado a reunir estos cuentos, por si acaso Harry ve el libro y descubre nuestra nueva dirección.

Incluso los que no creían una palabra de lo que decías te echan de menos, Harry. Si tienes que defenestrar a Ermintrude para recuperar tu libertad, hazlo un miércoles por la noche, de seis a once, y habrá cuarenta personas en «La Esfera» que apoyarán tu coartada. Pero vuelve de la forma que sea. No es lo mismo desde que te fuiste.

# Notas

[1] Soprano famosa de la «Belle époque». (N. de la T.) < <

[2] Político estadounidense y candidato a la presidencia (1948) por el partido progresista, que fundó apoyado en lo grupos de extrema izquierda. (N. de la T.) < <



[3] Milquetoast = Blandengue. (N. de la T.) < <

[4] Pompano es el nombre americano de la “palometa” o “pámpano”. (Nota del epubeditor) <<

[5] Valency = valencia. (N. de la T.) <<

[6] Sea Spray = Espuma del Mar. (N. de la T.) <<

[7] En castellano en el original. (N. de la T.) <<

[8] Escritor irlandés (1878-1957) de obras de teatro y cuentos en los que predomina lo fantástico (N. de la T.) <<

[9] *Snoring* significa «ronquido» y «estar roncando» . (N. de la T.) <<



ARTHUR C CLARKE, tras su graduación, fue auditor de la Junta de Educación. En la Segunda Guerra Mundial, entre otros destinos, fue especialista en radar en la RAF, y tras la guerra, estudió Matemáticas y Física en el King College de Londres. Fue presidente de la Sociedad Interplanetaria Británica y trabajó como asistente de edición para Science Abstracts, para, desde 1951, dedicarse por completo a la escritura. Desde 1956 hasta su muerte, residió en Sri Lanka. Varias de sus novelas han sido llevadas al cine, alcanzando un especial éxito: *2001, una odisea del espacio*. Fue nombrado Caballero de la Orden del Imperio Británico, y obtuvo premios propios de su género como el Nébula, el Hugo en dos ocasiones y el Locus.